
Santa Claus,
¡PERO QUÉ HAS HECHO!
MARCOS A.C.

Santa Claus.

¡PERO QUÉ HAS HECHO!

MARCOS A.C.

Primera edición.

Santa Claus, ¡pero qué has hecho!

©Marcos A.C.

©noviembre, 2025

©imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo

Capítulo 1



Era consciente de que comenzar de nuevo no sería nada fácil, pero tenía a mi hija Mariana, que a sus siete años era todo lo que necesitaba para enfrentarme a todas las piedras que se me interpusiesen en el camino. Ella era mi motor, mi refugio, mi pequeña razón para no rendirme cuando la vida parecía querer arrastrarme hacia el abismo.

La tarde anterior habíamos regresado a nuestra casa enclavada en un pueblo de la sierra de Cádiz, el mismo lugar que me vio nacer y crecer. Aquel hogar blanco de paredes encaladas, con las flores trepando por el balcón, olía todavía a los veranos de mi infancia. El aire fresco de la sierra traía consigo el sonido de las campanas lejanas y el canto de los gorriones. Era como si todo el pueblo me susurrara al oído: *"Bienvenida a casa, Lucía."*

Siempre fui una niña muy feliz, a pesar de que con diez añitos perdí a mi padre, motivo que causó un shock muy grande en mi madre y en mí. Ese día el mundo se partió en dos. Recuerdo la voz entrecortada de mi madre al darme la noticia, su cuerpo temblando, el silencio que se hizo en casa. El dolor se instaló como un huésped al que nunca lográbamos echar.

Recuerdo que, a pesar de que ella estaba rota en mil pedazos, sacó todas sus fuerzas para seguir llenándome de amor y no permitir que perdiese la sonrisa en ningún momento. Fue todo un ejemplo para mí. Y digo fue porque, desgraciadamente, tuve que regresar dos años atrás para despedirme de ella; casualmente, lo hizo como mi padre, por un infarto.

Y ahora esta misma casa es la que nos recogía a nosotras para comenzar de cero y que yo siguiera los pasos tal y como lo hizo mi madre; criando a mi hija con todo el amor del mundo, aunque el alma me doliera en cada intento.

Comenzaba una vida en la que dejaba atrás mis últimos nueve años, esos que pesaban, pero de los que había obtenido lo que más quería en el mundo, a mi hija. Siempre hay algo o alguien en la vida para sacar fuerzas; en mi caso lo fue ella.

Ahora, a mis veintiocho años, quería dar lo mejor de mí, eso que me habían arrebatado desde que me cegué por un hombre que me vendió lo mejor de él para luego evidenciar cada una de sus mentiras. El hombre me había vendido una historia perfecta, un amor de película que terminó siendo una jaula. Ese mismo que sentí en muchos momentos que me había destrozado la vida.

Aguanté más de lo que debí hacerlo, pero me partía el alma separar a una hija y a un padre, hasta que fui observando cómo cada vez pasaba más de ella y que solo la quería para hacerse fotos, subirla a las redes y añadir más mentiras.

La última acción fue días atrás cuando llegó a casa borracho; eran las once de la noche y se suponía que había salido a las nueve de la mañana para comprar el pan, pero bueno, se despistó el pobre hombre, entiéndase esto como ironía. Se echó en la cama al lado de Mariana, que dormía en ese momento, tiró un selfi y lo subió diciendo que no había nada más bonito que haber pasado un día entero jugando con su hija y que ahora te pida que duermas con ella. Sí, eso escribió…

De esto habían pasado tres días, momento en que, al día siguiente, cuando estaba fresco, le comuniqué que regresaba al sur con nuestra hija. Su respuesta… “Ya estáis tardando en iros”. Eso fue el choque de realidad más grande que me hacía falta para coger aún más fuerzas.

Con Manuel nunca me casé. Lo conocí cuando yo tenía veinte años en las fiestas de mi pueblo; fue de casualidad, ya que tenía una casa con sus padres alquilada por un mes. Nos volvimos inseparables y comenzamos un tonteo que nos llevó a pasarlo muy mal cuando se acabó su estancia en la Sierra.

Él, en aquellos entonces, tenía veinticinco años y ya trabajaba de contable para la empresa de construcción de su padre. El caso es que seguimos en contacto por mensajes y videollamadas, todo el día desde el minuto cero, pero pocos días después, descubrí que estaba embarazada.

Mi madre no se lo tomó a mal, pero tampoco es que le cayese en esos momentos como una gran noticia. Estaba claro que me iba a apoyar, pero no iba a tocar las palmas.

Manuel se puso loco de contento, pero su familia no se lo tomó tan bien como nos hubiera gustado; a pesar de eso, nos apoyaron para estar juntos.

La realidad es que él vivía en Galicia y yo en Andalucía, por lo que nos separaban muchos kilómetros.

Él iba y venía para estar conmigo, pero al final me pidió que me fuese con él a su tierra, y allí fue donde nació nuestra hija. Mariana llegó al mundo llorando fuerte, con esos mismos ojos grandes que ahora me miran cada día. Mi madre estuvo presente desde días antes y se quedó hasta dos semanas después.

Todo iba bien hasta ese momento en el que me despedí de ella; eso lo recuerdo como un antes y un después en nuestras vidas. Dos semanas de vida de nuestra pequeña y Manuel se convirtió en un completo desconocido.

Insultos, desprecios, reproches; controlaba todos mis movimientos, que no eran más que estar en la casa con mi hija e ir al super para luego entregarle el ticket y devolverle hasta el último céntimo del cambio. Y jamás me dejó tener la posibilidad de trabajar; eso sí, día sí, día también, me recordaba que vivía bajo su techo y a su costa. No sé cómo no me volví loca.

Jamás se me iba a olvidar un día que terminaba de hablar con mi madre y el modo en el que me preguntó después de escuchar que me despedía diciendo “Yo también te quiero”.

—*¿Con quién hablas?* —preguntó con el ceño fruncido.

—*Con mi madre* —respondí.

—*¿Y qué le cuentas? ¿Que soy un monstruo?*

No, no se lo conté, pero como toda madre que se preciara, la mía debía tener un sexto sentido para saber que el amor de mi vida no era el hombre del que me enamoré cuando le conocí.

La casa se convirtió en una prisión blanca, ordenada y silenciosa. Solo se oían los llantos de Mariana, y los míos, ahogados entre las paredes.

Y me repetía a mí misma en los ratos de lucidez que no fuera tonta, que tenía que salir de allí. Pero después miraba a mi niña dormir, tan pequeña, tan frágil, y me decía que debía resistir un poco más.

Hasta que entendí que resistir ya no era amor, sino condena.

No quería seguir recordando más porque a veces, para avanzar, es mejor dejar atrás el pasado y eso precisamente era lo que necesitaba en estos momentos. Tanto dolor no merecía ser recordado.

Me tomaba el primer café de la mañana mientras observaba por la ventana pasar a algún que otro vecino. Aquí nos conocíamos todos y estaba segura de que ya muchos se habían enterado de nuestro regreso, ya que cuando llegamos, lo primero que hicimos fue ir al supermercado a hacer una compra. Momento en que nos encontramos a muchos de ellos que nos saludaban y transmitían que se alegraban de vernos. Nos daban la bienvenida al saber que nos quedábamos instaladas.

La herencia que había recibido era la casa, un apartamento que lo teníamos alquilado por trescientos euros al mes y que quieras o no era un ingreso que ahora me entraba, y además unos ahorros de sesenta mil euros que cada día me alegraba más el no haberle contado nada a Manuel y haberlos metido en una cuenta que él desconocía, aunque fue un poco más, pero tuve que pagar los recibos de este tiempo desde que mi mamá falleció. No estábamos casados y no tuve problemas de nada. En todo me ayudó mi abogado, que era del pueblo.

Lo que sí me entraba por la cuenta y que él controlaba era lo del alquiler, dinero que me hacía transferirle todos los meses para colaborar en los gastos de la casa.

No miento si digo que mi ropa siempre me la compró mi madre. Ella sabía en cierto modo lo que estaba pasando y en más de una ocasión me recordó que las puertas de la casa siempre las tendríamos abiertas y que no nos faltaría ni un plato ni una prenda.

Carlos, mi abogado, con el que había hablado la tarde anterior, iba a mantener una conversación con Manuel antes de ponerle una demanda por la manutención de la niña; primero quería hacerlo por las buenas y llegar a un acuerdo. Por supuesto, le iba a aclarar que en caso de que quisiera hacer daño con el tema de la niña, denunciaríamos el maltrato que yo había sufrido y lo haríamos con pruebas de videos que yo misma me encargué de grabar.

—Mamá, me muero de hambre, me hace ruido la barriga —la vocecita de mi niña me sacó de todos esos pensamientos que no dejaban de rondarme la cabeza.

—Buenos días, tesoro —dejé mi café sobre la encimera y la cogí en mis brazos—. Ahora mismo te pongo el desayuno. —Le di un beso en la mejilla mientras ella se echaba el mechón de pelo hacia atrás.

—Pan tostado con mantequilla —pidió sonriente.

—Sí, yo también me apunto. —Le guiñé el ojo y la bajé de mis brazos.

Mientras preparaba el desayuno, Mariana me comentaba que tenía muchas ganas de comenzar el colegio, cosa que ahora iríamos a hablar al centro, ya que el curso había empezado dos meses atrás y había que pedir el traslado. Lo bueno es que conocía a la directora y, al ser un pueblo, estaba casi segura de que nos facilitarían rápidamente su incorporación.

—¿Y mi profe será buena? —preguntó.

—Seguro que sí. Y si no, ya la conquistaremos —le dije guiñándole un ojo.

La observé mientras hablaba. Tenía las manitas apoyadas en la mesa, el cabello cayéndole sobre los hombros y los ojos brillantes de ilusión. Era imposible no amarla con cada célula del cuerpo.

Aunque no me lo dijera, para mi hija había sido una liberación salir de esa casa porque, aunque quería a su padre, sabía que este no actuaba de la mejor forma y que nos daba más problemas que paz. Aun así, en su presencia, siempre intenté sonreír y hacerle creer que todo estaba bien.

Mariana contaba con amiguitas del pueblo, ya que siempre nos veníamos en verano por un mes y en Navidades por una semana. Manuel nos dejó de acompañar hacía muchos años, pero para nosotras eso siempre fue un alivio. Estaba loca por ver a Lola y Sandra, que eran de su misma edad y congeniaban genial.

Estaba completamente segura de que mi hija se iba a adaptar a este lugar sin ningún problema.

Y mientras desayunábamos, se quedó mirando por la ventana, viendo cómo pasaba un gato por el tejado.

—Aquí huele a la abuela —dijo, y sonreí con lágrimas en los ojos que no dejé que salieran.

—Sí, mi amor. Aquí huele a ella.

Ese día fue una mezcla de nervios y esperanza. Después del desayuno, nos arreglamos y salimos. Caminamos por las calles empedradas del pueblo, saludando a los vecinos. El aire de la sierra olía a pan recién hecho y a leña.

Cada paso era un recordatorio de lo que había dejado atrás, pero también de lo que volvía a tener: mi libertad.

Y pensé en mi madre, en lo orgullosa que estaría de que al fin hubiera hecho lo que debí hacer hacía tanto tiempo. Me fui de aquella jaula para volver a la que siempre fue mi casa.

Capítulo 2



Llevábamos cuatro días instaladas en el pueblo y nos sentíamos de lo más afortunadas. Cada mañana, cuando abría las contraventanas de madera y entraba el aire fresco de la sierra, tenía la sensación de estar despertando dentro de un sueño. Un sueño de esos sencillos, sin lujos, pero llenos de verdad.

Mariana hacía dos días que se incorporó al colegio y estaba de lo más feliz, ya que al poner en conocimiento que conocía a dos niñas, no dudaron en ponerla en la misma clase. Se portaron genial con nosotras. Aquello fue un detalle precioso.

Carlos, mi abogado, hizo muy bien su trabajo y, tras aquella conversación, Manuel agachó las orejas y ofreció trescientos euros mensuales de manutención y poder llevarse a su hija una semana en las fiestas navideñas y dos en verano. Siempre él sería quien la recogería y entregaría. Nada de visitas improvisadas ni llamadas a cualquier hora. Todo pactado. Todo claro. Firmamos el acuerdo, ya que me parecía justo.

Con el dinero del alquiler y la manutención me sería más fácil sacarla adelante mientras encontraba otra fuente de ingresos, ya que el dinero de los ahorros que me dejaron en herencia lo quería dejar para emergencias o imprevistos que no pudiera afrontar. Era mi red invisible, mi seguridad. A veces los miraba en la cuenta del banco solo para recordar que, por primera vez en mucho tiempo, tenía control sobre mi vida.

Hice los cálculos para distribuirme bien el mes y contabilicé la luz, agua y teléfono, que por ellos pagaría unos ciento cincuenta euros al mes, y a la comida tenía previsto destinar sesenta euros semanales, que para las dos estaba bastante bien, con lo cual me seguían sobrando doscientos euros, que serían para guardar para cuando llegasen los recibos de contribución de las dos casas, que sumaban unos trecientos euros, y el resto para ropa o cualquier necesidad o capricho puntual. El caso es que yo era muy mirada con el dinero y esperaba hacerlo lo mejor que pudiera.

Dejé hecha la pasta y me fui al colegio a recoger a la niña. Me encantaba ese momento en que veníamos las dos paseando tranquilas y contándome cómo le había ido.

—Mamá, tengo una pena —me dijo cuando le puse el plato sobre la mesa.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunté sin preocupación porque con el tono que me lo había dicho no era preocupante, más bien burlón.

—Es viernes y hasta el lunes no voy al cole. Allí me lo paso muy bien y me gusta mucho la clase de matemáticas e inglés en la que cantamos mientras aprendemos.

—Cariño, pero si puedes ver a Lola y Sandra. Pueden venir a jugar a la casa y, además, esta noche las veremos en la iluminación de Navidad del pueblo.

—Sí, ya hemos hablado de mañana llamarnos a las puertas para jugar en el parque.

—Claro, cariño —sonreí.

El parque estaba en la acera de enfrente de mi casa y era pequeñito. Aquí no había nada de peligro. Vivir en un lugar así daba mucha confianza y seguridad. De todas maneras, desde la ventana de la cocina o la puerta abierta las podía controlar.

—Pero me encanta este cole. Los niños son más buenos que en Galicia.

—No, cariño, en Galicia también hay niños buenos, como en todos los lados. Lo que pasa es que tu padre te metió en un colegio privado en donde muchos estaban criados a base de ser unos consentidos, pero no todos. Aquí en el pueblo son más campechanos y disfrutan de otras cosas de la vida más allá de lo material.

—Amo este lugar —dijo con una sonrisita que me abrió la mía de oreja a oreja.

—Y yo te amo a ti, cariño. —Le acaricié su preciosa manita por encima de la mesa.

La casa era una vivienda de una planta, paredes encaladas y vigas de madera que olían a pasado. Cada rincón contaba una historia: el reloj antiguo en el salón, que aún daba las horas con un tic-tac pausado; el sofá de flores que había cosido mi madre con sus manos; la cocina con sus azulejos verdes, el delantal colgado detrás de la puerta.

Mi habitación daba al patio, donde un limonero crecía torcido hacia la luz. Por las noches, el olor a azahar se mezclaba con la brisa. Allí me sentía segura, en paz.

Estaba recogiendo la cocina cuando llamaron a la puerta; fui a abrir. Era Julia, mi amiga de toda la vida del pueblo con la que me crie y crecí de manera inseparable hasta que me fui a Galicia. Venía con Lola, que era su hija. Mariana corrió hasta ella y se la llevó a la habitación.

—Lucía, mira el bizcocho que he hecho, así que prepara el café.

—Ahora mismo, huele que alimenta. —Le di un beso en la mejilla.

—¿Qué tal todo?

—Genial, adaptándome a mi nueva vida —sonreí—. ¿Qué tal está tu madre?

El caso es que solo la vi un día de manera precipitada porque se iba para Cádiz con su mamá, que se encontraba muy mal y tenían que hospitalizarla.

—Bien, le van a dar el alta el lunes, pero ya se queda con ella mi hermano.

—Bueno, también tienes que descansar, que te has tirado desde el lunes allí. Me alegro mucho de que esté mejor.

—No le han dado el alta esta mañana porque está con un tratamiento que debe terminar en el hospital. Ya pregunté si se lo podía pinchar yo en casa —se rio.

—Y te dijeron que un mojón para ti.

—Efectivamente, pero con palabras técnicas de esas que usan los doctores —nos reímos—. Por cierto, quería comentarte algo.

—Claro —respondí mientras ella tomaba asiento en la mesa de la cocina y yo preparaba los cafés.

—Necesito un favor —juntó sus manitas.

—Dime, pareces nueva —me reí—. Sabes que me tienes y que, aunque he pasado mucho tiempo fuera, sigo siendo la misma y que cada vez que he venido de vacaciones he ido a buscarte de seguida —le hice una burla.

—Necesito que mañana te quedes con Lola hasta el domingo —juntó sus manos a modo de imploración.

—Claro, ¿y por qué esa tontería la pides con tanto misterio o como si fuera el favor de mi vida? A la niña la puedes dejar aquí cuando quieras.

—Me han pedido que haga mañana la guardia de la farmacia, que son veinticuatro horas, y me la pagan muy bien.

—Claro.

—Estos días los cogí de mis vacaciones; aún me siguen debiendo nueve que cogeré en las fiestas. Este verano solo me pillé quince días porque me dejé la mitad para pasar todas las navidades y reyes con la pequeña. Menos mal que mi madre sale del hospital o me quedo sin ellos —suspiró.

—Bueno, tú tranquila por eso y ya sabes, aquí puede quedarse Lola cada vez que lo necesites, ni tienes que preguntar. La traes y listo.

—Gracias, cariño. Además, con Mariana se pone muy contenta.

—Le diré a la mamá de Sandra que si la quiere dejar para que esté con ellas.

—Si es que eres la mejor. Tienes un corazón de oro. Se alegrará mucho de que también te acuerdes de su hija.

—Claro, Lola y Sandra son muy amiguitas y acogieron muy bien a Mariana siempre. No se deja a ninguna atrás.

El marido de Julia era de la Armada Española y se encontraba en una navegación de tres meses; se esperaba su llegada para dos días antes de Navidad. Ernesto, que así se llamaba, era un gran hombre muy querido en el pueblo, cuatro años mayor que nosotras. Y fue también un amigo mío de toda la vida.

Las niñas aparecieron por la cocina para comer un trozo de bizcocho y les explicamos que se quedarían en casa al día siguiente. Les faltó tiempo para coger puerta y millas para decírselo a Sandra e invitarla a que también se quedase; de todas maneras, luego yo hablaría con la madre.

—Te noto muy pensativa. ¿Está todo bien?

—No, no lo está —me dijo con un gesto que me hizo saltar todas las alarmas.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No me puedo ni ayudar yo. Tengo que confesarte algo que nadie sabe. Eres en la única persona en que puedo confiar.

—Claro. Sabes que me tienes.

—Me he enamorado de otra persona… —Sus palabras retumbaron en mi mente como si de un tambor se tratase.

—Pero… se suponía que eras feliz con Ernesto.

—Se suponía, pero la realidad es bien distinta. Ernesto es un buen marido y un gran padre, pero parece que para mi corazón no fue suficiente. Yo era feliz, te juro que lo amaba con todo mi ser, pero no sé, de repente comenzó a entrar en mi vida otra persona y lo que fueron conversaciones se fue convirtiendo en deseos…

—Ay, Julia, que no me lo esperaba —murmuré con tristeza y sin atreverme a preguntar nada; esperaba que ella sola se desahogase.

—Llevo un año de esta manera.

—¿Un año engañando a Ernesto?

—No, un año tonteando. Desde hace un mes he tenido cuatro encuentros íntimos con Toño.

—¿Toño, el policía?

—Sí —afirmó entristecida.

—Ay, Dios, pero si él…

—Sí, está casado con Rocío.

—¿Y cómo hacéis para veros?

—Nos vemos en la casa de sus padres, que, como sabes, fallecieron hace tiempo y la tienen de fin de semana. —estaba como a tres kilómetros de la salida del pueblo y yo había ido de joven en alguna ocasión.

Me quedé unos segundos callada. Recordé a Toño y a Rocío bailando juntos en la última feria del pueblo. Él siempre tan atento, ella riendo. Me dolió pensarlo.

—No sé qué decir, te lo juro.

—El caso es que cada vez sentimos una atracción más fuerte y se nos hace muy difícil estar separados.

—Me da a mí que se masca la tragedia. —Me persigné.

—Hemos decidido hablar con nuestros respectivos cuando llegue Ernesto para hacerlo a la vez. No podemos vivir siendo unos infelices y renunciando a lo que deseamos por no hacer daño a los demás y, al final, nos lo hacemos a nosotros mismos para vivir condenados a no estar bien. Queremos estar juntos.

—Y lo haréis en plena Navidad… —murmuré con tristeza.

—El mismo día que llegue Ernesto, dos días antes. Esta Navidad ya será diferente y él tiene que aferrarse a su familia.

—Entiendo.

No, no lo entendía, pero tenía que comerme todo lo que pensaba. Me parecía muy cruel lo que les iban a hacer a sus respectivos, y más cuando ya venían de haberse estado liando.

—Sé que está mal —parecía que leía mis pensamientos—. Pero mi corazón manda y mi mente me está consumiendo. Solo pienso en él.

—Tranquila. Solo espero que sufran lo menos posible. No se lo merecen —me sinceré.

—Nadie nos merecemos nada. Ni yo, por muy feo que parezca, pero voy a cumplir treinta años y me queda toda una vida como para hacerla complaciendo a todos menos a mí.

—Bueno, ya la decisión está tomada.

Sus palabras resonaban demasiado. Yo también había vivido entre la culpa y el miedo durante años, pero por motivos distintos.

—Solo espero que lo hagas con el corazón limpio —le dije al fin.

—Gracias por no gritarme.

—No te voy a gritar. Pero sí te diré que pienses bien. El amor es bonito, pero cuando empieza con tanto dolor… cuesta que florezca.

Ella asintió, con los ojos brillantes.

—Quizá tengas razón. Pero es que cuando estoy con él, todo tiene sentido.

Nos quedamos en silencio un rato, mirando por la ventana. Y pensé en lo frágiles que podíamos ser las personas. En cómo la vida podía dar giros tan bruscos cuando menos lo esperábamos.

Pensé en todo lo vivido, en lo perdido, en lo que aún quedaba por construir. La vida no había sido justa conmigo, pero allí estaba yo, respirando, con un futuro por delante.

A veces, los nuevos comienzos no llegaban con fuegos artificiales, sino con pequeñas luces colgadas entre las calles de un pueblo que te vio nacer como las que veríamos esta tarde.

Y supe que, pasara lo que pasara, ya no volvería a dejar que me apagaran.

Capítulo 3



Julia se marchó con Lola para prepararse para la iluminación del pueblo en ese momento mágico en el que todo se llenaba de vida, olor a castañas asadas y música navideña que te acariciaba el alma. Ese en el que todo se iba a llenar de vida e ilusión. Habíamos quedado en vernos en una hora para ir juntas con las niñas. Escribió a Lorena, la mamá de Sandra, que también se iba a unir a nosotras.

Yo, mientras tanto, me quedé en la cocina, mirando por la ventana cómo el sol caía tras las montañas y el aire comenzaba a oler a invierno. Mi mente estaba ida, incrédula, intentando asimilar sus palabras e imaginándome a un Ernesto que vendría deseando ver a su familia y se iba a encontrar con que esta estaba rota.

Lo mismo se iba a encontrar Rocío cuando su marido le comunicase que se había enamorado de otra persona y que esta era Julia. No me lo quería ni imaginar, ya que algo me decía que se iba a liar parda. Y no era para menos…

—Mamá, ya me he puesto el abrigo. ¿Estoy guapa? —preguntó Mariana apareciendo por el pasillo; hizo un giro sobre ella misma mientras sonreía feliz con el plan que teníamos.

—Estás preciosa, cariño, más guapa que todas las estrellas juntas —le acaricié la barbilla y le dejé un beso sobre su nariz.

—¿Me vas a poder comprar un algodón de azúcar como sus mamás les compraran a las niñas?

—Claro, mi vida. Hoy nos daremos unos caprichos para el estómago —me lo froté.

—¿Y no nos quedaremos sin dinerito?

—Por supuesto que no, cariño, no te preocupes por eso, que tenemos para sobrevivir bien, eso sí, sin hacer locuras para no quedarnos sin nada.

—Yo con un dulce de algodón ya soy feliz.

—¿Cómo puede ser que una sonrisa sea capaz de causarme tanta debilidad?

—Porque soy tu ojito derecho.

—Eres mi vida entera —sonreí mirándola porque era la única persona capaz de dibujarme la felicidad en mi corazón.

—Mami, ¿puedo ponerme un poquito de brillo en los labios de esos que es para que el frío no me haga daño?

—Claro, mi vida —me reí—. ¿Qué bufanda me pongo? —pregunté mientras le enseñaba dos, una roja y otra beige.

—La roja, que así haces juego con mis lacitos —dijo sonriendo.

Me reí. Tenía una lógica tan pura que no podía contradecirla.

Salimos a la hora acordada y ya estaba Julia con Lorena y sus hijas, que corrieron al encuentro de Mariana. Las tres se abrazaron como si hiciese un año que no se veían.

—¡Por ahí vienen las chicas guapas del pueblo! —dijo Julia en tono de broma cuando nos acercamos.

—Y tú no te quedas atrás —le respondí riendo, aunque por dentro todavía tenía esa preocupación por todo lo que había pasado antes.

Toda la calle principal estaba adornada preciosa y, sobre el parque de frente de mi casa, innumerables puestos de comida y de artesanía para ir picando para esos regalos de Navidad y Reyes.

Las niñas se pararon ante el puesto en el que hacían el algodón de azúcar y comenzaron a pedirlo al señor que estaba preparándolo.

Me adelanté a pagar los tres, ya que Julia estaba pidiendo para nosotras un vinito y Lorena fue a otro puesto a pedir una bandeja de patatas chips con mejillones en escabeche por encima que estaba tan de moda.

Las niñas estaban locas con su palito de algodón y aproveché para hacerles una foto justo cuando se iluminó todo y la gente aplaudía emocionada. Se veía todo tan bonito y fantasioso que me daba la sensación de que con estas luces comenzaba a vivir unas fiestas diferentes en las que mi vida ya también lo era.

Se sentaron en un banquito a charlar mientras nosotras, apoyadas en una de las tantas mesas que había repartidas por el parque, brindamos con el vino y disfrutamos de esas patatas con los mejillones gigantes que eran toda una delicia.

—Por los nuevos comienzos —dije, levantando mi copa.

—Y porque este año nos traiga menos dramas y más risas —añadió Lorena.

Julia se rio y dio un trago.

—Bueno, eso último lo firmo con sangre.

Reímos las tres, aunque a Julia se le notaba un brillo distinto en los ojos, una mezcla de nervios y tristeza que no pasaba desapercibida.

Jorge, el marido de Lorena, apareció con un platito de plástico lleno de jamón y queso para nosotras. Era un hombre tan atento y simpático que era un gozo observar cómo cuidaba a su mujer y el ambiente de esta.

—Para que no os quedéis con hambre, mis damas —dijo guiñando un ojo.

—Ay, qué apañado eres, Jorge —le dije—; si hubiera más como tú, el mundo estaría lleno de mujeres felices.

—No me tientes, Lucía, que Lorena me da con la copa en la cabeza —contestó riendo, y Lorena lo miró de reojo.

—Tú ni caso, que luego te lo crees —le dijo, y nos echamos a reír.

Jorge se marchó para una de las barras a tomar una copa con los vecinos, dejando a su mujer relajadamente con nosotras. A ambos se les veía la luz que se transmitían el uno al otro.

—Eres una cerda, Julia. —La voz detrás de nosotras nos hizo girarnos por completo. Era Rocío, la mujer de Toño.

—A mí no me insultes —se levantó envalentonada.

—¡Te estás tirando a mi marido! —le gritó y la cara de Lorena, que no estaba al tanto de nada, era un poema.

En ese momento el murmullo alrededor se hizo más fuerte; la gente comenzó a mirar.

—¡Qué no me chilles! —repitió Julia, intentando mantener la compostura, aunque el temblor de su voz la delataba.

—Tú y él vais a pagar todo, porque destrozáis dos familias. ¡Dos! Y eso no os dejará ser felices. Eres de lo peor que hay en el pueblo. Y tranquila, que te voy a ahorrar el que le digas nada a Ernesto, que ya lo hice yo mandándole las capturas de pantalla de vuestras conversaciones y poniéndolo al tanto de todo. Ya sabe quién es la mujer con la que se casó.

Me quedé helada al escucharla; hasta el vino se me atragantó.

—Vamos, cariño —le dijo Toño, que apareció, y me di cuenta de que, ante todo, estaba intentando proteger a su mujer y pasando de Julia.

—¿Vamos, cariño? ¿En serio, Toño? —le preguntó Julia muy indignada sin entender nada cuando se suponía que él iba a dejar a su mujer por ella.

—No te debo ninguna explicación —le dijo este con aspecto de solo importarle la mujer que estaba perdiendo; es más, su tono llevaba muchísimo desprecio, como si la culpa de su situación fuese solo de ella.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritó Julia, y algunos vecinos se giraron, alarmados.

—Ahora chillas tú, ¿verdad? —le preguntó Rocío con una risa de lo más cínica.

—Siempre serás la cornuda —le respondió con muy mala baba, Julia.

—Y tú la tonta que te creías que podías arrebatarme a mi marido. Ahora apáñatelas con el tuyo a ver si tienes la suerte de que te perdone. —Rocío se acercó tanto que casi se rozaban las narices—. Si me vuelvo a enterar de que te acercas a Toño, aunque sea solo para preguntarle la hora, te juro que voy a poner tu cara en pancartas por todo el pueblo.

—A mí no me amenaces —le dijo acercándose a ella, provocando más tensión, y Lorena y yo la echamos hacia atrás.

Con la mirada le pedí a Toño que se llevase a su mujer porque ya el escándalo estaba captando la atención de todos los que estaban alrededor, hasta de las niñas que miraban desde su banco sin entender qué es lo que sucedía.

Se la llevó mientras ella seguía acusando de todo a Julia, que sí, que tenía razón, pero su marido también estaba ahí y tenía toda la responsabilidad familiar con ella y era el que le debía lealtad. Irónicamente, era el que menos estaba cobrando, que no quita que ya se hubiera llevado lo suyo en su casa.

—¿Es cierto lo que te ha dicho? —le preguntó Lorena con cara de preocupación, decepción y dolor.

—Sí, hemos tenido algo que pensé que era mucho más real de lo que estoy viendo. Verás mi marido cuando lea esos mensajes.

—Madre mía, se me ha bajado hasta la tensión —murmuró Lorena, que estaba más en shock que yo porque no lo sabía.

—Pero tú pensabas dejarlo. ¿Acaso cambia algo el que él vaya a luchar por su mujer? —pregunté sin entender nada, porque sería muy feo por su parte que solo lo dejase si el otro lo hiciese.

—No sé nada, qué marrón tengo —dijo negando y perdida como la vida misma—. Me están dando ganas de irme a mi casa.

—Tienes a tu hija, ella no debe de pagar los platos rotos —le dije sin pensarlo.

—Te la ibas a quedar mañana a las niñas. ¿Te la puedes quedar desde ya?

—No hay problema —respondí viendo que se quería ir.

—Dejo su ropita en el rellano de tu puerta.

—Vale.

Se marchó a despedirse de su hija, que seguía sentada con las nuestras, y nos quedamos las dos tomando las copas con un mal cuerpo impresionante.

—No me esperaba eso de Julia, no me lo esperaba —murmuró Lorena.

—A mí me lo contó hoy y desde entonces tengo muy mal cuerpo.

—Ernesto lo va a pasar muy mal estos días antes de que regrese a casa. Y encima lo hace con un panorama que es infumable.

—Es el que más pena me da y encima los días tan delicados que se vienen.

—Con lo que quiere a esa mujer y lo buena persona que es.

—Pues sí, pero bueno, la papeleta que tienen la van a tener que enfrentar.

—Y tú todo lo que aguantaste y, sin embargo, has respetado a tu familia hasta el final.

Yo apenas había contado nada de lo que me había sucedido en mi "matrimonio", por decirlo de alguna manera, ya que nunca nos casamos, pero

era obvio que estaban al tanto porque nos vieron en más de una ocasión venir solas y, ante preguntas, hice silencios que de algún modo pronunciaban esas palabras que yo no era capaz de gesticular.

—Lo que más me duele es pensar en Lola. Los niños siempre son los que pagan los platos rotos.

Asintió, en silencio. Intentamos recomponernos.

Subimos a las pequeñas al carrusel para que se dieran una vueltecita y disfrutaran de la magia que hoy se vivía en el pueblo. El caso es que a Lola se le veía triste porque, aunque no sabía lo que había pasado, había visto cómo su madre tenía un encontronazo y terminó marchándose para su casa. Como siempre dije, al final las verdaderas víctimas eran los menores, esos que bailaban al son de lo que en las familias pasase.

—¿Te das cuenta? —le dije a Lorena—. Todo este lío y al final las que se quedan mirando son ellas, intentando entender un mundo que a veces ni nosotras entendemos.

—Sí —respondió, suspirando—. Pero míralas, Lucía. Míralas bien. Son felices por cinco minutos, y eso vale todo.

Y tenía razón. Veía a mi pequeña sonreír desde el caballito mientras nos decían adiós con sus manitas en cada vuelta y sentía que ahora era el lugar más seguro en el que la podía criar fuera de esos malos rollos que enturbiaron nuestras vidas.

Terminamos comiendo montaditos las cinco con Jorge, que apareció con una bandeja para todas. Era tan buena persona y atento ese hombre que me alegraba muchísimo que Lorena y Sandra tuvieran alguien así en sus vidas.

—Aquí traigo provisiones —dijo riendo—, que os veo con cara de hambre y vino.

—Tú sí que sabes —contesté—. ¿Qué haríamos sin hombres que traigan jamón y montaditos?

—Nada bueno —dijo Lorena, soltando una carcajada.

Nos echamos unas risas, y poco a poco el mal cuerpo se fue disipando. Las niñas comían entre risas, contándose secretos y jugando a quién se manchaba menos con el kétchup.

—Mira, mamá, parece que tengo bigote de tomate —dijo Mariana riendo.

—Pues estás guapísima, cariño, parece que vas a una boda gitana —bromeé, y las tres niñas se echaron a reír tan fuerte que una señora que pasaba se giró a mirarnos sonriendo.

Al final, cuando se hizo tarde, Sandra también se adelantó un día y se vino para casa, ya que se lo pedí a la madre, y así no separarlas hasta el día siguiente y que ella se sintiera con menos lugar.

Mientras las seguíamos, Julia no dejaba de rondar en mi mente. Me dolía verla así, hundiéndose en su propio lío. Pero también sentí, con una claridad enorme, que yo ya no quería ese tipo de caos en mi vida.

Entramos en casa, y mientras las niñas se preparaban para ponerse los pijamas, puse chocolate caliente y unas galletas sobre la mesa del comedor. La chimenea chispeaba suave y las tres pequeñas, con las mejillas rojas de tanto reír, se acurrucaron frente a la tele.

—Mamá, ¿te puedo hacer una pregunta? —dijo Mariana.

—Claro, cariño, dime.

—¿Por qué las personas mayores se enfadan tanto a veces?

La pregunta me desarmó.

—Porque se olvidan de lo que importa —le respondí al fin—. De reírse, de quererse, de perdonarse.

—Pues yo no quiero olvidarme nunca —dijo ella, muy seria, y la abracé.

—Ni yo, mi vida. Ni yo.

Y mientras las luces del árbol parpadeaban en la penumbra del salón, supe que, a pesar de todo, el invierno ya no me daba tanto miedo. Porque tenía a Mariana, a mis amigas y a un futuro que, por primera vez en mucho tiempo, olía a esperanza.

Capítulo 4



Preparaba el desayuno mientras me tomaba el primer café del día escuchando la intensidad de la lluvia con la que habíamos amanecido. El sonido del agua golpeando contra las tejas me producía una sensación de calma, de esas que te invitan a quedarte en pijama todo el día y dejar que el mundo siga girando sin ti por un rato.

Las niñas aparecieron por la cocina con sus pijamas, despeinadas y con esa alegría natural de quien no tenía preocupaciones, dándome los buenos días y un besito cada una.

—¡Buenos días, mami! —dijo Mariana, dándome un beso sonoro en la mejilla.

—¡Buenos días, Lucía! —gritaron Sandra y Lola al unísono, imitándola y contagiándome su entusiasmo.

—Buenos días, mis pequeñas fierecillas —les respondí riendo—. ¿Habéis dormido bien?

—Sí, pero Sandra se mueve mucho —se quejó Lola con los brazos cruzados.

—¡Mentira! Es que tú roncas —replicó Sandra divertida.

—¡No ronco! —protestó Lola entre risas.

—Bueno, bueno —intervine—. ¡Haya paz! Que estamos en vacaciones y no en un juzgado.

Ellas se miraron y rompieron a reír. Bendita edad en la que todo se resolvía con risas.

—Hoy no vamos a poder salir a la calle porque está lloviendo mucho —decía Lola—. Mi mamá está en la farmacia hasta mañana, pero allí está resguardada del agua.

—Claro, y nosotras aquí tampoco vamos a mojarnos —contestó Sandra.

—Y podemos hacernos maquillajes porque yo tengo un maletín que me compró mi mamá por mi cumpleaños —propuso mi hija mientras yo sonreía escuchándolas.

—Aquí tenéis vuestra leche con cacao y ahora mismo os pongo las tostadas con mantequilla. ¿Alguna queréis otra cosa?

—¿Hay mermelada para poner encima? —me preguntó Lola.

—Claro, cariño, de fresa. ¿Alguna más quiere?

Las tres levantaron las manos y luego se pusieron a aplaudir. Bendita edad en que lo veían todo tan bonito y lleno de diversión.

Llamaron a la puerta y salí a abrir; era Jorge, el padre de Sandra, que venía con una telera gigante de campo que había comprado en la venta para su casa y tuvo el detalle de dejar una aquí. Entró a saludar a su hija y a las niñas, a las que agasajó con un paquetito de chuches iguales para cada una.

—Papá, ya podrías haber traído el pan antes, que este es más bueno —dijo siendo totalmente sincera, y es que hasta yo lo pensaba.

—Bueno, ya lo tenéis para la comida, merienda y para el desayuno de mañana —dijo él sonriendo—. Me voy, que tengo a Lorena esperando para desayunar.

—Dale las gracias también a ella.

—Eso está hecho. Cualquier cosa que necesites, habla con ella que yo salgo en un momento.

—Vale, pero tranquilo, estaremos bien —sonreí.

El pan me transportó a aquellos tiempos en los que vivía aquí siendo una niña y los fines de semana hacíamos rodajas de tostada y le poníamos encima aceite con ajo, jamón y huevos. Quedaba una delicia de tosta que era una locura; quizás me haría una en cualquier momento.

—Os doy tres opciones para la hora de la comida —dije sentándome con ellas para desayunar.

—Yo la primera —dijo Lola causándonos una risa.

—Pero si aún no las ha dicho —le contestó Sandra.

—Pero cuando dan opciones, la primera siempre es la mejor.

—Buena lógica —me reí.

—Venga, mamá, dilas —me animó mi hija.

—La primera sería una cazuela de lentejas.

—Di la segunda —pidió Sandra con esa sonrisilla que me hacía mucha gracia.

—La segunda es patatas con huevos revueltos y jamón.

—Ahora la tercera —me pidió en esta ocasión Mariana.

—Y la tercera —hice el redoble con las manos y ellas sonreían impacientes —. Una tortilla de patatas con Nuggets que me salen riquísimos.

—¡Sí! —gritaron las tres al unísono.

Lo de la tortilla y los Nuggets les había parecido por unanimidad la mejor opción. Pasamos un desayuno muy divertido en el que me explicaban que hoy

se iban a maquillar y hacer un desfile de modelo en el pasillo donde ellas serían las estrellas. Las animé porque me pareció algo creativo, divertido y muy entretenido para este día de lluvia.

Salí al rellano para coger un poco de leña para la barbacoa. El día anterior me llenaron una pared entera de troncos para soportar lo que quedaba de otoño y el invierno, que aquí era muy frío.

Me encantaba la chimenea y era la primera vez que la iba a encender desde que habíamos llegado. Estuvimos con la calefacción, pero no había nada más bonito y hogareño que un fuego al que mirar mientras te tomabas un café o simplemente comías en total armonía.

La dejé encendida y regresé a la cocina para disponerme a preparar la tortilla y dejar también listos los Nuggets que tenía que pasar por huevo y pan rallado para empanar.

Mientras pelaba las patatas para freírlas, se me ocurrió la idea de hacerles un bizcocho de chocolate para la merienda. Estaba segura de que les gustaría y había pensado en adornarlo con Lacasitos de un bote que pillé en el super.

Freía las patatas mientras me encargaba del empanado cuando me llamó Julia desde su trabajo. Estaba de lo más agobiada y decía que ya se habían enterado hasta sus suegros, ya que la habían bloqueado de WhatsApp, a pesar de que por ahí era por donde le preguntaban por la niña. De todas maneras, vivían muy cerca del pueblo, a las afueras.

Cómo no, también la habían bloqueado Toño y Rocío. Estaba claro desde el día anterior que él se había decantado por recuperar a su mujer y todo lo que le dijo a Julia era un pretexto de tiempo para tenerla contenta. Pero ese hombre no tenía intención de separarse, simplemente tuvo una atracción por ella, se dejó llevar por esos instintos sin pensar el daño que podía hacer y, no, sus intenciones siempre fueron otras que las que le dijo a Julia; se notaba a leguas.

El caso es que ahora ella estaba destrozada, pero no arrepentida, que eso era lo que más me chocaba. Lo que le dolía de verdad es no poder hacer esa vida que planeó con Toño y lo que le repateaba del todo es que se hubiese decantado por su mujer. Es más, el tema de los suegros hasta como que le

hizo una cierta gracia de ironía. Noté un poco de frialdad por su parte. No sabía si los nervios le estaban jugando una mala pasada o es que era un tanto diferente a como se mostraba.

Estuve intentándola calmar un poco en ese ratito que tenía de pausa para tomar un café y el desayuno. Pero la realidad es que ella estaba pillada a una historia que no solo rompía su vida, también su corazón, y ese, ese iba a ser muy difícil de curar.

De todas maneras, por mucho que me doliese este pensamiento mío, ella se lo había buscado solita y no se puso en el lugar de nadie, porque si te enamoras es lícito, pero respeta a tu familia, siéntala y te separas por las buenas y sin engañar a nadie, pero ella escogió el desvío fácil, ese que ahora jugaba en su contra.

Preparaba la comida cuando me asomé al pasillo y vi a las niñas con las caras pintadas que parecían que iban a hacer un espectáculo en vez de un modelaje. Les hice fotos mientras ellas caminaban como modelos de una en una mientras las otras aplaudían. Bendita inocencia y felicidad que les hacía disfrutar de pleno del momento.

La tortilla olía que alimentaba. La dejé sobre la encimera y me lie con el bizcocho, ya que era muy temprano para freír los Nuggets.

Ni que decir que el olorcito fue cogiendo en el horno que las niñas vinieron a preguntar qué era eso que olía tan rico.

—Ahora las tres vais a preparar la mesita del sofá y comeremos frente a la chimenea. ¿Qué os parece?

—¡Fiesta de pijamas! —gritó mi hija y se marchó corriendo hacia su cuarto.

—¡Y con mantita! —añadió Sandra.

—¡Y con luces apagadas! —gritó Lola desde el pasillo.

—¡Y con la cara lavada! ¡Desmaquillaros con mis toallitas! —grité mientras negaba riendo.

Las pequeñas aparecieron un poco después con sus pijamas y los rostros medio desmaquillados. Se lo habían expandido todo un poco y se les veía como una careta. Aguanté la risa y fui a por las toallitas para limpiarles la cara bien.

—Venid aquí, que os dejo como nuevas. —Les limpié con las toallitas—. Ya estáis listas para salir en una revista.

—¿Cuál? —preguntó Sandra.

—La revista *Caos Infantil*, edición limitada —dije entre risas.

Nos sentamos a la mesa y en cada plato les puse una porción de tortilla y cinco Nuggets a cada una con unos cuencos minis de mayonesa y kétchup, las salsas preferidas de los niños.

No podía dejar de pensar en Julia, a la que había mandado una foto de las niñas, la misma que le mandé a Lorena.

Me causaba mucho dolor lo vivido el día anterior, de lo que ya tenía que estar al tanto todo el pueblo, y de esa frustración que sentía ella de saber que Toño le había dado la espalda. Era todo una locura que no se me borraba de mis pensamientos.

Las pequeñas se quedaron dormidas en la habitación de matrimonio, donde se fueron a charlar después de comer y terminaron sopas. Yo me tumbé un rato en el sofá para intentar desconectar la mente, ya que no tenía bastante con lo mío como para comerme también lo que me había encontrado con Julia.

Simplemente quería que pasase ya todo y volviese a una normalidad entre ellos que costaría meses superar. Estaba claro que Julia terminaría con su matrimonio roto porque ella estaba obsesionada con Toño y, por otro lado, no sabía yo hasta qué punto Ernesto le perdonaría algo así. El caso es que ese proceso por el que iban a tener que pasar, deseaba que fuese lo más rápido y liviano por el bien de ellos, pero, sobre todo, por el de la hija que tenían en común y que no se merecía ver terminar a sus padres de una manera tan fea.

Por la tarde, cuando despertaron, les serví el bizcocho de chocolate.

—¡Hala! —dijo Mariana con los ojos como platos—. ¡Tiene Lacasitos!

—Y está hecho con magia —añadí con tono misterioso.

—¿De verdad? —preguntó Lola, muy seria.

—Sí, si cierras los ojos y pides un deseo, sabe mejor.

Todas lo hicieron a la vez.

—¿Qué habéis pedido? —pregunté.

—Que mañana no llueva —dijo Sandra.

—Que nunca nos falte chocolate —dijo Lola.

—Que siempre seamos amigas —dijo Mariana, y cuando me miró sentí un nudo en la garganta.

—Ese es el mejor deseo del mundo.

Disfrutaron del bizcocho y se quedaron en la cocina jugando a juegos de mesa, estando así de lo más entretenidas. El tiempo no estaba para calle ni para salir a asomarse. Las lluvias parecían que habían esperado a que se iluminase el pueblo para luego hacer acto de presencia de esta manera.

Poco después y viendo que las tres se quedaban mirando por la ventana, me acerqué al salón y propuse jugar al *"Quién soy"*, con papelitos pegados en la frente. Me tocó ser *Bob Esponja*, y las niñas no podían parar de reír cada vez que intentaba adivinar.

—¿Soy un animal? —pregunté.

—Mmm… más o menos —contestó Lola.

—¿Vivo en el mar?

—¡Sí! —gritaron las tres.

—¿Tengo amigos locos?

—¡Todos! —respondió Mariana riendo.

—¡Ah! Entonces soy tú —bromeé señalándola.

—¡Noooo! Eres *Bob Esponja* —dijeron al unísono.

Terminamos riendo hasta dolernos la barriga. Cuando cayó la noche, encendimos un par de velas y nos acurrucamos frente a la chimenea con mantas.

—Mamá, ¿tú crees que cuando llueve también llueven los pensamientos? —preguntó Mariana, con voz soñolienta.

—Puede ser, cariño. Y si es así, espero que hoy solo lluevan pensamientos bonitos.

—Yo estoy pensando que te quiero mucho —susurró ella.

—Y yo a ti, mi vida —le respondí, besándole el pelo.

Las tres niñas terminaron dormidas en el sofá, enredadas entre mantas, mientras el fuego lanzaba pequeñas chispas doradas.

Miré la escena y sonreí. Fuera, el mundo seguía empapado en lluvia y errores. Pero dentro, en aquella pequeña casa, había calor, risas y amor. Y eso era más que suficiente.

Capítulo 5



Era el último día de clases de las niñas y en el que no solo les hacían una fiesta de Navidad, sino que les entregaban sus notas. Las tres iban muy bien y estaban felices por recibir esas calificaciones y celebrarlo con una fiesta en la que se despedirían del cole hasta después de Reyes.

—Mamá, ¿tú crees que me van a dar matrícula de honor en dibujo? —preguntó Mariana mientras se ponía la bufanda al revés.

—Cariño, eso no existe en primaria —le respondí sonriendo.

—Pues deberían ponerlo, porque mi árbol de Navidad es el mejor de toda la clase —replicó, con la seguridad de quien sabe que ha hecho una obra maestra.

Cada niño tenía que llevar algo de bebida o comida para poner sobre las mesas para compartir durante toda la mañana en la que además hacían juegos y actividades.

En mi caso, preparé el día anterior un bizcocho de limón que me había salido de lo más esponjoso y que hice bien grande. También se llevó un paquete grande de palomitas caramelizadas que compramos el día anterior en el supermercado.

Lorena se pasó por mi casa con Julia y las niñas para ir juntas hacia el colegio. Las tres iban disfrazadas de pastorcitas y estaban de lo más monas

con sus faldas de cuadros, sus chalecos de borreguito y unos gorritos que les hacían parecer salidas de un belén viviente.

—¡Mirad a mis tres reinas magas del campo! —bromeé mientras les hacía una foto en la puerta.

—¡Mamá, somos pastorcitas, no magas! —protestó Mariana, aunque no pudo evitar reírse.

—Bueno, vosotras repartís alegría, así que algo de magia sí que tenéis —les respondí.

Y hablando de Julia…

Su marido no le volvió a contestar ni hablar por mensaje desde que Rocío le escribió con pruebas poniéndolo al tanto. Es más, dejaba siempre en visto a Julia. El caso es que ella estaba de lo más desesperada, frustrada y a expensas de que hoy precisamente Ernesto apareciese por su casa.

Después de despedirnos de las pequeñas y desearles que pasasen una mañana de lo más bonita, nos fuimos hacia la cafetería en la que hoy habíamos decidido desayunar. Solíamos ir a casa de una o de otra, pero en esta ocasión nos apetecía hacerlo en la calle y con unos churritos de esos que sabían a gloria.

—Qué bien sientan estas escapadas —dijo Lorena, envolviendo la taza con las manos.

—Sí, aunque hoy no sé si disfrutaré mucho —suspiró Julia—. En cuanto suene el timbre de la puerta y sea Ernesto, se me va a parar el corazón.

—Pues si se te para, te damos un empujón y sigues —le dije bromeando, intentando romper el hielo.

—Lucía, por favor —rio Lorena—, ¡qué forma de animar!

—Oye, el humor también es medicina —me defendí entre risas.

Julia comenzaba hoy sus vacaciones y estaba esperando a que en cualquier momento apareciese por su casa Ernesto, pero entendía que sería más tarde.

—Qué día me espera… —bufó agobiada.

—Bueno, ahora te queda afrontar la situación lo mejor que puedas —le dijo Lorena.

—Pero ¿qué hago si amo a otro hombre?

—Nadie te está diciendo lo que debes de hacer con tu corazón, simplemente que afrontes la situación lo mejor que puedas, ya que debes de ponerte también en su lugar y entender lo difícil que es para él regresar a un hogar que dejó de serlo —le respondió Lorena mientras yo me limitaba a escuchar y sufrir por esa situación que parecía mía. A veces me culpaba de llevarme los problemas de los demás a mi vida como si míos se tratasen.

—A ver en qué actitud llega.

—Hombre, no te esperes que aparezca comiéndote a besos, con un ramo de flores y diciendo que luchéis juntos —sentenció a la vez que ponía los ojos en blanco.

—Yo solo espero que resolvamos rápido y comenzar cada uno nuestro camino. La he cagado, me he enamorado, estoy hecha polvo y solo quiero estar sola en mi casa con mi hija y pasando este bache en unas Navidades que van a ser de lo más diferentes.

—Bueno, y digo yo, que el padre tendrá derecho a estar con ella —murmuré en tono un tanto de reproche—. Porque Ernesto es un gran padre y nada que ver con el de mi hija, que le toca llevársela una semana y ya ha dicho que no puede, que vendrá a por ella en verano —solté el aire con resignación.

—Pues mejor, porque los otros días hizo Mariana un comentario de que menos mal que no se tenía que ir —me comentó Lorena.

—Sí, ella prefiere estar a mi lado y aquí, además de que tiene a sus amigas, pero duele que su padre pase de ella y se esté perdiendo lo mejor. Una cosa es

lo que pasó conmigo y otra el ejemplo que deba dar como padre, aunque eso es imposible, ya que desde hacía mucho no sentía apego con ella y solo la utilizaba para sus posts de superpapi —negué.

—Yo no digo que no pueda estar Ernesto con la niña, pero espero que me la deje en casa conmigo.

—Pero realmente es su casa, no la tuya —le dijo Lorena a modo de indignación porque estábamos viendo que era en cierto modo muy egoísta—. Y, además, tú tienes un piso en la zona alta.

—Ya, pero no es lo mismo un piso que una casa —respondió Julia, sin mirarla.

—Lo tuyo tienes que hacértelo mirar, ¿eh? ¿Qué pretendes, dejarlo en la calle encima de lo que le hiciste y teniendo tú un lugar donde meterte?

—Le voy a ofrecer que él se vaya allí.

—Me parece de mucho morro, ¿qué quieres que te diga? —le contestó sin pensarlo y poniendo cara de indignación—. Yo sinceramente espero que no acepte; tienes tu casa y él tiene derecho a vivir en la suya, para eso lo separasteis todo cuando os casasteis.

—Parecéis que estáis a su favor.

—No digas eso, pero vamos, que al tuyo tampoco estamos. Solo queremos, como amigas y como personas que también le tenemos cariño a Ernesto, que no se hagan las cosas tan egoístamente. Solo hay que ponerse en el lugar del otro. ¿Acaso tú crees que le está siendo fácil digerir que estuviste con Toño y que encima le mandabas mensajes diciéndole que era el amor de tu vida?

—Mira, chicas, iros a tomar por saco —dijo levantándose y dejando su café a medias con los churros.

—Esa no es la actitud —murmuré incrédula.

—Que me dejéis en paz. Empáticas cero —hizo el número con los dedos, cogió su abrigo y su bolso y se marchó negando y en plan altiva.

—Joder, parece que hay que aplaudirle lo bien que lo hizo —decía Lorena de lo más indignada.

—Está muy perdida, por lo que veo. Se cegó mucho con Toño y no admite que se equivocó y que Ernesto tiene derecho a pasar este duelo sin que encima se le prive de sus cosas.

—Pero Lucía, que es una egoísta, que solo le importa lo que está pasando con Toño y quedarse en una posición de lo más cómoda a costa de Ernesto, así sea invadiendo su espacio, el único que tiene. Mi marido está flipando; ya sabes que aprecia mucho a Ernesto y lo está pasando muy mal.

—No es para menos, es muy injusta su actitud encima de la que tiene encima el pobre hombre.

—Y lo peor de todo es que si Toño le dijera ven, esa dejaba hasta a la hija con Ernesto. Lo siento, pero lo veo así.

—Yo también lo he pensado, pero ¿crees que sería capaz?

—¿No la escuchas? Claro que lo es y me duele porque siempre la consideré amiga, pero esto, esto me demostró que no lo es, ya que no confió en mí y sí lo hizo contigo.

—Me vería más fácil, ya que yo venía de dejar una relación y estaba comenzando aquí de cero. Se pensaría que, por sentirme un poco más sola en estos momentos, iba a tragar por todo y empatizar con eso, pero la realidad es que me ha dolido muchísimo todo y no puedo hacerlo. Me duele cómo estará Ernesto y en qué situación lo dejará esta. Me repatea por completo. Es tan injusto todo…

—Yo lo que sé es que ella nos duele, pero no tiene actitud ni está siendo justa con su marido y él es muy querido en el pueblo. Es una lástima la posición en que lo ha dejado tan fea ante todos. Y encima se enfada con nosotras. Solo espero que no meta a las niñas de por medio, que tienen una relación muy bonita.

—Eso estaba pensando yo. Sería muy cruel para su propia hija. Y, además, a su Lola la dejamos completamente al margen de todo y ella lo sabe. Es una

niña y hay que evitar que sufra más de lo necesario.

—Para eso están nuestras hijas, para acompañarla y hacer que se ría hasta de su sombra si hace falta.

—Esta tarde voy a hacer chocolate caliente con nubes para las niñas —dije con una sonrisa—. Lo vi en una película americana y me apetece probarlo.

—Pues guarda una taza para mí —bromeó Lorena—. Si Julia no explota su casa, me paso luego.

Reímos las dos, aliviando la tensión.

Después de desayunar nos dirigimos a nuestras casas, quedando en vernos a la salida de las niñas del colegio.

Limpié el cuarto de baño y recogí todo un poco antes de ponerme a hacer la comida. Hoy quería preparar unas lentejas, ya que se hacían rápidas y era un plato que a ella le encantaba. También tenía unas croquetas del puchero que había hecho dos días atrás y que a las dos nos volvían locas, así que freiría unas cuantas para comerlo de segundo.

Mientras se hacían las lentejas, pensé en lo irónico que era todo: hacía unos meses yo estaba en una casa que era una jaula más que otra cosa, con miedo, sin fuerzas, y ahora estaba allí, cocinando con olor a hogar y rodeada de cariño. No tenía lujos, pero sí paz.

A la hora de la salida de las niñas, fui a darle el encuentro a Lorena y justo en ese momento me llegaba un mensaje de Julia pidiendo que recogiésemos a la suya y me la llevase a mi casa. Entendí que había llegado Ernesto y la quería quitar ahora mismo del medio para que no estuviera presente en este momento tan difícil al que se tenían que enfrentar. Al menos había dejado de lado su rencor y me lo había pedido.

Capítulo 6



Las pequeñas salieron de lo más emocionadas de lo bien que se lo habían pasado en la fiesta y las notas tan buenas que traían.

—¡Mira, mamá, todo sobresalientes! —gritó Mariana, enseñándome su boletín.

—¡Qué orgullosa estoy de ti, mi vida! —la abracé fuerte.

Sandra también venía contenta y con la cara manchada de purpurina.

—Nos han dejado pintarnos las caras —dijo riendo.

Lola preguntó por su mamá y le dije que se venía a comer con nosotras. Sandra también se venía, ya que lo había hablado con su madre, que nos acompañó hasta la puerta y nos despedimos hasta la tarde que vendría a por ella.

Lo bueno es que yo había hecho lentejas de sobra porque siempre guardaba para otra vez y las croquetas igual, así que aún estaba a tiempo de sacar más y freírlas.

—¡Y hemos ganado en la carrera de sacos! —dijo Mariana de lo más feliz, y yo sonreía de verla así.

—Y quién hizo más trampas, ¿eh? —curioseé.

—¡Yo! —contestó Mariana con una sonrisa traviesa, mientras Lola volteaba los ojos y Sandra estallaba en carcajadas.

—No, no fue trampa, fue estrategia —aclaró Sandra con aire serio, aunque la sonrisa le delataba.

—Ya, estrategia… pero con los pies adelantados, ¿no? —bromeé mientras todas reíamos.

Caminamos hasta casa entre risas, hablando de lo ricas que estaban las galletas del colegio y de lo divertidos que habían sido los juegos.

Al llegar, puse la mesa mientras ellas seguían cantando villancicos inventados.

—A ver, señoritas —anuncié—, hoy menú especial: lentejas mágicas que dan fuerza y croquetas del cielo.

—¿De verdad son mágicas? —preguntó Lola.

—Claro, pero solo si te las comes todas —dije con aire de misterio.

—Entonces yo quiero repetir —dijo Mariana muy seria, haciendo que todas rompiéramos a reír.

Las tres estaban de lo más risueñas, contándome en todo momento cómo les había ido la mañana. Se lo habían pasado pipa y hasta les dio pena que no durase todo el día.

Después de comer se fueron a la habitación de Mariana, se tumbaron en las dos camas y se quedaron dormidas.

Estaba preparándome un café para llevarlo al salón frente a la chimenea cuando llamaron a la puerta. La sorpresa fue mayúscula cuando me encontré con Ernesto.

—Hola —dije sorprendida y sonriendo.

—Hola, vecina —abrió sus brazos y nos dimos un abrazo.

—¿Qué tal estás? Pasa —me aparté.

—Bueno, he tenido días para digerir todo antes de regresar —murmuró, con una sombra de tristeza en la mirada, aunque su sonrisa era sincera.

—Las niñas están dormidas, estaba preparando un café ¿Te apetece?

—Claro, no tengo mejor plan —sonrió y me acompañó a la cocina.

Mientras servía los cafés, no pude evitar sonreír al notar que, a pesar de todo lo ocurrido, seguía siendo el mismo Ernesto cercano y cálido de siempre.

—¿Qué tal ha ido? —pregunté, intentando no sonar demasiado curiosa, aunque me moría de ganas de saber.

—Es otra, está irreconocible, solo piensa en ella y dice cosas sin lógica. Yo ya había hablado con mi abogado y le he comentado todo de manera concisa. No voy a negociar nada con ella. Está recogiendo sus cosas y su hermano la está ayudando a llevarlas a su piso. Sale hoy mismo de mi casa.

—Es normal, tiene su vivienda y esta es tuya.

—Pues se la quería quedar. Con toda la poca vergüenza del mundo me dice que es mejor lugar para criar a nuestra hija. Y se lo he dicho claro, si es el mejor lugar, déjamela aquí —dijo, frunciendo el ceño y rodando los ojos de frustración.

—¿Y qué te dijo?

—Que no, que la iban a tachar de mala madre en el pueblo —respondió, soltando un suspiro pesado.

—Qué fuerte, no lo hace ni por ella —negué resoplando mientras hacía los cafés.

—Eso es lo más triste. No piensa como madre, sino en lo que dirán en el pueblo. Como si ya algo más fuera a minorizar todos los rumores que ella misma provocó con sus actos —se encogió.

Cogimos los cafés y nos fuimos a los sofás. Él se sentó en uno y yo en el otro; nos separaba la mesa donde puse unas pastitas de canela y los cafés.

—¿Y entonces?

—Me la voy a quedar estos días. Pasará la Navidad conmigo y luego se irá el veintiocho con ella a pasar el fin de año. El día de Reyes amanecerá en su casa y luego me la traerá para que vea aquí sus regalos —se frotó la cara.

—Al menos habéis llegado a un acuerdo.

—Sí. El tema de manutención ya lo hablará mi abogado con ella —se inclinó hacia mí y añadió, sonriendo—. Está riquísimo el café.

—Pues es el de la marca blanca del super —me reí.

—Me haré con un paquete, me ha gustado. ¿Y tú qué tal? —preguntó con una mirada que irradiaba curiosidad sincera.

—Pues muy tranquila, eso que precisamente necesitaba en mi vida —sonreí.

—Eso que tendré yo que buscar a partir de ahora —apretó los dientes.

—Pero te veo mejor de lo que me esperaba.

—Como te he dicho, me ha dado tiempo a asimilar todo y a pensar en frío. Ahora mismo tengo un mes de vacaciones por la maniobra que hemos hecho, pero voy a pedir excedencia. He decidido que me voy a tomar un tiempo para disfrutar de mi hija y vivir más. Esto de ir al cuartel hasta Cádiz, las maniobras y todo es una locura que ahora mismo no me apetece. Ya llevo muchos años así —dijo con determinación.

—Y tú tienes tu fábrica de embutidos con tu hermano y os va bien.

—Por eso, es hora de dejar a un lado por ahora el tema militar y vivir mi vida de otra manera.

—Pues lo veo muy buena opción.

—Quiero ser un padre presente y llevarla o recogerla del colegio. Tener tiempo para ella que está creciendo a pasos agigantados —explicó con un brillo orgulloso en los ojos.

—Claro. Ya pasaste esa fiebre por la Marina —me reí—. Ya lo has vivido, pero tú tienes tu vida resuelta, también de otra manera y, además, cosa que dudo, si la empresa os fuera mal, siempre puedes incorporarte a la armada. Tu plaza la tienes.

—Por cierto. Mañana te traeré una cajita con varios productos para que lo disfrutéis estas Navidades.

—Gracias, Ernesto —sonreí feliz con ese detalle.

—No hay de qué, lo hago con mucho gusto. Me alegra verte por aquí; ya sabes que siempre serás mi amiga infinita.

—Es verdad —me reí recordando cuando me lo decía a gritos en bromas cuando me veía. Adiós, mi amiga infinita.

—Justo antes del mensaje de Rocío ya me comentó Julia que habías regresado. Me hizo mucha ilusión y ahora se te ve más feliz. Las últimas veces se te notaba muy apagada y se veía que no estabas bien.

—Me he quitado un gran peso de encima —suspiré y le provoqué una sonrisita.

—Ese que me voy a quitar yo también. La venda ya se me cayó en el regreso de la navegación. No entiendo cómo pude estar tan ciego, pero bueno, no me pienso lamentar ni voy a andar llorando por los rincones. La amaba con todo mi corazón, la sigo amando, pero ahora mismo estoy a años luz de lo que sentía por ella antes de irme y hoy, al ver su actitud egoísta, ya me provocó repulsa. No la reconozco y me hice un gran favor al hablar con ella para terminar de darme cuenta de que ya no merece la pena.

—Me alegra verte mejor de lo que esperaba, Ernesto. Te lo digo de corazón, ya que estaba muy preocupada por saber cómo te encontrarías.

—Gracias, amiga —apretó mi mano por encima de la mesa.

Las niñas se levantaron y, al llegar al salón y Lola ver a su padre, corrió hacia él gritando “papi”. Se dieron un abrazo de lo más bonito y emocionante, casi que se me saltan las lágrimas. Sus amiguitas aplaudían felices por este momento.

Les puse la merienda a las tres y nosotros nos servimos otro café. Un poquito después llegó Lorena, que también se tomó uno con nosotros en el salón mientras hablaba con Ernesto y este le ponía al día.

Lorena se marchó pronto con Sandra. Ernesto se quedó con la niña hasta recibir el mensaje de que se había ido. En este momento y de manera muy cuidadosa, bonita y con una sonrisa, le contó a su hija que papá viviría en esta casa y mamá en la suya del piso, así que tendría dos habitaciones. La respuesta de la niña con solo siete años fue que eso era lo que se esperaba. Nos quedamos helados. Su padre comenzó a hacerle cosquillas y a decirle que se lo iban a pasar tremendamente bien. Mi hija también recibió su dosis de cosquillas.

Se marcharon sobre las siete cuando les avisaron de que ya se había ido. Quedamos en ir hablando, ya que vivíamos a unas pocas puertas de diferencia y las niñas estaban muy unidas.

Me quedé más tranquila con su visita, ya que pude comprobar en primera persona de que estaba sacando fuerzas y que estaba dispuesto a comenzar de cero y no quedarse llorando por las esquinas. Se venía una nueva etapa en su vida que yo estaba convencida de que la iba a llevar bien. Se lo merecía, era un gran hombre que, como dije, lo querían mucho en el pueblo.

Mientras recogía la cocina, pensé en lo afortunada que era de poder presenciar la evolución de alguien a quien siempre había considerado un amigo inseparable. Su sonrisa, su fuerza y su bondad eran un recordatorio de que, incluso después de tormentas dolorosas, la amistad y la familia verdadera seguían brillando.

Capítulo 7



Me desperté temprano; era el veinticuatro por la mañana, un día que, a pesar de estar las dos solas, me sentía más acompañada que nunca. La casa estaba tranquila, con un olor tenue a café que se había quedado de la noche anterior y al olor de la chimenea apagada que prometía calor en pocas horas. Respiré hondo y sonreí; había algo en la Navidad que siempre me hacía sentir esperanza, incluso cuando todo parecía complicado.

—Mamá, hoy es Nochebuena y mañana Navidad —dijo mi pequeña entrando a la cocina medio dormida y echándose el pelo hacia atrás como si hubiera pasado la noche fuera de casa con este viento.

—Sí, cariño, y vamos a preparar una cena especial —le respondí mientras me daba un abrazo.

—Pero hoy también comemos, ¿no? —me preguntó con esa mezcla de sueño y emoción que la hacía adorable.

—Claro —me reí—. Tranquila, que no te dejo sin comer, solo que lo más especial es la cena de esta noche y la comida de mañana.

—¿Tú crees que Papá Noel se habrá acordado de mí o me dejará el regalo en Galicia? —me dijo con ojos brillantes mientras se balanceaba sobre un pie y luego el otro, como esperando que la magia de la Navidad se pudiera tocar en ese momento.

—Cariño, claro que sí. Él sabe tu nueva dirección. No hay fallo, ese hombre tiene el don de nunca equivocarse —carraspeé y a ella se le iluminó la cara.

Estaba preparando el desayuno cuando llamaron a la puerta y fue ella a abrir. Escuché que eran Ernesto y Lola. Me asomé para decirles que pasasen a la cocina.

—¿Habéis desayunado? —pregunté observando la caja que traía en sus manos y que dejaba sobre la encimera. Parecía que pesaba muchísimo y era grandísima.

—Sí, pero un café lo acepto.

—Y yo otra leche con cacao —se animó Lola.

—Ahora mismo —sonreí—. Gracias por el regalo —señalé a la caja—; se nota que pesa mucho y es muy grande. Te has pasado.

—Lleva dentro una paletilla de jamón y varios productos. Te la iba a traer ayer, pero se me hizo tarde.

—¡Un jamón, mamá! —gritó Mariana llevándose las manos a la cabeza y causándonos una carcajada.

—Eso es demasiado —murmuré mirándolo a modo de regañina y como respuesta obtuve un descarado guiño de ojo que me provocó que se me soltase la risilla.

—Así tenéis un poquito de nosotros sobre la mesa esta noche. Por cierto, quería comentarte algo.

—Dime, Ernesto.

—Hoy ceno con mi familia, pero mañana estamos solos Lola y yo. ¿Por qué no comemos los cuatro juntos por Navidad y ellas pasan el día jugando?

—Por mí, perfecto. ¿Qué te parece en mi casa? Tengo jamón, más lo que tenía pensado hacer hoy —me reí.

—Vale.

—Papá, podríamos venir desde temprano y traer churros con chocolate.

—Si están dispuestas a aguantarnos.

—¡Yo sí, vecino! —gritó mi hija.

—Claro, es vuestra casa. —Sonreí feliz porque me parecía algo bonito que el día de Navidad tuviésemos con quién compartirla.

Después de desayunar, abrí la caja y observé que traía hasta la tabla para apoyar el jamón, cosa que se encargó él de hacer para luego quitar la primera capa y dejármelo listo para cortar cada vez que quisiera. Venía hasta un cuchillo jamonero. Además, en su interior contaba con un queso, dos botellas de aceite virgen extra de su cosecha, un lomo, un chorizo y salchichón, ambos ibéricos, y una pieza de chicharrón para cortar a tiras y comerlo con un poco de aceite, sal y limón.

—Dios mío, pero esto es demasiado. —Lo miré apurada.

—¿Te crees que voy a notar alguna pérdida o algo por el estilo? —preguntó con la risilla suelta.

—No es por eso, pero…

—Pero nada, es para que lo disfrutéis. Además, con el jamón puedes tener para bocadillos, tostadas, hacer unos huevos rotos con patatas fritas y jamón, además de infinidad de cosas.

—Lo de los huevos rotos ha sido la mejor idea para comer hoy. Ligero, riquísimo y me apetece mucho de hace días. ¿Queréis comer aquí?

—Claro, ¿quién quiere perderse unos huevos rotos con el mejor jamón? Por cierto, voy a salir un momento y dejo a la niña aquí. Me voy a acercar a por el pan de campo y allí compro un cartón de huevos de sus gallinas.

—Genial —sonreí porque era una combinación perfecta y ese pan con esos huevos de yema muy naranjas era para no pensarlo mucho.

Mientras él iba, yo me puse a rellenar el roti de cinta de lomo que iba a hacer para el día siguiente en el horno. Para esta noche nos íbamos a comer unos hojaldres de queso, nueces y cebolla caramelizada que nos encantaba a las dos y tenía la masa para hacerlos.

También aproveché para cocinar el puchero, ya que esta noche íbamos a poner de primero un consomé. Las dos éramos más o menos iguales con los gustos culinarios.

Las niñas se fueron al salón a ver una película de Disney que echaban en un canal y se tumbaron cada una para un lado en el sofá. Las miré desde la cocina y pensé en cómo habían crecido, cómo habían pasado de ser unas pequeñas curiosas a niñas que empezaban a disfrutar de estas pequeñas tradiciones con tanto entusiasmo.

La cinta me quedó con muy buena pinta, ya que la rellené con queso de rulo y crema, pasas, almendras, huevo duro, beicon a trocitos y carne de pollo. La cubrí con la red de presión y la metí en el horno. Al día siguiente se serviría a rodajas con patatas fritas. También tenía una cajita de langostinos que haría al horno con ajito.

Ernesto llegó dos horas después cargado de bolsas. Parecía que traía cosas como si se fuese a acabar el mundo.

—Esto será para tu casa, ¿no? —señalé a todas, ya que las había dejado sobre la encimera.

—No, es para aquí. Te voy explicando —dijo mientras dejaba la última.

—Madre mía, ¿no estarás pensando en quedarte a vivir aquí? —dije medio en broma, medio preocupada por la cantidad de cosas que traía.

—No lo descarto, pero por ahora pasaré la Navidad —contestó con esa risilla que siempre llevaba en la cara.

—Ah, bueno, paso a paso —volteé los ojos.

—El pan que aquí te da para varios días y hasta para hacer migas —sonreía —. Un cartón de dos docenas de huevos. Esto es varias tabletas de turrón de

diferentes sabores, que son para tu hija y para ti.

—No debías.

—A estas alturas y después de lo vivido, no va a venir nadie a decirme lo que debo de hacer. —Me hizo un guiño el muy seductor y me reí.

—Ah, bueno. —Volví a voltear los ojos.

—Esto son tres botellas de vino. Puedes tomar una esta noche y mañana nos bebemos las otras. Este pulpo ya cocido es para mañana, que os prepararé una exquisitez.

—No me extrañaría que tirase de una. —Me reí refiriéndome a la botella.

—Esto es una tarta helada de tres sabores: chocolate, vainilla y turrón. Nos la podemos comer mañana de postre. Para la merienda he traído estos *Phoskitos* de toda la vida que están mucho más buenos que cualquier otro dulce.

—Hostias, te has acordado de que son mis favoritos —me reí.

—Doce he traído —volvió a hacerme un guiño.

—Ya veo que te gusta ir de sobrado. —No podía parar de reír.

—Sigo, que la cosa aún no terminó. En esta bolsa hay tres regalos iguales, uno para Mariana, otro para Lola y otro para Sandra. También una bolsa de chuches para cada una. En todas ponen sus nombres en una etiqueta muy bonita. Esto lo pones por la mañana en el árbol y le dices que no lo puede abrir hasta que lo vean juntas y que llamen a Sandra para que venga un momentito a abrirlo con ellas.

—Vale, pero yo te pago la mitad.

—En esta, hay lo mismo para las tres —dijo ignorándome—. Y la pondré en mi casa, pero la traeremos hacia aquí.

—¿Y cuánto te debo? —me crucé de brazos.

—Huele muy bien el redondo —señaló al horno.

—Se te da muy bien hacerte el tonto, pero yo debo también de colaborar —le regañé, aunque la sonrisa en mi cara lo decía todo—. Has tenido una idea muy bonita, pero podrías dejarme ser partícipe.

—Mañana lo hablamos con un vino.

—Con alcohol por medio, malo —negué riendo—. Has hecho demasiado, de verdad.

—Para nada, estoy muy entusiasmado con pasar aquí la Navidad. Le vendrá muy bien a la niña y a mí también. Además, rememoraremos viejos tiempos de nuestra juventud, dijo, y yo no pude evitar pensar en todas las bromas y juegos que habíamos compartido años atrás.

—Estamos encantadas de que os vayáis a venir a pasarlo con nosotras.

Los huevos rotos salieron riquísimos y nos dimos un atracón de los grandes. Mariana y Lola se peleaban con risas por quién cogía más jamón, mientras Ernesto y yo nos mirábamos, cómplices, recordando que en la vida siempre había pequeños momentos de felicidad que valían más que cualquier drama.

Después, nos acomodamos todos en el sofá y terminamos viendo una película de Navidad y casi llorando a mocos tendidos. Hasta el militar estaba de lo más emocionado tragando saliva.

—¿Te acuerdas de aquel año en que intentamos hacer una bola de nieve gigante y acabamos empapados hasta los huesos? —le susurré entre risas.

—Claro —dijo con una sonrisa—. Y luego tu madre nos regañó por ensuciar el jardín.

Cuando acabó la película, se marcharon y nos despedimos de ellos hasta la mañana siguiente. Yo metí a la pequeña en la ducha y luego lo hice yo. Íbamos a estrenar para la cena un pijama que habíamos comprado iguales para las dos. Blanco y de corazones rojos.

Hicimos una cena tranquilita frente a la chimenea y luego nos divertimos con un juego de mesa hasta que la peque se quedó dormida. Ella estaba más emocionada por la Navidad que por esta cena que no le decía nada.

Aproveché para dejar mis regalitos debajo del árbol que pusimos junto a la chimenea y saqué los que me dio Ernesto, que fue cuando me di cuenta de que había uno para mí con mi nombre. Sonreí porque él era así, generoso, atento y muy detallista.

Me senté en el suelo, abrazando mis rodillas, y pensé en la suerte que tenía. No era solo por los regalos ni la comida; era la sensación de hogar, de amistad infinita, de familia elegida, que hacía que esta Navidad fuera especial de verdad.

Capítulo 8



No sabía quién de las dos estaba más nerviosa en esta mañana de Navidad, si mi hija o yo.

Había dormido poco porque, como madre, tenía el oído muy fino y cualquier ruidito me hacía despertarme y abrir los ojos como los de un búho. Y más en estas fechas, dado que mi niña apenas dormía y se levantaba bien temprano para ver si habían dejado sus regalos bajo el árbol.

Y sí, sonreí al escuchar sus pasitos por el pasillo y un leve gritito al ver todos los paquetes. Me la imaginaba acercándose despacio para ver el tamaño y tratar de adivinar qué había en cada uno, pero, como siempre, mi pequeño gran tesoro no tenía ni idea de lo que iba a ver.

Volví a cerrar los ojos cuando la escuché regresar por el pasillo y no tardé en oír mi puerta abriéndose y sus pasos acercándose. Sonreí para mis adentros fingiendo estar dormida y la dejé hacer.

La pequeña comenzó a darme besos a un lado de la cama en el que se había metido con intención de levantarme temprano.

—Papá Noel dejó muchas cosas y unos regalitos iguales para mí, para Lola y para Sandra —me decía con esa voz tímida de nervios por descubrir de qué se trataban. Aunque la timidez la tenía cuando le convenía, que anda que no sabía nada.

—Pero ¿me dejarás prepararme el café? Ya sabes que, si no me lo tomo, soy una persona capaz de asesinar con la mirada a cualquiera —carraspeé.

—Tú eres muy buena mamá, tú no sabes hacer eso con los ojos —se puso bizca, causándome una risa.

—Bueno, lo de asesinar no, pero ponerme tuerta sí. —La imité causándole una carcajada.

Me levanté, aseé la cara y la dejé sentada en el sofá frente al árbol mientras yo preparaba el café y su leche con cacao. Sus ojitos brillaban como luciérnagas; y yo, desde el baño, la escuchaba tararear canciones navideñas sin que supiera que la estaba oyendo. Sonreí y pensé en lo rápido que crecía, en lo sencilla y feliz que podía ser con tan poco.

—Mamá, mira, están lo de las niñas y mío iguales, pero también hay cinco regalitos para mí —me dijo, con los ojos más grandes que nunca.

—Pues abre uno que no sean los iguales, que eso es mejor abrirlo junto a ellas.

—Eso había pensado para que la sorpresa fuera a la vez. Voy a empezar por este —lo cogió y se lo trajo al sofá.

—A ver, a ver —me hice la nerviosa moviendo rápidamente mis manos.

—¡Mamá, un estuche nuevo! Es precioso. Ya tengo ganas de regresar al colegio para estrenarlo. Es mi favorito —dijo como si yo no lo supiera, ya que había tenido que buscarlo por internet.

—Es una monería. ¡Me encanta!

—Estoy deseando enseñárselo a Lola y a Sandra. Ellas tienen uno muy chulo también, pero de otros personajes.

—Pues mira qué bien, ya estáis las tres con uno diferente cada una. —Me alegraba de verla tan emocionada.

—Voy a abrir otro —se frotó las manos y dejó el estuche a un lado.

—Venga, que estoy nerviosa por descubrir qué más te han traído.

—Este pesa poquito también, pero es más grande —decía poniéndolo sobre la mesa. —¡Me encanta! —exclamó sacando una sudadera de color blanco con capucha como ella quería. Se conformaba con poco y era de lo más feliz.

—Ya van dos buenos regalos, ahora toca el siguiente.

—Me siento la niña más afortunada del mundo. A ver qué tiene este que es chiquitito.

—A ver, a ver —me hice la nerviosa otra vez, y ella me lanzó una mirada divertida, como diciendo "mamá, qué exagerada".

—¡Una colonia como la de mis amigas! Muero, mamá, esta huele a manzana y es súper rica. Este Papá Noel se volvió loco con mis regalos.

—Será que te lo mereces —susurré, acariciándole la cabeza.

—Voy a abrir otro que es grande.

—Venga —la animé, como si le hiciera falta.

—Son unas deportivas blancas que con la sudadera van genial. Amo a este Papá Noel —gritó, y se abrazó a mí emocionada—. Y ahora, el último —anunció con dramatismo.

Y cuando lo abrió, sin saber que iba a dejar el mejor para el final, sacó la cámara de fotos instantánea infantil de unicornio de la que ella tanto hablaba. Se puso tan emocionada que terminó llorando en mis brazos.

Era una niña que se conformaba con muy poquito; entre todo me había gastado cien euros, pero para ella era un mundo porque valoraba cada regalo. Nada que ver con hoy en día, que compraban regalos que valían una millonada.

—Mamá, para Reyes le voy a escribir en la carta que quiero unas botitas de piel para poner con los vaqueros e ir al colegio. Ahora se llevan mucho.

—Claro, cariño, ya tienes las deportivas, ahora le pedimos a los Reyes las botas para que tengas las dos cosas para el regreso al cole. —Sonreí porque esas botitas con pelitos por dentro ya se las había comprado.

En ese momento llamaron a la puerta y la peque corrió hasta ella para recibir a Lola y Ernesto, que venían con churros y chocolate; la sorpresa es que también venían con Sandra, ya que habían hablado con su madre para que la dejase desayunar con nosotros.

Traía también los regalos que habían dejado en su árbol y que colocó junto a los otros; venían más de tres. Lo miré a modo de regañina, pero él se limitó a sonreír feliz.

Las niñas hablaban de lo que les había traído Papá Noel mientras desayunaban, ya que Ernesto las avisó de que hasta que no terminasen, no se abrían los regalos.

Lo que sí habían visto eran los tres paquetes de chuches que tenían un lacito, pero no estaban envueltos. Ya hablaban hasta cuáles eran sus gomitas favoritas.

Las risas estallaron mientras devorábamos los churros recién hechos, mojándolos en chocolate caliente y haciendo pequeñas competencias para ver quién podía comer más rápido sin mancharse.

—¡Yo gano! —gritó Lola, con chocolate en la punta de la nariz.

—¡Trampa! ¡Te has manchado! —repliqué entre risas, limpiándole la cara.

Después de tomar los churros, que los devoramos sin dejar ni una pizca, las niñas abrieron a la vez los regalos que habían dejado en casa de Ernesto. Eran tres mochilas iguales súper bonitas en color rosita. Se pusieron de lo más contentas y se la colgaron pidiendo fotos.

El otro regalo que habían dejado aquí eran tres gorros de lana del mismo color que la mochila. Se pusieron locas de contentas.

—¡Mamá, mira la mochila! ¡Es igualita a la de Lola y Sandra! —gritaba Mariana.

—Y los gorros combinan perfecto, ¿verdad? —añadí, y las tres asintieron con una sonrisa.

El padre de Sandra vino a por ella en ese momento, ya que se iban para otro pueblo a comer con la familia de él. Trajo unos regalos para las niñas que eran unos pijamas iguales y sus zapatillas. Se volvieron locas de contentas.

—Ahora te toca a ti —me animó Ernesto después de habernos echado otro par de cafés.

—No deberías…

—Te recuerdo que eres mi amiga infinita.

—Gracias —sonreí cogiendo los dos y poniéndolos sobre la mesa. Las niñas ya estaban en el cuarto jugando.

El primero era una cadena de plata con un colgante del símbolo de infinito; me pareció una belleza. Le di un abrazo. El segundo, una cartera de piel marrón que era de lo más fina. Era de Ubrique, el pueblo que había cerca.

—Pues nada, mi regalito te lo daré para Reyes —le dije con la risa suelta.

—Mi regalito es que nos dejéis pasar hoy el día con vosotras —sonrió y me pellizcó la cara.

—Ya sabes que es mutuo. —Me reía porque no me soltaba el moflete.

No comprendía cómo Julia podía haber dejado a un hombre así, que ponía el corazón en todo lo que hacía y era de esas personas que estaban ahí para anticiparse a cualquier cosa con tal de facilitar la vida a los demás.

Lola y Mariana aparecieron con los pijamas que les habían regalado los padres de Sandra. Yo aún seguía con el mío nuevo puesto y es que estaba tan calentita…

—Venimos a por unas chuches —decía Mariana y Lola afirmaba.

—Muy bien, pero no os deis un atracón, que luego está la comida —les respondió Ernesto.

—Nosotras comemos mucho, ¿verdad, Lola?

—Muchísimo, todo, todo —decía con una risita de complicidad mientras Ernesto volteaba los ojos.

Se volvieron a ir con sus paquetitos a la habitación y nosotros nos fuimos a la cocina a preparar la comida. El roti ya estaba hecho, pero queríamos dejar preparadas otras cosas.

—Te voy a dejar un momentito y me doy una ducha.

—Cuidaré de la cocina mientras preparo una delicia que no puede faltar en la mesa.

—Hazte un café si quieres.

—Eso estaba pensando. —Me hizo un guiño.

Me metí en el cuarto de baño y, tras la ducha, me puse unos leggins en color rojo con una camiseta hasta el codo de color blanco, al igual que las deportivas. Cómoda, pero me veía mona y además me maquillé un poco y me puse los labios rojos para ir a juego. El collar que me había regalado me quedaba chulísimo en el cuello. Mi amigo infinito…

Lo que más me alegraba es que veía a un Ernesto vivo, que, a pesar de llevar la cruz por dentro, estaba poniendo de su parte para estar bien y que eso se reflejase en su hija y alrededor.

Capítulo 9



—Pero, qué mujer más linda aparece por esta cocina —dijo Ernesto, con esa sonrisa que siempre conseguía ponerme colorada.

—Ernesto, por favor, que me sacas los colores. —Me reí nerviosa, mientras me tapaba la cara con las manos.

—Esto se merece que nos hagamos un selfie con una copita de vino —insistió, guiñándome un ojo.

—Pero, si aún tengo los churros en la garganta.

—Para que te bajen. He traído esta botella de vino dulce para comenzar a abrir apetito —dijo, mientras la sacaba del frigorífico con aire triunfal.

—Si ya con las que compraste ayer…

—Esas no son de vino dulce —abrió la botella y sirvió dos copas—. Esta es otra historia.

—Ah, bueno, entonces bien recibida.

—Toma, para ti —la puso en mis manos.

—Gracias.

—Por nosotros y nuestras hijas. Larga vida para criarlas.

—Sí, larga vida —sonreí antes de chocar su copa con la mía. Sentí cómo su mirada me atravesaba de manera especial, y no pude evitar que un cosquilleo subiera por mi espalda.

Ernesto había cocido patatas para hacerlas al estilo de pulpo a feira en plan demostración e individual.

Yo me lie a cortar el roti en medallones para ponerlo sobre la crema de zanahoria que hice el día anterior.

Estaba con las manos en la masa mientras disfrutábamos el vino cuando me llegó un mensaje de Julia.

Julia: *Feliz Navidad, cariño. Espero que disfrutes mis sobras.*

Mi corazón se congeló. El mensaje era frío y calculador, y no pude evitar que la sangre se me subiera a la cara de rabia y frustración. Me quedé planchada. Noté cómo me hervía la sangre y no salía del shock. Ernesto me preguntó qué me pasaba y le enseñé el mensaje.

—Es increíble esta mujer, no tiene bastante con lo que hizo que también se pone a atacar a las que se supone que son sus amigas. Ni le respondas, no le hagas caso, no hay mayor respuesta que el silencio. —No dejes que te afecte —me acarició la mejilla—. No ha sido capaz de preguntar ni ayer ni hoy por su hija, menos aún de llamarla y pierde el tiempo en escribirte a ti. Ella misma se retrata. Y no tienes por qué comerte la cabeza porque en ningún momento has ido a buscarme; he sido yo el que he venido por aquí y he propuesto el pasar juntos este día. Mea culpa —me dio un beso en la mejilla a la vez que me abrazaba fuertemente.

El abrazo me hizo olvidar, aunque fuera por un instante, la rabia que sentía en ese momento, y más porque venía de una persona que siempre fue mi amiga.

No quise decir nada más para no envenenarme, pero me parecía un ataque tan feo por parte de Julia que cada vez me estaba decepcionando más como persona.

Ernesto no dejaba de buscarme con gestos para animarme; sabía que me había quedado mal con ese comentario tan malicioso, pero no podía evitarlo; era como si ahora me quisiera echar las culpas a mí de todos sus problemas, esos que ella misma había causado.

—Te voy a tener que echar un vino tras otro —dijo rellenando mi copa.

—Mejor me lo bebo de la botella. —Me reí con mi comentario y a él se le escapó una risilla.

—¿A que te saco a bailar?

—No, no, que no quiero recordar el día del cumpleaños de Willy… —Me tapé la cara entre risas nerviosas.

—¿Lo recuerdas? —preguntó, divertido.

—¿Cómo no me voy a acordar si me cogiste a lo *Dirty Dancing* y salí despedida por encima del tablao de la taberna? —nos reímos a carcajadas.

—Nunca me lo perdonaste —dijo, haciendo pucheros con exageración.

—Claro que sí, otra cosa es que no se me olvide —puse cara de resignación.

—Lo podemos recrear otra vez… —propuso con un brillo en los ojos que me hizo sentir un nudo en el estómago.

—No, no, que me fio del dicho que dice "hasta la tercera no va la vencida".

—Ya estoy más fuerte que cuando tenía dieciséis años —carraspeó cogiendo su móvil.

Y entonces la música de *Dirty Dancing* comenzó a sonar y me hizo el gesto de que fuese con sus manos.

—No, por Dios —negaba a carcajadas sueltas, mientras mis mejillas ardían y sentía que todo el vino se me subía a la cabeza.

Me seguía llamando con el dedo y yo negaba nerviosa. Vino hasta mí, me agarró y comenzó a arrastrarme a ese baile que parecía que se lo conocía a la perfección. Sabía que el momento icónico estaba por llegar.

Y llegó… Me hizo que diese marcha atrás para correr hacia sus brazos y yo, que con los dos vinitos estaba graciosa, no me lo pensé y ahí que fui con todo mi impulso del mundo rezando porque esta vez no me escapase de sus brazos y saliese despedida por la ventana.

—¡Toma ya! —gritó sujetándome recta en el aire y saliendo al pasillo como si yo fuera un avión.

—¡Mamá, estás volando! —gritó Mariana desde la cocina, mientras Lola reía como loca.

—¡Papá, eres Superman! —añadió Lola, aplaudiendo y saltando.

—¡Niñas, quitaros de en medio que nada es seguro! —gritaba estirando mis brazos.

Fue un momento épico y de lo más divertido. Por unos minutos se me había olvidado hasta ese absurdo y cruel mensaje. Me sentía feliz, conectada con Ernesto y con mis hijas de una manera que no había sentido en mucho tiempo.

—Pues tienes razón. En estos años te has puesto más fuerte —le toqué el antebrazo.

—No tienes ni idea de lo que te has perdido —respondió con una sonrisa pícara.

—¿Cómo que me he perdido? —me reí mirándolo.

—Tú imagina que no la hubieras cagado con el gallego ni yo con la infiel. Ahora estaríamos felices, sin problemas y viviendo nuestras vidas —carraspeó y cogió su copa.

—Entonces no tendríamos a nuestras niñas —lo miré de lado y sacando morros.

—Si es que me encantas —se rio y vino a abrazarme.

Entre roce y roce estaba descubriendo algo y es que me provocaba una atracción que hasta ahora no me había despertado. ¿Cómo era posible? A ver, qué guapo era a rabiar, más fino y cuerpazo no podría ser, pero siempre lo vi como un amigo para más tarde como la pareja de Julia.

Pero ahora… ahora había algo más.

Las niñas le pidieron a Ernesto que las subiera al avión y tuvo que hacerlo primero con una y luego con la otra mientras chillaban que estaban en peligro. Vaya dúo, me encantaban esas revoltosas juntas.

—Menos mal que aquí falta mi madre, pero está la tuya. Y a ti te falta tu padre, y está el mío —dijo Lola, causándonos una risilla nerviosa.

—Ellos —nos señaló mi hija—, si ya no tienen a sus parejas, pueden ser novios.

—Mariana… —la reprendí.

—Tiene su lógica —dijo en plan broma Ernesto y ellas se rieron—. Los niños superan las separaciones antes que los adultos —elevó sus hombros.

—Mi madre lo tiene más que superado. ¿A qué sí, mamá?

—No lo sabes tú bien —sonreí.

—Y tú, papá, también, porque mamá nos abandonó y se fue a su casa.

—Yo no te dije eso.

—Bueno, cuando dos personas viven separadas es porque ya no son novios —se encogió de hombros—. Y tú no estás llorando, así que, como Lucía, estás superando tu ruptura matrimonial.

—Qué bien habla tu hija —murmuré aguantando la risa.

—Y yo, mamá, y yo —decía Mariana señalándose a ella misma.

—Dos hijas, dos problemas —me dijo Ernesto haciendo que me riera mientras negaba.

—Siempre las podemos tirar a las chimeneas —carraspeé.

—No, mami, porque lo mismo somos brujas y salimos del fuego y os hacemos pasar una vida cruel y de terror —dijo Mariana, provocando que Ernesto y yo nos miráramos y contuviéramos la risa.

—Entonces, mejor no —respondió Ernesto, mirándome y aguantando la risilla—. Tendremos que buscar otro plan.

—Ser novios y nosotras pasamos a convertirnos en una especie de hermanas raras.

—Mariana… —Solté el aire.

—Yo opino lo mismo, mamá rara —soltó Lola, causándonos una carcajada.

—Con ellas os reís y conmigo no. —Se cruzó de brazos Mariana y se marchó a su cuarto. La seguía Lola.

Fui a buscarla y le hice entender cómo lo había visto y el porqué de la risa. Estaba claro que tenían siete años y, lo mismo que veían la vida a todo color, también les afectaba lo más mínimo.

Terminaron riéndose y me dirigí hacia la cocina para seguir preparando la comida con Ernesto, momento que aprovechó para rellenar las copitas de vino dulce.

—Ya se le pasó esa tontería. —Volteé los ojos.

—Son niñas. ¿Qué podemos esperar de ellas? —preguntó mirándome con intensidad y casi dejándome sin aliento.

—Me estás poniendo nerviosa. —Me reí de lado.

—¿Por qué, señorita?

—Nada, nada —negué riendo.

—¿Por qué me esquivas? —se pegó un poco más a mi lado.

—Te lo he dicho, me pones nerviosa.

—Por algo será…

—¡Ernesto! Te recuerdo que te has separado hace dos días.

—No, mucho antes, desde la navegación. —Se mordió el labio.

—Ay, Dios, necesito más vino. —Le di un trago, bebiéndome la copa de golpe, provocándome que me saliese la expresión de asco.

Estaba preparando en la bandeja el roti cuando me abrazó por detrás y comenzó a cantarme una rumbita de Martínez Ares, *"Por cada mirada"*.

Y no me quedó otra que tararearla con él porque era un tema precioso que marcó una época en los carnavales de Cádiz.

Seguíamos cantándola, pero con el añadido de que nos pusimos a bailarla. Era un día de celebración y qué mejor que hacerlo con un tema que para nosotros nos recordaba esa juventud en la que nos reuníamos y la cantábamos, al igual que otros que también se metieron en nuestros corazones.

—*Solo, solo, solo, maldito infierno* —me cantaba—. *Ya no sé qué hacer para que me quieras.*

Comenzó a aplaudir diciendo bravo, mientras yo me reía nerviosa y él me abrazaba seguidamente y me mecía hacia los lados. Era tan cariñoso que me hacía comprender que nunca estuve con la persona correcta.

El caso es que no sabía si era el vino, nosotros o las circunstancias, pero sentía que estábamos entrando en una conexión que nunca habíamos tenido hasta ahora.

Las niñas se acercaron poco después diciendo que, si podían ayudar, así que se me ocurrió hacer un postre con ellas al que llamamos “Copas de Navidad”, usando chocolate, galletas, nata y nubes de chuchería.

—¡Esto es como hacer magia! —dijo Mariana, mientras volcaba el chocolate con cuidado.

—Sí, pero no se os ocurra comeros la capa de abajo antes de la de arriba —bromeé.

Mientras mezclábamos y decorábamos, Ernesto no dejaba de mirarme con complicidad, y yo sentía cómo cada sonrisa, cada mirada, cada risa compartida creaba un vínculo que hasta hacía unas horas parecía imposible.

—¿Puedo probar un poquito? —preguntó Mariana, con ojos de cachorro.

—¡No! —le dije al unísono con Lola, provocando carcajadas.

—Bueno, solo un poquito —concedí, viendo la ilusión en sus caras.

Al final, las copas de Navidad no quedaron tan bien como deberían, pero tenían una pinta buenísima, todas llenas de chocolate y nubes.

—¿Sabes una cosa, Lucía? —susurró Ernesto.

—¿Qué? —pregunté, acercándome un poco más.

—Que hoy, más que nunca, entiendo lo importante que es disfrutar estos momentos simples, con nuestras niñas y con quienes realmente nos quieren. —Sus palabras me hicieron sentir un calor extraño en el pecho.

—Yo también lo entiendo —respondí, y sin darme cuenta, nuestras manos se entrelazaron bajo la encimera.

La mañana siguió entre risas, juegos y pequeñas travesuras de las niñas, mientras el aroma del roti, el pulpo y el chocolate llenaban la casa. Y por primera vez sentí que, a pesar de todo, estaba exactamente donde debía estar: rodeada de amor, complicidad y risas, con Ernesto a mi lado y nuestras hijas riendo como si no hubiera preocupaciones en el mundo.

Capítulo 10



Habíamos preparado una mesa preciosa en la que ya estaban los individuales de pulpo, el roti relleno, una crema, jamón, queso, lomo y unos rollitos de pollo con beicon y queso que trajo Ernesto ya montados, listos para sofreír y echarle la nata. A su hija le encantaba y quería que lo probase la mía.

Yo observaba todo con una mezcla de emoción y una inesperada calma: esta comida era nuestra, de los cuatro, pero también el principio de algo nuevo que no acababa de atreverme a nombrar.

Y me sentía bien. Ahora sentía que todo merecía la pena. Miré a Ernesto mientras él terminaba de colocar un platito adicional para las niñas, y él me devolvió la mirada con ese brillo en los ojos que ya conocía, pero que cada vez me sorprendía más. Era una mirada que decía sin palabras: “Estamos juntos”.

Observé cómo se servía un poco de la crema; él sonrió al verme y alzó la copa en un brindis silencioso. Yo respondí con una sonrisa cómplice, y me permití disfrutar.

Estábamos comiendo cuando le llegó un mensaje de Julia que me enseñó sin decir nada para que las niñas no se enterasen. Juro que me quedé helada al ver lo que ponía.

Julia: *El día veintiocho no me puedo llevar a la niña porque me voy con mis padres al pueblo y allí se aburre. Ya nos vemos el día de Reyes si te parece. Disfruta de tu nueva conquista.*

Me hirvió la sangre, juro por mi vida que me hirvió por completo y me entró un dolor en mi corazón que no me lo creía. ¿Qué le pasaba a esa mujer? Joder, que era su hija, por Dios. ¡Estaba perdiendo la cabeza!

Él no dudó en contestarle y también me enseñó el mensaje.

Ernesto: *No hay problema, yo me la quedo. Tampoco tengo problema por quedármela durante el curso escolar. Solo tienes que pensarlo.*

Lo más grave fue lo que le contestó ella…

Julia: *No, que, si no, pierdo la manutención.*

Me quedé fría, casi sin respiración, incrédula y sin reconocer a esa mujer que siempre fue tan unida a su hija.

Ernesto: *Si lo que vale tu hija es una mísera manutención, te la doy gustosamente y ya crio yo a mi hija. No le hace falta ser la moneda de cambio de nadie.*

Julia: *Lo quiero por escrito…*

Qué hija de puta, pero qué hija de puta más grande había que ser para decir algo así y quedarse tan pancha. ¿Qué clase de madre hacía eso? ¿En qué lugar se quedaba ese amor y sentimientos que nacían de una madre? Me costaba asimilarlo. Vi a Ernesto fruncir el ceño y cómo se tensaba su mandíbula. Después respiró hondo y como que trató de calmarse por el bien de su hija.

—Lo siento —murmuró, bajando—. No deberías haber visto esto.

Yo cogí su mano al otro lado de la mesa y le di un apretón.

—No pasa nada —le dije—. Bueno, sí pasa, pero tienes razón… No tenemos que comernos la cabeza… se lo merece.

Él levantó la mirada, me buscó con los ojos y de nuevo ese brillo. “Gracias”, parecía decir. Yo sonreí. Quise que nuestras miradas se unieran en un pacto silencioso para que supiera que estábamos del mismo lado.

Las niñas terminaron de comer y se fueron para el cuarto. Habíamos comido en la mesa de comedor, pero nos preparamos un licor de café con hielo y nos sentamos los dos en el sofá.

—No lo entiendo, Ernesto —dije cuando nos acomodamos juntos.

—No te comas la cabeza, sé cosas que no te imaginas. —Cogió mi mano, la acarició y se la llevó a la boca.

Sentí un escalofrío cuando dijo aquello, porque no sabía qué más podría descubrir de la mujer a la que consideraba mi amiga.

—No entiendo…

—Cuando se iba con él no era cuando estaba la pequeña en el colegio solamente; también me enteré hasta que una mañana la dejó sola en la casa. Me lo ha contado su propia madre. Esta no le perdona lo que está haciendo, pero claro, es su hija y se la tiene que comer con patatas.

—¿En serio? —pregunté; alzó su mirada y me la clavó severa—. Pero sí estuvo con ella en el hospital y se va al pueblo con ellos.

—Es su hija, al fin y al cabo, no la puede echar de su vida. A un hijo se le quiere de verdad con lo bueno y lo malo, pero esa mujer me quiere mucho más a mí; es más, fue a hablar con mis padres para pedirles perdón por lo que estaba haciendo Julia, de ahí a que la bloquearan, no por el numerito que se lio el día de la iluminación.

—Me quedo sin palabras —le dije sinceramente.

—¿Y recuerdas que te pidió a ti que te quedases con la niña, ya que tenía una guardia de veinticuatro horas?

—Sí, claro —contesté, extrañada—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé todo, pero no tuvo la guardia; se fue a Ubrique de fiesta con unos chicos de allí.

—Pero si me llamó desde un fijo y entendí que era el de la farmacia.

—Investiga el número, te vas a llevar una sorpresa.

—Madre mía, Julia ha perdido la cabeza —murmuré.

—Y yo la voy a perder también, pero de felicidad. No sabes lo bien que me ha hecho encontrarte aquí —me dio un abrazo de lado y besó mi mejilla.

—Bueno, reconozco que tú también me has alegrado un poco más las fiestas.

—¡Papá, tenemos un problema! —nos giramos al escuchar a Lola.

Cuando vimos sus caras, que no podían ni abrir los ojos de la de maquillaje que se habían puesto, nos dimos una panzada de reír que fue de lo más apoteósica.

Las dos estaban paradas esperando a que reaccionásemos de alguna manera y recibieran esa ayuda para desprenderse de todo lo que se habían puesto.

—Yo propongo dos opciones —me decía Ernesto para que ellas se enterasen, ya que seguían paradas y serias ante nosotros con los ojos entrecerrados.

—Dime, porque a mí solo se me ocurre una.

Él se inclinó un poco hacia adelante, con una sonrisa de lo más traviesa.

—La primera es que las metamos en la lavadora tal cual…

—La dos, papá, la dos —decía nerviosa Lola, provocándonos otra carcajada.

—Pues entonces no nos queda otra que coger un estropajo de aluminio y frotar bien fuerte.

—¡Mariana, corre, que nos quieren matar! —gritó y, al girarse, se chocó con ella.

—Por mucho que corráis, no vais a llegar muy lejos —se levantó y las agarró por el hombro para llevarlas al cuarto de baño.

Lo seguí a carcajadas sueltas y saqué el desmaquillante de toallitas con las que, después de usar más de una docena, las dejamos medio decentes.

—Papá, que me ha dicho Mariana que nos podemos quedar a cenar y dormir, que su mamá es muy buena.

—¿Segura de que es muy buena? —le preguntó a mi hija.

—Sí —afirmó con una risita para salirse con la suya.

—Veremos si no nos echa y se demuestra lo contrario —murmuró Ernesto.

—Papi, ve a por tu pijama.

—Son las cinco de la tarde, ¿ya me quieres mandar a dormir?

—No, es para que te lo pongas y así no nos echa.

—Lista es un rato —murmuré riéndome—. Por supuesto que os podéis quedar. Con todo lo que sobró de comida tenemos para cenar, almorzar y volver a cenar.

—Papi, entonces nos quedamos dos días —dijo aprovechando mis palabras.

—Claro que sí, lo que no sé es por qué no le damos las llaves de la casa a tu madre y nos venimos nosotros aquí.

—No eres capaz —le tentó, causándonos otra carcajada.

—Mami, ¿te imaginas que nos hacemos una familia? —preguntó Mariana señalando a los cuatro.

—Iros a jugar, iros a jugar —las eché entre risas.

Ernesto y yo nos miramos. Nos reímos. En ese momento la complicidad era tan juguetona como sincera.

—Ven, conmigo —me echó la mano por el hombro y besó mi sien—. Que vamos a ser una familia maravillosa.

—¡Ernesto! —me reí—. Por Dios, que ya es lo que faltaba en el pueblo.

—¿Y la vidilla que vamos a dar? —me preguntó con una sonrisita.

—Calla, calla, que solo de pensarlo… —Apoyé mi cabeza en su pecho y acarició mi cabello.

Durante un momento me quedé en silencio escuchando el latido de su corazón.

—¿Recuerdas que un fin de año que lo celebramos en el garaje de Guillermo te dije que un día serías mía?

—Ibas borracho. —Me reí sobre su pecho.

—¿Comprendes ahora que los borrachos y los niños dicen la verdad?

—¿Qué me estás intentando decir?

—Que me encantas, por ejemplo —me susurró.

La claridad del momento me hizo temblar un poco. Quizá era el vino, quizá el ambiente, quizá él. Porque sí, me encantaba él. Sentí que mis mejillas comenzaban a arder. Le miré a los ojos: oscuros, tiernos, firmes.

—Ernesto… —Quise decir algo, pero él continuó.

—Te juro que no estoy intentando tapar un clavo con otro clavo, pero te voy a ser sincero. Estaba hecho polvo cuando me enteré de todo; poco a poco fui a mejor, pero sin dejar de sentir ese dolor en el corazón, pero fue cuando vi tu sonrisa y me encontré de nuevo con tu mirada, que fue en un instante cuando calmaste muchas de las heridas que estaban al rojo vivo.

—No te voy a mentir, pero estoy sintiendo un revuelo en mi estómago, pero lo peor de todo es que me siento culpable. Es como si le debiese lealtad a alguien que ni siquiera se lo merece.

—¿Culpable de qué? ¿Le debes algo a alguien?

—No, pero no sé, Julia, las niñas, el pueblo…

—¿De verdad que te preocupan personas que no tienen que ver con tu vida real? ¿Y Julia a pesar de lo que hizo? Por una vez debes de mirar por ti; ya está bien que siempre lo andes haciendo por los demás —me apretó la nariz.

—Ya, pero…

No me dio tiempo a decir nada más cuando él inclinó su rostro y clavó sus labios en los míos y nos vimos fundidos en un tierno y largo beso. Me fundí en él y sentí cómo se encendía algo dentro de mí. Cuando nos separamos, nos miramos y noté que mis mejillas se incendiaron por completo.

—Entonces qué, ¿voy o no a por el pijama? —preguntó, bajando el tono con un toque de humor.

—Claro —sonreí con timidez.

—Ahora vuelvo… —se levantó—. Además, tenemos que comernos el postre helado.

—Qué rico, por favor —se me hizo la boca agua.

—Cuida a los dos bichos que pueden aparecer con otra de las suyas.

—Tranquilo, las vigilo —carraspeé.

—No tardo. —Me dio un beso en los labios.

Y me quedé sola por un instante. El sofá se sentía gigante, pero no me importaba. Apoyé mi cabeza en el respaldo, respiré hondo y pensé que tal vez esto era lo que quería y casi ni lo sabía. Mi mano se deslizó hacia el espacio

que él acababa de dejar. Lo hallé vacío, y sin embargo cálido. Sonreí al pensar en él, en su mirada, en su ternura, y suspiré.

Qué verdad esa que me decía mi madre de que en Navidad todo era posible…

Capítulo 11



Nos habíamos besado y había sentido cosas que jamás recuerdo que las hubiese sentido antes.

Estaba claro que me afectaba mucho lo que pudieran pensar los demás, pero eso era algo que tenía que trabajar a conciencia para que no me afectasen ciertas cosas.

Enrique era de esos hombres vitaminas que te hacían sentir cómoda, feliz y muy cuidada. Era un torbellino de sensaciones que me estaban recordando que estaba más viva que nunca. Sus detalles no tenían límites…

Me preparé un café porque, entre los vinos y licores, estaba con la cabeza demasiado perdida y lo peor de todo es que me daba por cuestionarme por todo.

Las pequeñas se habían quedado dormidas una en cada cama de la habitación de Mariana.

Ernesto llegó con su mochila y esa sonrisa de parecer que no me veía en un siglo. Me pegó contra él y me dio unos picos de seguidos mientras me repetía la palabra “guapa”.

Preparé un trozo de tarta para cada uno y dos cafés, ya que el de antes me lo había bebido. Nos sentamos de nuevo frente a la chimenea.

—He hablado con mis padres; en fin de año os quieren en su casa para la cena.

—¡Qué dices! —me reí nerviosa.

—Lo que escuchas, y no les vale un no por respuesta. Ya sabes que te aprecian mucho y les conté que estábamos con vosotras el día de hoy y fue cuando me lo propuso. Será en el cortijo; verás lo bien que se lo montan.

—Me da mucho apuro —apreté los dientes.

—Todo te da apuro —volteó los ojos a la vez que pellizcaba el ángulo de mi mandíbula con sus dedos—. Déjate llevar, quizás te sorprendas del camino.

—Dame tiempo, aún estoy un poco escéptica con todo, pero me haces mucho bien y te quiero en mi vida —le confesé.

—Te doy todo el tiempo del mundo, pero a mi lado.

—Claro, no te estoy echando —sonreí.

—Había pensado que mañana podríamos llevar a las niñas a Sevilla a ver la ciudad vestida de Navidad y que disfrutemos de un día diferente fuera del pueblo y de la casa.

—Me encanta la idea; además, así podré hacer unas compras que necesito para la niña.

—Y podríamos comprar Reyes mientras las despistamos.

—Eso lo veo más difícil —me reí—. Esas dos ratoncitas se la saben todas y están al loro de cualquier movimiento que hagamos.

—Sé jugar a los espías —acercó medio cuerpo y me besó de nuevo.

—¡¡¡Se han besado!!! —escuché a mi hija desde la puerta y nos giramos de manera fulminante. Allí estaban las dos con las manos en la boca, impresionadas.

—Es un beso de cariño —me justifiqué a sabiendas de que no iba a colar.

—El cariño es en las mejillas y no en la boca, y vosotros os lo habéis dado en todos los morros —dijo Lola mirando a mi hija con una sonrisita de lo más pícara.

—Vamos a merendar tarta helada, que la nueva parejita se lo va a comer todo —le respondió mi hija.

—Pero bueno, ¿qué son esas deducciones? —pregunté poniéndome los brazos en jarra.

—Es la realidad, se llama amor —contestó Ernesto con todo su descaro.

—¿Lo ves, mamá? Uno que nos da la razón. —Volteó los ojos y Lola se reía.

—Desde luego que las pelis de Disney os están afectando demasiado. —Me levanté para prepararles su trozo y Ernesto se puso a hacerles la leche con cacao.

—Mamá, es que el amor se nota.

—Sí, sí, se nota y se ve —se llevó Lola el dedo al ojo.

—Por cierto, mañana nos vamos a ir a pasar el día a Sevilla.

—¿Todos, papi?

—Claro.

—¡Bien! —gritaron las dos levantando los brazos.

Ernesto les comentó un poco de lo que haríamos por Sevilla y ellas querían una foto en la Giralda. Eso era para escucharlas hablar de las poses que tenían que hacer. Decían que la iban a poner de fondo de pantalla en nuestros móviles para que las tuviéramos a las dos juntas como hermanas raras. Me moría con esas bocas que tenían.

Después de merendar se fueron al salón a ver una peli de Disney. Les hice un paquete de palomitas en el microondas y se las repartí en dos cuencos.

Ernesto y yo nos quedamos en la cocina tomando otro café mientras charlábamos entre miradas cómplices y besos que no dejaban de sucederse.

Echó el mechón de pelo por detrás de mi oreja y después de depositar un beso en mis labios…

—Estabas para mí —murmuró mirándome con un brillo especial en sus ojos.

—Esto es una locura, pero reconozco que quiero vivirla.

—Las mayores locuras son las que mejores resultados han tenido a lo largo de la historia.

—Eso dicen…

—Piensa que la vida está para vivirla. No se puede estar pensando en el pasado. ¿Acaso debemos de tener duelos largos para sentirnos mejores personas?

—No, si te entiendo.

—Las cosas pasan porque tienen que pasar y renunciar a lo que nos hace feliz nos hace volvernos cobardes.

—Tienes razón —sonreí.

—Vamos a disfrutar del momento y dejemos que la vida sea quien vaya marcando nuestro destino, Lucía de mis amores.

—Sí, estoy de acuerdo —sonreí por la forma en que me había llamado.

El corazón marcaba un ritmo y contra él no se podía hacer nada, pero tenía razón, no había que desafiar a los sentimientos y más a esos que nacían desde la ingenuidad de dos personas que de repente sentían una atracción difícil de frenar.

Estaba claro que juntos nos sentíamos de lo más a gusto y eso era algo que no podíamos obviar. Nuestras miradas, roces y caricias de manos que se

acompañaban de esos besos furtivos, los cuales no dejaban de sucederse como si se tratase de un imán que no se podía separar.

—¡Mamá! —gritó Mariana—. ¡Lola me ha hecho una guerra de palomitas!

—Mentira, fue un accidente —dijo la otra, aunque la sonrisa la delataba.

Ernesto se levantó, cruzó los brazos y fingió una seriedad que le duró tres segundos.

—Esto se resuelve con un duelo justo.

—¿De almohadas? —preguntó Mariana, entusiasmada.

—De mimos, el que haga reír antes al otro gana —propuso Ernesto.

Lola se echó al suelo de la risa antes de empezar, y yo ya sabía que aquello iba a terminar en desastre. En menos de un minuto, los cuatro estábamos metidos en una batalla absurda: Ernesto se dejaba caer en el sofá exagerando las cosquillas, las niñas gritaban "¡rendición!" y yo intentaba poner orden mientras él me agarraba por la cintura para que no escapara.

—¡Traición! —le grité entre risas mientras él me levantaba del suelo—. ¡Las madres no jugamos a esto!

—Pues deberías —susurró cerca de mi oído—. Se te da demasiado bien.

El calor de su aliento me erizó la piel. Lo miré un segundo más de la cuenta; las niñas corrían a nuestro alrededor, pero yo solo sentía sus manos sobre mis caderas y ese brillo en los ojos que me descolocaba por completo.

Cuando el caos acabó, las dos pequeñas se declararon ganadoras y pidieron "premio de guerra": chocolate caliente con nata. Ernesto accedió de inmediato, como si ellas fueran reinas. Yo los observaba preparar la bebida, reírse, canturrear, y sentí una paz nueva, una sensación de pertenencia que no había sentido nunca.

Para la cena pusimos un poquito de todo lo que había sobrado. Las pequeñas querían roti, ya que al mediodía se liaron con los rollos de pollo y

no lo probaron.

Hicimos unos langostinos al horno que estaban para chuparse los dedos, ¡vaya que si nos los chupamos! Y encima acompañado por un vino blanco que era toda una locura. No recordaba la de tiempo que hacía que no bebía tanto.

—Mamá, hoy tienes que poner música —dijo Mariana—. De esa de antes, la que te hace mover los pies.

—¿La de antes? —reí—. ¿Te refieres a la de los dinosaurios?

—Sí, esa —añadió Lola, sin piedad.

Ernesto se carcajeó y puso en el altavoz una canción ochentera que hizo que las dos se levantaran a bailar con nosotros. Lo que empezó como una broma se convirtió en una improvisada pista de baile en el salón. Ernesto se movía fatal, pero tenía tanta gracia que me dolía la barriga de reírme.

—No sabes lo sexy que estás cuando te ríes así —me dijo al oído mientras girábamos juntos.

Esa frase me atravesó. No porque fuera un cumplido, sino por la manera en que la dijo: sincera, tranquila, como si me conociera de toda la vida. Lo miré, con el rostro encendido, y sentí que me temblaban las manos.

Las niñas estaban de lo más felices con el plan de Sevilla, al que ellas llamaban excursión. Ya tenían planeado llevar la mochila nueva que les había regalado Ernesto y en la que pensaban meter una botellita de agua, unas chuches y unas galletitas de supervivencia.

—Yo era vosotras y también metía un kit de emergencia por si se vuelve a ir la luz en el país.

—Entonces necesitaremos linternas y una radio con pilas para mantenernos informados de lo que va sucediendo.

—Eso nos lo han dicho en el colegio —contestó Lola a Mariana.

—Sí, pero también decían alimentos en latas. ¿Podemos llevarnos tres latas cada una?

—Claro que sí y un juego de cubertería —les picaba Ernesto.

—Pero no creo que quepa todo en la mochila y, además, no podremos con ellas —decía Mariana arqueando la ceja.

—Papá, creo que la solución está en ir al banco, sacar dinerito en efectivo para ir pagando las cosas que necesitemos en ese momento porque nos han dicho que cuando se fue la luz había gente que solo tenía la tarjeta y no se pudieron hacer de nada.

—Bueno, aquí en el pueblo daban fiado —contestó Ernesto causándonos una carcajada.

—Sí, porque somos pocos y nos ayudamos, pero en las ciudades no se conoce casi nadie y lo pasaron mal.

—Menos mal que se les olvidó lo del COVID.

—Normal, tenían dos años —le contesté volteando los ojos.

—El COVID ya vive entre nosotros, nos lo dijo la profe.

—¿Y no os dijo la profe que ya es hora de que os vayáis a dormir?

—Se quieren quedar solos —le murmuró Lola a Mariana.

—Y nosotras también —se rieron—. Nos vemos, familia rara. —Comenzaron a marcharse sin dejar de mover su mano.

—Ahora mismo volvéis aquí y queremos un beso de buenas noches —le dijo Enrique.

—Es verdad, Lola, se nos olvidaba —le comentó riéndose.

Nos dieron el beso y las acompañé a la habitación para taparlas. Les dejé la luz de la mesita de noche encendida y un cuento en audio en una Tablet que

yo tenía para eso, sin nada de conexión, solo con los audios y dibujitos descargados.

Capítulo 12



Las pequeñas se quedaron dormidas y nosotros de lo más a gusto bajo una mantita sobre nuestras piernas en el sofá.

Tenía una sensación tan relajante y me sentía tan bien que me daba miedo descubrir que era un cruel sueño. Tenía muchos sentimientos encontrados porque el miedo al qué dirán también estaba ahí, por mucho que me repitiera que solo yo era la que tenía derecho a decidir qué hacer con mi vida.

—Nos vamos a acordar de esta Navidad para toda nuestra vida.

—Sí —sonreí mirándolo embelesada, porque así me tenía mientras acariciaba mis manos y se la llevaba a sus labios continuamente para besarlas.

—Las mejores cosas suceden sin planearlas.

—Estoy de acuerdo.

—¿Sabes? Creo que la vida nos trajo aquí a la misma vez por algo.

—Puede ser.

—Tú eras mi salvación para tan feo regreso y yo era esa parte que necesitabas para volver a creer en ti y que te regalases una nueva oportunidad.

—¿Y no puede ser que esto sea algo momentáneo?

—No, por mi parte estoy seguro de que no y por la tuya, casi que también —me acarició la mejilla—. Deja de ser negativa y céntrate en lo positivo, que es lo que consigue mover montañas.

—Me da mucho miedo, lo reconozco, pero también me hace muchísima ilusión vivir algo como lo que me está pasando hoy.

—Nos conocemos de toda la vida y sé cómo eres. Tú también sabes cómo soy. Somos personas honestas y leales; juntos nada puede fallar.

—Sí, en eso tienes razón.

—¿Y por qué no me abrazas con tantas fuerzas que sienta que es verdad esto que nos está pasando?

—Voy. —Me incorporé y me senté en su regazo.

Su manera de acariciar mi espalda mientras me sostenía en sus piernas y besaba mi cuello me hacía sentir tan bien que comprendía que había muchas maneras de amar a las personas y yo no había probado la buena hasta ahora. No hablo de que ahora estuviese él todo enamorado de mí, sino el amor que se transmitía y que podía ser de mil maneras diferentes.

Nos quedamos así un buen rato sin dejar de besarnos y hablarnos con unas miradas que irradiaban felicidad y comodidad, porque esto último también se percibía.

Terminamos abriendo el sofá y recostándonos uno frente al otro. Su mano en mi glúteo no dejaba de hacer presión continuamente mientras la sonrisa de su cara era el mejor de sus reflejos.

—No me mires así, que aún no rocé el jardín.

—¿Qué jardín? —me reí tumbándome en su pecho con la risilla suelta.

—Los improvisos…

—Estás muy anticuado, hoy en día eso ya ni existe. El láser hizo una buena función en nuestras vidas.

—¿Nada? —su cara de asombro y felicidad lo decía todo.

—Nada, nada —me reí nerviosa.

—Yo tengo que conocer ahora mismo a tu amiga Concha y presentarme.

—No, no —lo aguanté pegándolo contra mí.

—Sí, sí —puso cara de imploración.

—Me muero de la vergüenza.

—Y yo, pero alguno tiene que dar el paso —metió la mano por debajo de mi camiseta y acarició uno de mis pechos.

—¡Ernesto! —me reí.

Pero Ernesto ya estaba debajo de la mantita bajando mi pantalón y dejándome como Dios me había traído al mundo.

—Lucía… —murmuró con voz ronca—. No tienes idea de lo bonita que estás ahora mismo.

No supe qué responder. Me dejé llevar, sin miedo, sin reservas. Y en ese abandono descubrí una versión de mí que no conocía: una mujer viva, libre, segura de su deseo y de lo que sentía.

Su lengua se movía entre mis pliegues con una destreza que no esperaba, haciendo que cada centímetro de piel se erizara. Arqueé la espalda cuando sentí que me penetraba con el dedo y tiraba un poquito hacia sí; gemí notando un escalofrío de placer y no pude evitar levantar la manta y mirarle.

Ernesto levantó la mirada en ese instante y le vi sonreír con esa picardía que siempre le había caracterizado. Jamás pensé cuando era una cría que tantos años después él y yo estaríamos así, en mi casa.

Siguió lamiendo y mordisqueando mi clítoris al tiempo que me penetraba, y no tardó en conseguir que volviera los ojos. ¡Qué cojones me había perdido en la vida!

Decían que los ángeles no existían, pero si este no lo era, ¿de qué estaba hecho? El placer por la manera en que me besaba, tocaba, lamía y me inspiraba, me hacía sentir tan deseada que era la primera vez que experimentaba estar a un nivel así.

Me llevó a vivir un orgasmo en el que tuve que taparme la boca para no despertar a las niñas. Lo más gracioso es que asomó su cabecita con una sonrisa de oreja a oreja y orgulloso de lo que había conseguido.

—La Concha me ha enamorado —murmuró mientras yo me reía con la respiración agitada.

Se fue deslizando hacia arriba y su cuerpo terminó pegado al mío mientras su miembro iba buscando la zona interior para penetrarme.

Me acarició el rostro con una lentitud que parecía estudiada. Su pulgar trazó el contorno de mis labios, y ese roce bastó para que mi cuerpo entero se encendiera. No me hacía falta más.

Su voz me llegó grave, como un murmullo que rozaba mi piel.

—Te juro que llevo todo el día intentando no pensar en esto.

—¿Y qué es "esto"? —pregunté, sintiendo el corazón golpearme el pecho.

—Tú… así, tan cerca.

Y me besó. Fue un beso sin prisa, con el peso exacto de todas las cosas que no nos habíamos dicho. Lo sentí morder con suavidad, y mi cuerpo respondió sin pedir permiso.

Mis manos buscaron su cuello, su cabello, el calor de su nuca. Sentí cómo respiraba contra mi boca, cómo me apretaba un poco más, cómo cada gesto era una promesa.

—Estás preciosa —susurró—. Y no sabes lo que me cuesta no perder la cabeza.

Yo sí la estaba perdiendo. Cada caricia era un golpe de calor, cada beso me dejaba temblando. Sentí su cuerpo alinearse con el mío, el peso justo, la respiración entrecortada, el roce cálido de su pecho contra el mío. No había distancia, ni pensamientos, ni miedo.

Mis dedos se aferraron a su espalda y bajaron por instinto. Sentía su piel arder bajo mis manos, el latido de su pulso contra mis dedos. Su olor, la mezcla de madera y deseo, me envolvía por completo.

—Ernesto… —murmuré, y él respondió con un beso más profundo y me penetró, por fin.

El tiempo se estiró. Nos movíamos sin prisa, respirando al unísono. Él me susurraba cosas que apenas entendía, palabras cortas, roncas, que se perdían entre mis gemidos ahogados. Era un diálogo sin lenguaje, una confesión entre cuerpos.

Todo se volvió ritmo, calor, piel, respiración. Sentía el temblor en sus manos cuando me acariciaba, la tensión contenida en sus músculos, la forma en que su pecho se expandía al ritmo del mío.

El fuego se reflejaba en su rostro, en su mirada fija en la mía. No apartábamos los ojos; era como si nos reconociéramos en esa mezcla de deseo y ternura que lo llenaba todo.

Sus movimientos eran delicados pero imponentes. Tenía tacto, sabía cómo hacer sentir bien a la otra persona y contaba con un físico tan espectacular que con tan solo acariciarlo al agarrarme a su espalda ya era toda una provocación de deseos desmesurados.

Nos besábamos, nos tocábamos, nos dejábamos llevar por el momento y por el deseo que sin duda había crecido entre nosotros, o que tal vez ya existía de mucho antes y no lo supimos ver.

Mis gemidos se mezclaban con sus jadeos y el crepitar del fuego en el silencio de la casa, y en más de una ocasión tuve que morder ligeramente su hombro para no gritar con fuerza.

Este hombre me volvía loca, esa era la verdad, y me estaba llevando de nuevo al orgasmo de un modo tan intenso que jamás creí que pudiera ser posible.

—Ay, Dios… —Gemí cuando noté que mi cuerpo se preparaba de nuevo para otro estallido.

—¿Qué te pasa, preciosa?

—Que voy a… voy… Yo voy…

—Hazlo, y mírame a los ojos, quiero ver cómo te corres por y para mí —exigió, y el tono en el que lo hizo fue tan sensual y seductor que no me contuve más.

Ernesto comenzó a moverse un poco más rápido y profundo y, en cuestión de segundos, me alcanzó de nuevo el clímax. No tardó en seguirme y nos besamos para que el sonido de nuestros gemidos quedara amortiguado.

Se quedó dentro de mí por unos momentos mientras besaba mi cara y me echaba aire por el sofoco que reflejaba en mi rostro.

Y cuando al fin el silencio se hizo más denso, cuando solo se oyeron las respiraciones entrecortadas, comprendí que ese era el momento exacto en el que dos personas dejaban de ser dos.

Nos quedamos quietos, unidos, respirando el mismo aire, con el corazón golpeando a la vez. No hizo falta decir nada. Lo entendimos en la piel, en los labios, en la calma posterior.

Él me acarició la mejilla, me besó el hombro y se quedó así, con la frente apoyada en mi cuello. Yo lo abracé, sintiendo aún el pulso desbocado y el calor recorriéndome.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentí miedo ni culpa. Solo gratitud. Por estar viva, por sentir, por dejar que alguien me tocara sin romperme.

Ernesto me miró otra vez, con esa sonrisa leve que parecía una promesa.

—Te he imaginado muchas veces —susurró—, pero nada se acerca a esto.

—¿A qué? —pregunté con voz adormilada por el intenso momento.

—A sentirte tan mía y tan libre a la vez.

Cerré los ojos, apoyé la cabeza sobre su pecho y escuché su corazón, aún rápido, poderoso. La chimenea se consumía poco a poco, dejando un resplandor anaranjado que nos envolvía.

Y pensé que, si la felicidad tuviera un sonido, sería ese: el eco suave de su respiración mezclada con la mía.

Capítulo 13



Aún estaba en ese momento del final del sueño, cuando la mente empezaba a despertar y dejar a un lado la calidez de la noche. Pero la mía comenzó a pensar en lo ocurrido con Ernesto y noté que me estremecía.

Hasta que sentí su brazo alrededor de mi cintura, abrí los ojos y lo encontré observándome, sonriendo.

—Buenos días, mujer de la concha perfecta.

—Buenos días, mi sargento favorito —murmuré con una sonrisa de esas que salían solas.

Y se acercó para besarme. Su beso fue lento, profundo, envolvente. Mis manos buscaron su cuello y su cabello, mientras su pecho presionaba contra el mío, caliente y urgente. Reímos entre respiraciones, sin poder controlarnos.

—Creo que, si seguimos así, vamos a salir tarde de casa y se van a enfadar las niñas —jadeé entre risas, aunque no quería separarme de él.

—Que se entretengan un poco solas, yo quiero más —dijo, mordiendo mi hombro suavemente, y su voz ronca me hizo estremecer.

El tiempo se detuvo mientras nos perdíamos en caricias y susurros, y sentí que cada roce despertaba algo en mí que no podía ignorar.

—Ernesto… —susurré, con el corazón latiendo con fuerza.

—Shh… No hay prisa, solo disfruta —respondió, y sus labios volvieron a rozar los míos.

Nuestros cuerpos se encontraron de manera natural, como si llevaran años esperando este momento. Cada gesto era un diálogo silencioso, cada mirada una promesa. Nos reímos entre besos, jugueteando, sintiendo cómo la química entre nosotros era más real que nunca.

Me dejé llevar por el deseo, por la sensación de ser vista, deseada y querida. Su respiración mezclada con la mía, sus manos explorando con ternura y pasión, y mis dedos aferrándose a él como si el mundo entero desapareciera.

Cuando finalmente nos detuvimos, abrazados y sin aliento, lo miré y sonreí.

—Creo que no vamos a llegar a tiempo —jadeé, divertida y satisfecha.

—No importa —susurró él, acariciando mi cabello—. Esto es lo único que importa ahora.

Volvimos a besarnos y sentí que el tiempo se detenía en ese instante, mientras podía notar mi corazón latiendo más fuerte que nunca en mi pecho.

—Voy preparando el desayuno para todos. —Me dio un beso en los labios y se levantó de la cama, ya que escuchó a las niñas en la cocina.

El calor que sentía bajo las sábanas no era solo por la mantita; era él, su cercanía, su aliento mezclado con mi piel. No me lo podía creer; había vivido una Navidad de lo más sorprendente e inesperada en la que me hizo sentir que la vida comenzaba de nuevo y no solo con una oportunidad que me daba cierto vértigo, sino con la sensación de sentirme menos sola y más valorada.

—¡Mamá, levanta que nos vamos a Sevilla! —gritó mi hija, aplaudiendo con esa energía flamenca que siempre me arrancaba una risa.

—Buenos días, cariño. Ya mismo voy —sonreí.

—Ernesto está haciendo tostadas con jamón.

—Eso sí que me ha terminado de convencer. —Me levanté de la cama y fui al servicio.

Aparecí por la cocina y Lola me dio un abrazo; era una niña muy cariñosa, también como la mía. Me encantaba lo bien que se acoplaban a todo lo nuevo y con la felicidad que lo vivían. Demasiado, ya que las dos criaturitas se habían visto en una situación que no se merecían, la mía con su padre y Lola con su madre, que demostraba lo interesada y egoísta que era.

Ernesto había preparado tostadas con aceite, ajo y jamón serrano de la paletilla que era una verdadera joya gourmet. No podía haber salido más buena.

Las niñas estaban de lo más emocionadas con esa "excursión" a Sevilla y no dejaban de hablar de las fotos que se iban a hacer. A todo esto, pensamos en Sandra, pero eso de ir a una gran ciudad y con estos trayectos de hora y media nos daba ya un poco de respeto, no fuese a pasar algo, ya que era una responsabilidad muy grande.

Nos abrigamos bien y nos dirigimos hacia el coche de Ernesto, donde montamos a las niñas atrás en dos sillitas elevadoras y nosotros ocupamos los sillones de delante.

—Papá, pon rumbitas de Navidad que nos metamos en el ambiente —pidió Lola.

—Sí, yo también quiero escucharlas —comentó mi hija.

—Venga, pues vamos a darle un poco de ritmo al cuerpo —dijo Ernesto, sonriendo mientras buscaba la música.

No se le ocurrió otra cosa al señor sargento que poner la canción de *"Bulería"* de David Bisbal, sí, y eso que habían pedido una rumbita de Navidad. Me reí al escuchar los primeros acordes; qué bien que les valía a las peques, que ya comenzaban a tararearlas. Era increíble cómo se sabían todos los temas de moda y los que ya no eran de moda, y eso que a mi hija yo la tenía ajena a todo lo que tenía que ver con tecnología.

Llegamos a Sevilla y conseguimos aparcar a las afueras, donde abordamos un bus al centro, ya que allí desplumarían con los precios de los aparcamientos en garajes.

La ciudad estaba adornada muy bonita y llamativa; todo rondaba en torno a unas fiestas a las que aún les quedaban muchos días por delante para lucir de esta manera. La gente iba cargada de bolsas de compras que iban acumulando para el gran día de Reyes.

Me paré ante un escaparate al ver un abrigo corto color chocolate que captó mi atención por completo.

—¿Por qué te lo piensas? —preguntó Ernesto, acercándose a mí y rozándome la mano.

—No lo sé —me reí—. Pero está a muy buen precio y estoy pensando en autorregalármelo por Reyes.

—¿Y si mejor te lo regalo yo? —apretó mi nalga.

—No, ni de broma, en serio. No soy ninguna aprovechada ni descarada —respondí, arqueando una ceja, pero el calor en mis mejillas me delató.

—Mamá, acéptalo, es tu novio —soltó mi hija, riéndose.

—Mariana, no te metas en conversaciones de personas mayores.

—Bueno, pues nada, no te ayudo a decidirte —dijo ella volteando los ojos y causando una risita en Lola y Ernesto.

—Vamos —tiró de mi mano hacia dentro.

Me lo probé y la verdad es que quedaba precioso y se veía de lo más abrigadito, pensando que en la sierra me vendría muy bien por las bajas temperaturas que teníamos en invierno. Ernesto me lo quitó y se fue para la caja.

—Ni se te ocurra, lo pago yo —le avisé de forma tajante.

—Donde manda sargento no manda marinera. —Me hizo un guiño y pasó su tarjeta por el datáfono.

—No es justo, no me parece bien que a mí se me antoje algo y que me lo tengas que pagar tú.

—Claro que es justo, el problema es que nunca supieron cuidarte y te cuesta entenderlo.

—Sea como sea, yo puedo pagarlo.

—No lo he dudado en ningún momento, pero quiero regalártelo para que cuando te lo pongas, te acuerdes de mí.

—¿Solo cuando me lo ponga? —arqueé la ceja.

—Si quieres te compro ropa y pijamas para todos los días.

—No, quita, quita —me reí—. Gracias, pero me sabe mal.

—Déjate querer, preciosa —echó su mano por mi hombro mientras llevaba la bolsa y besó mi mejilla.

Las niñas se quedaron mirando un puesto donde hacían las manzanas caramelizadas que estaban sujetas por un palo. Pedí dos mientras el padre hablaba por teléfono.

—Foto, mami, haznos fotos —decía mi hija pegándose a Lola y ambas chupaban el caramelo de la manzana.

—Sonreíd —pedí.

No me dio tiempo a bajar los brazos cuando ya las tenía a mi lado para ver cómo habían salido en la foto. Eran tal para cual. Pizpiretas e impacientes.

El padre colgó la llamada y, por el gesto que me hizo, entendí que tenía que ver con Julia.

Nos sentamos en una terraza a comer y las niñas jugaron un poco mientras traían la comida, ya que había unos columpios justo delante.

—¿Pues no me llama para decirme que está pensando en irse a trabajar al extranjero y que me las tendré que apañar con la niña?

—¿Al extranjero? ¿Pero no le va bien en la farmacia? —pregunté, con el ceño fruncido.

—Dice que necesita tomar nuevos aires.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que, si lo hace, procure antes dejarme firmada la custodia completa de la niña.

—¿Y?

—Me dijo que lo haría siempre que le pusiera en el documento que seguiría percibiendo la manutención.

—Otra vez lo mismo —solté el aire—. Eso lo ve un juez y dice que hay gato encerrado.

—He llamado a mi abogado y me ha dicho que, si ella firma eso, luego podemos demandarla por coacción y que se libere esa cláusula, ya que es abusiva y denigrante. Obviamente, yo no quiero denunciar a nadie; lo único que quiero es que me deje en paz y que no vuelva loca a mi hija.

—No la reconozco.

—Anda que tuvimos buenos ojos eligiendo a la otra figura de nuestros hijos.

—Calla, que desde luego que estuvimos sembrados.

Nos reímos y es que no era para menos. Normal que la vida nos hubiera puesto ahora en el mismo camino si los dos estábamos cortados por el mismo molde, como diría mi madre.

Nos trajeron el surtido de pescado frito que habíamos pedido y, de entrante, un cuenco individual de arroz de puchero con jamoncito y huevo duro, un consomé de toda la vida. Por cierto, estaba riquísimo.

—Papá, que me ha dicho Mariana que va a hablar con su mamá para que hoy se vengan a nuestra casa.

—No, no, mejor quedaros en la nuestra que hay que gastar toda la comida que aún queda.

—Aceptamos —murmuró Ernesto mirando a su hija con una sonrisita.

Si tenía algo claro, es que deseaba con todo mi corazón que se quedasen en la casa, ya que esta se veía más animada y viva; para qué me iba a mentir. El caso es que me estaba gustando demasiado este Ernesto más maduro.

Las calles brillaban con luces y escaparates que parecían competir entre sí por llamar la atención, pero todo a mí me parecía secundario cuando estaba a su lado. Cada vez que nuestras manos se rozaban al caminar, un calor subía por mis brazos, recordándome la electricidad de aquella mañana y de la noche anterior.

—Mira, mamá, una tienda de chuches gigantes —gritó Mariana—. ¡Quiero una nube rosa!

—¿Otra vez chuches? —le dije, riéndome, mientras Lola las miraba con cara de querer otra.

Ernesto aprovechó el momento para pasarme el brazo por los hombros y acercarse a mí.

—Creo que estas dos nos están probando —me murmuró en el oído, y su aliento hizo que mi piel se erizara.

—¿Probándonos? —pregunté con fingida indignación—. Solo quieren su dulce.

—Claro… y yo quiero probar tus labios —susurró con picardía, mientras me guiñaba un ojo.

No pude evitar reírme y empujarlo suavemente. Su cercanía era un juego constante de tensión y atracción que me tenía completamente embriagada.

Entramos en varias tiendas para comprar ropa y regalos. Cada vez que yo me probaba algo, Ernesto se acercaba detrás de mí, rozándome sin que yo pudiera evitarlo.

—Este me gusta —dije, mostrando un jersey de lana.

—A mí me gusta… en ti —contestó, y la voz le salió ronca de manera natural.

—¡Ernesto! —protesté, medio riendo, aunque mis mejillas se sonrojaban mientras me daba la vuelta y lo miraba, descubriendo su sonrisa triunfante.

—Mírame, preciosa —murmuró, y sostuvo mi barbilla con suavidad—. Cada cosa que te pones me hace desearte más.

—Eres un pesado —dije, pero por dentro sentía que me derretía.

—Y tú eres una provocadora —contestó, rozando su frente contra la mía y dejando que nuestras respiraciones se mezclaran.

Nos reímos como dos adolescentes mientras las niñas corrían alrededor, ajenas a nuestro pequeño juego de miradas y caricias. Me encantaba cómo podía ser dulce y divertido al mismo tiempo, cómo lograba que incluso los gestos más simples se sintieran cargados de química y deseo.

Decidimos parar en una cafetería. Las niñas eligieron crepes con Nutella y batido de chocolate, y nosotros un gofre con chocolate y nata y café.

—Eres muy golosa —me dijo Ernesto, viendo cómo me lamía el labio tras un nuevo bocado del gofre.

—Solo cuando estoy contigo —respondí, y su mirada hizo que el mundo desapareciera por un instante.

Mientras caminábamos hacia la plaza, sentí su mano rozando la mía y luego entrelazándose con suavidad. Era un contacto ligero, pero que me hacía

estremecer de pies a cabeza. Cada toque era un recordatorio de la pasión contenida entre nosotros, de lo que ya habíamos compartido y de lo que aún estaba por venir.

—¿Te das cuenta de que no paro de mirarte? —susurró, inclinándose hacia mí mientras las niñas corrían delante.

—Pues yo tampoco dejo de mirarte —confesé, sintiendo cómo mi corazón latía con fuerza.

Se rio suavemente, rozándome la cintura y dándome un beso rápido en la mejilla, aunque su proximidad hacía que el aire entre nosotros pareciera cargado de electricidad.

Pasamos un día precioso por Sevilla. Fue después de cenar cuando regresamos a la Sierra. Las niñas iban durmiendo en el coche cansadas del día tan movidito que habíamos tenido.

Conseguimos comprar algunas ropitas para ellas para el Día de Reyes, ya que Ernesto las distrajo mientras yo entraba a las tiendas. También cogí un par de colonias y un estuche de cremas de manos de olores a chuches.

Al regresar a casa, las niñas se quedaron dormidas en el coche, exhaustas del día lleno de emoción. Ernesto y yo entramos en silencio, pero la tensión entre nosotros era más que evidente.

—Creo que hoy merecemos un descanso… especial —murmuró, acercándose y cerrando la puerta de mi habitación tras él.

—Oh… —jadeé, anticipando lo que venía.

Esta vez no hubo juegos, ni risas; el deseo era más urgente, más profundo. Nuestros cuerpos se encontraron con hambre contenida, y cada beso era una explosión de pasión.

—Lucía… —susurró, mientras sus manos recorrían mi espalda—. Te he deseado todo el día.

—Yo a ti también —contesté, presionándome contra él y sintiendo cómo la ropa desaparecía a nuestro alrededor.

Nos dejamos llevar sin prisas, explorando cada rincón de nuestro deseo, riéndonos entre jadeos cuando algún movimiento nos sacaba de nuestro éxtasis por un instante. La química era perfecta: ardíamos, nos buscábamos, nos encontrábamos una y otra vez, y el mundo fuera dejaba de existir.

Nos movimos juntos en un ritmo que parecía improvisado pero que era instintivo, mientras mis pensamientos se llenaban de él, de cómo podía ser tan dulce y al mismo tiempo tan apasionado. Cada caricia era un recordatorio de que, finalmente, había encontrado a alguien que me comprendía, deseaba y amaba con la misma intensidad que yo.

Cuando nos recostamos juntos, agotados y satisfechos, me acarició el cabello y susurró:

—Eres increíble… —Y yo sonreí, sintiendo que estaba en el lugar correcto, con la persona correcta, exactamente donde debía estar.

—Tú también… —susurré, cerrando los ojos y dejando que el calor de su cuerpo me envolviera.

El día había sido perfecto, lleno de risas, bromas, paseos, compras y caricias; y el final, en la intimidad de mi casa, había sellado nuestra conexión con una intensidad que prometía muchos más momentos como ese.

Capítulo 14



Los días habían pasado tan bonitos como especiales. No nos habíamos separado ni uno solo y lo habíamos vivido como el inicio de algo que pintaba que iba a ser duradero; al menos así nos lo transmitíamos.

Cada mañana despertarme junto a Ernesto era un regalo que hacía que me levantara con una sonrisa automática, y cada noche, antes de dormir, nuestras manos se buscaban como si fuese la primera vez que nos encontrábamos.

Me terminaba de duchar para irnos a la finca de sus padres, ya que esta noche era fin de año y lo pasaríamos con ellos. Realmente íbamos a pasar todo el día y quedarnos hasta el siguiente.

Habíamos visto en estos días a sus padres, Carmen y Andrés. Eran cariñosos, buenas personas y muy simpáticos, aunque yo los conocía de toda la vida y no me cogía por sorpresa, pero me encantó cómo nos acogieron a mi hija y a mí como algo más que unas vecinas. Esa calidez hacía que me sintiera más segura, más cómoda, más feliz.

—Cariño, ¿qué te queda? Las niñas están impacientes y ya están montadas en el coche con el cinturón puesto —dijo Ernesto, asomándose a mi habitación con una sonrisa de complicidad.

—Ya estoy —salí terminándome de poner la chaqueta.

—¿Dónde vas tan guapa?

—A seguir ganándome a mis futuros suegros —le hice un guiño y salí por la puerta.

—¿Futuros? —esbozó una risita—. Yo creo que ya va siendo hora de asimilar que de mi lado no te escapas.

—Estoy en ello —sonreí a la vez que me montaba en el coche—. Niñas, a ver si cuando yo os llame para algo sois igual de ligeras.

—Estamos impacientes por llegar a la finca y jugar por la tierra, ¿verdad, Mariana?

—Menos mal que os he puesto los chándales —dije, aliviada.

—Mamá, nos lo hemos puesto nosotras, que ya somos adolescentes.

—Sí, sobre todo adolescentes —murmuró Ernesto a la vez que arrancaba el coche, mirándome con esa chispa de complicidad que me hacía sentir mariposas en el estómago.

—Papá, no confías en nuestro proceso, pero ya no somos dos niñas, porque nos maquillamos y todo. —Sacaron a la vez los morros que se lo habían pintado con un brillo de cacao.

—Dentro de un año no habrá quien pueda con ellas —murmuré aguantando la risilla.

—Tú déjamelas a mí que las pongo más firmes que un desfile militar —bromeó Ernesto.

—A mí no —dijo asustada Mariana, causándome una carcajada.

—A ti sí, a las dos o a ninguna —le contestó Lola con indignación.

—Vale, pero tu padre tiene cara de duro.

—No, no, solo parece —lo defendió Lola y nosotros nos mirábamos de reojo aguantando la risa.

Llegamos a la finca y los perros nos siguieron hasta la zona donde tenían para aparcar los coches. Las niñas se bajaron y empezaron a jugar con los perritos que las seguían dando saltos y moviendo el rabito.

Carmen salió secándose las manos en el delantal por la puerta de la cocina que daba también al exterior. Sonreía y venía para darnos un abrazo.

—No veas el cochinillo que está haciendo Andrés en el horno de piedra. —Juntó sus dedos y se los llevó a la boca queriendo decir que iba a salir de rechupete.

—Qué bueno —murmuré—. Hace tanto que no como cochinillo que se me hace la boca agua.

—Tenemos preparada para ahora una tabla de ibéricos para un picoteo. Entrad, anda, que os he hecho un vinito.

Su padre estaba dentro de la cocina fregando unos vasos. Nos dio un beso con esa sonrisa tan humilde que tenía. Era un encanto, al igual que su mujer, pero ella era más pizpireta.

Probé un queso de pimentón picante que era una locura de rico. Había de más tipos, pero este se había convertido en mi gran descubrimiento. Acompañado con picos y un vinito, no había nada más que lo igualase.

Carmen estaba que lo daba todo y es que se había tomado un par de vinos que, según ella, le habían subido hasta la infinidad. Lo que me reí por un momento fue lo más apoteósico porque se puso a imitar a las niñas y no podía tener más arte.

Su marido e hijo la miraban con esa risilla suelta. Un poco después llegó su hermano Javier, con el que tenía la fábrica de embutidos, su mujer Marina y su hijo Pedro, de ocho años, que se fue a jugar con las niñas.

—Estás muy guapa —me dijo Marina con su preciosa sonrisa.

—Pues vengo en plan campo. —Me reí.

—Esas mejillas con el brillito y los labios te quedan muy bien.

—Gracias, preciosa.

—¿Chinchín? —propuso Marina levantando su copa.

—Chinchín —sonreí, chocando mi copa con la suya.

Las niñas vinieron chillando y traían todo el cuerpo lleno de arena.

—Pedro nos está atacando de manera gratuita y desconsiderada, papá —decía Lola provocándonos una carcajada.

—¡Pedro! —le regañó el padre.

—Papá, escucha antes de atacar. Ellas me han dicho medio metro.

—Pero no le hemos atacado —soltó Mariana y me envenené por dentro.

—¡Ya puedes pedirle perdón! —le exigí.

—Mamá, pero si es él que nos tiró arena —intentó defenderse Mariana.

—Tú lo insultaste y eso no se hace; además, es más alto que vosotras, no sé por qué le tenéis que llamar medio metro. O le pides perdón o te siento fuera castigada toda la mañana.

—Tú también, Lola —le dijo Ernesto muy enfadado.

—¿Le pedimos perdón o nos sentamos un rato? —le preguntó Lola a Mariana quemando al padre.

—Tenéis tres segundos para pedirle perdón.

—Perdón, perdón —dijeron al unísono.

—Y ahora media hora sentadas calladas a modo de castigo.

—¡Pero hemos pedido perdón! ¡No es justo!

—Cuarenta y cinco minutos. ¿Vais a seguir?

—Si te vuelvo a escuchar que te metes con alguien, te voy a dejar sin juguetes el resto de fiestas. ¿Te has enterado?

—Mamá, pero si es injusto, ya pedimos perdón.

—No es injusto, lo injusto es que os metáis con alguien. Si fuera al contrario, vendríais llorando, haciéndoos las víctimas y montando un numerito.

—Pero nos atacó con arena.

—Él también se va a sentar cuarenta y cinco minutos —dijo Javier.

—No, papá, yo con estas locas no.

—¿Locas? —le preguntó Marina levantándose muy enfadada.

—Al final eres igual que ellas porque no solo le tiraste tierra, sino que te defiendes atacándolas con insultos.

—Valiente mierda de fiesta —dijo el pequeño y su padre se fue para él, lo miró de manera intimidatoria y…

—Si es una mierda de fiesta, ya te puedes ir a la cama y mañana sales.

—No, no, que si no ellas se lo comen todo.

—Vivan los niños —dijo mi suegra con ironía a la vez que volteaba los ojos y le daba otro trago al vino.

Ernesto y Javier se llevaron a los niños al porche y los sentaron a los tres para que estuvieran cuarenta y cinco minutos. Eso sí, les encendió la gran estufa que tenían sus padres para poder usarse ese sitio en invierno, aunque hoy el día estaba de lo más agradable y el solecito se notaba.

—Antes de diez minutos hay una guerra ahí afuera —indicó mi suegro y nos tuvimos que echar a reír.

—Pues yo lo meto en la cama y se acabó el cuento —soltó Marina de lo más convencida.

Mi suegro, que así lo llamaba ya por petición de ellos, se sentó fuera a tomar su vinito y a vigilar a los niños. Se notaba a leguas que esto último era su cometido porque no se fiaba de ellos y eran capaces de montar una tangana rápido y ligero.

—Verás la suegra cómo termina hoy —me dijo Marina, causándome una carcajada.

—Como nosotras, porque como sigan los niños así, me bebo hasta el agua de las macetas.

—Yo me apunto contigo, cuñada —se reía.

Los niños entraron y los miramos a modo de reprimenda.

—Venimos a pedir perdón de verdad de la buena —dijo Pedro y las niñas afirmaban.

—Muy bien, pero os quedan veinte minutos aún —le respondió Marina y todos se fueron de nuevo hacia sus sitios con cara de no verlo justo.

Ernesto les echó también una mirada que los cohibió por completo, y el abuelo, que se había asomado y que en parte estaba seguro de que les había inducido a que vinieran, aguantó la risilla y volvió a sentarse con ellos.

Para la hora de la comida, comimos en el salón que estaba a un lado de la casa y que era para este tipo de eventos familiares, además de que estaba en plan bodega y era de lo más bonito.

El cochinillo estaba brutal y para los niños mi suegro les hizo hamburguesas con una pinta espectacular. Disfrutamos de una comida de lo más buena y divertida en torno a una mesa en la que había mucho cariño y unión. Me encantaba esta familia.

Nos habíamos echado una siesta todos menos mis suegros, que tenían más vitalidad que todos nosotros juntos. Hasta los niños echaron su cabezadita

para estar descansados para la noche en la que ellos se pensaban que íbamos a montar una discoteca o algo por el estilo, porque no veas cómo proyectaban.

Me duché y me puse unos leggins de piel negra con una camiseta de mangas largas en el mismo color con una moña grande de punto a un lado del hombro. Complementé el conjunto con unos zapatos bailarinas del mismo color. Ante todo, buscaba el estar cómoda y no tenía ganas de soportar unos taconazos.

Ernesto estaba guapísimo con un pantalón chino en tono azul marino y la camisa celeste de cuadritos. Estaba para llevarlo de nuevo a la cama y no dejarlo salir. ¿Cómo se podía ser tan perfecto?

—Mamá, Pedro me ha dicho que me llamo Mermelada.

—Yo a Pedro hoy lo encierro en el cuarto, se la está buscando.

—Marina, se buscan los tres, mejor que pasemos de ellos.

—Pues yo le voy a llamar Palote.

—No, si encima le va a hacer hasta un favor —dijo Ernesto, causándonos una carcajada.

—Yo no quiero saber nada de niños —suspiré agotada con la copa de vino que me había acabado de dar mi chico.

—Pues nada, ya me encargo yo de ellos —dijo mi suegro, que tenía el cielo ganado.

—No, usted tiene que disfrutar.

—Pues anda que estos enanos no me regalan vida.

—¿Lo ves, mamá? Si somos unos luceros.

—Con pocas luces —le contesté sonriendo en plan agotamiento.

Marina estaba sembrada, me caía genial; era de esas personas que gesticulaban todo y no dejaba de poner expresiones en su cara con ironía. Mi suegra se notaba que la adoraba, ya que sonreía con todas sus cosas y parecía entenderla a la perfección. Conmigo también era un amor, para qué engañarnos.

Preparó una mesa en la bodega que era de lo más bonita y en la que no faltaba de nada. Jamón, queso, mejillones recién hechos al vapor, langosta a la parrilla, patatas chips, embutidos y canapés de un montón de variedad. Como individual un consomé de pescado que estaba de lo más delicioso.

Enrique se levantó alzando su copa y todos hicimos lo mismo, hasta los niños con sus refrescos.

—Por esta bonita familia, por la llegada de Lucía y Mariana, que vienen a completar nuestra felicidad.

—Por ellas, por todos —dijo mi suegro.

—Para arriba, para abajo, para el centro y para dentro —dijo Pedro haciendo el ritual mientras todos le seguíamos.

Eran muy bonitas esas palabras que, aunque yo ya lo sentía sin necesidad de ser pronunciadas, causaban una sensación de lo más agradable. Y así era, porque todos me trataban como si llevase con ellos toda la vida.

Cuando llegaron las uvas, las risas no cesaron: los niños no podían coordinarse y todos terminamos riendo a carcajadas mientras las devorábamos.

—¡Una, dos, tres…! —contó Pedro.

—¡Pero no me da tiempo! —gritó Lola.

—¡Yo tampoco puedo! —jadeó Mariana, y todos terminamos riéndonos mientras nos abrazábamos entre los tropiezos y la confusión.

Finalmente, cuando la última campanada pasó, Ernesto me miró con una sonrisa que me derritió. Nos acercamos lentamente, nuestras manos

entrelazadas, y nos besamos suavemente.

—No hay mejor regalo para mí que empezar el año contigo a mi lado — susurró, y mi corazón se llenó de una felicidad indescriptible.

Me recosté en su hombro, disfrutando del calor de su abrazo, de la risa de los niños y de la armonía perfecta que sentía en ese momento. La familia, el amor, la complicidad… todo encajaba y brillaba.

De fondo tenían puesto flamenquito navideño que animaba mucho el ambiente.

Terminamos todos bailando, bebiendo, cantando, abrazándonos y sintiendo que este comienzo de año era el que iba a ser el mayor regalo para nuestros corazones.

Finalizar el año con la misma ilusión que lo comenzabas. ¿Había algo más mágico?

Capítulo 15



¿Cuánto puede cambiar nuestra vida una persona?

Todo estaba siendo tan bonito que no podía creerme que me estuviera pasando a mí. ¿Por qué nunca nos fijamos el uno en el otro cuando ahora nos habíamos convertido en dos seres que no podían estar separados?

El calor de su cuerpo me envolvía y, por un instante, sentí que nada más en el mundo importaba. Los labios de Ernesto eran fuego sobre los míos, y cada caricia recorría mi piel como si estuviera escrita solo para mí. Mi corazón latía desbocado, y sus manos parecían saber exactamente por dónde debían tocarme.

—Lucía… —susurró, con un hilo de voz ronco que me hacía temblar.

—Ernesto… —Mi respuesta se perdió entre gemidos, entre risas nerviosas y el deseo que nos devoraba a los dos.

Nos movíamos como si fuéramos uno solo, sin prisa, dejándonos llevar por el roce de la piel, por la sensación de que cada segundo podía ser eterno. Sus dedos jugaron con mis cabellos mientras me hundía entre sus brazos, y yo no podía dejar de mirarlo, de sentirlo, de quererlo más cerca.

—Me vuelves loco —murmuró, y su aliento me rozaba la oreja.

—Y tú a mí —contesté, riéndome entre gemidos, mientras nuestras risas se mezclaban con los suspiros.

El mundo afuera dejaba de existir. Solo éramos nosotros, el calor, la pasión, la electricidad que recorría cada centímetro de nuestro cuerpo.

Sus labios bajaron suavemente por mi cuello, mis hombros, deslizándose con breves besos por el torso hasta que se detuvieron en uno de mis pechos. Ernesto me miró fijamente a los ojos y le vi lamer mi pezón con ese brillo de deseo en los ojos. Grité cuando sentí sus dientes mordiéndolo despacio y tirando de él. Sonrió como respuesta a mi reacción y pasó al otro pezón, mientras una de sus manos bajaba por mi costado hasta que noté sus dedos en la parte interna de mi muslo, y solo unos segundos después los tenía entre mis pliegues.

—Por Dios —jadeé arqueando la espalda cuando comencé a sentir esos mismos dedos tocándome con movimientos rápidos, pellizcándome el clítoris y penetrándome para llevarme al borde de mi resistencia.

Y sí, a estas alturas y con la de veces que Ernesto me había hecho suya, debía admitir que conocía mi cuerpo y cómo conseguir que me corriera sin apenas esfuerzo en unos pocos minutos.

Siguió besándome por todo el cuerpo hasta que encontró lo que buscaba.

—Ah, aquí está la señora Concha perfecta —dijo, y me reí antes de gemir cuando su lengua comenzó a lamerme como si no hubiera un mañana.

Me agarré a las sábanas con fuerza y ahogué mis propios gemidos y gritos para que no me oyeran las niñas. Ernesto siguió lamiendo y penetrándome con los dedos hasta que me corrí con la espalda arqueada y los ojos cerrados ante ese placer que me invadía.

No tardó en subir del mismo modo que había bajado, besándome por todo el cuerpo, hasta que sus labios devoraron los míos con hambre y urgencia y me penetró con una embestida tan fuerte como necesitada.

Me rodeó por la cintura con un brazo mientras seguía penetrándome y besándome, y mis manos recorrieron su espalda, bajando hasta que se detuvieron en sus nalgas, y le apremié a que se hundiera aún más en mí.

—Ernesto… —jadeé.

—Vamos, preciosa —dijo en un susurro, aumentando el ritmo, y eso hizo que me olvidara de todo.

Contuvo mis gemidos y gritos con un beso y, mientras le sentía penetrarme más y más fuerte, rápido y profundo a cada segundo que pasaba, notaba mi cuerpo acercándose otra vez al orgasmo.

Clavé las uñas en su espalda cuando sentí que iba a liberar el clímax por completo, y esta vez él lo hizo conmigo. Nos dejamos llevar y nos corrimos al unísono, jadeando y gimiendo en la boca del otro.

Cuando nos fundimos en un abrazo más intenso, supe que esto iba mucho más allá de la atracción; había algo en nosotros que no se podía negar, un lazo que se hacía más fuerte con cada roce.

Finalmente, exhaustos, nos quedamos abrazados, jadeando y riendo al mismo tiempo, con las sonrisas aún dibujadas en nuestros labios.

—Esto… —dije cuando Ernesto apoyó la frente contra la mía—… es demasiado bueno para ser real.

—Sí… —susurró, mientras acariciaba mi rostro—. Pero es real. Lo estamos viviendo —contestó y después me dio un beso, uno cargado de ternura y amor.

Era el día de Reyes. Desde Navidad no nos habíamos separado en ningún momento y estaban instalados en mi casa, ya que, según Ernesto, yo detestaba la suya, pero no era así. La realidad es que aquí me sentía menos de prestada y en la otra, como que había vivido recientemente con su mujer y no sé, me daba cosa, pero no tenía nada en contra de su hogar, como él decía.

—¡Mamá, papá! —gritaron Mariana y Lola al unísono.

—¡Vamos, arriba, que ya han venido los Reyes y creo que nos han dejado los regalos de todos los vecinos! —dijo en esta ocasión Lola, causándome una risa.

—Dejadnos tranquilos, que estamos románticos —contestó Ernesto girándose hacia mí y abrazándome de lado.

—¡Vivan los novios! —gritó Mariana.

—Ya más o menos son como marido y mujer porque duermen juntos —recalcó Lola.

—Pues que se casen y nosotras les llevamos los anillos.

—Mejor vamos a ver los regalos, que como os dé por confabular, sois capaces de preparar hasta el convite —dije intentándome levantar de la cama, pero Ernesto no me dejaba—. Suelta, joder —me reía.

—Primero hay que preparar el desayuno. No se abren los regalos hasta que tengamos todo en la mesa.

—¡A currar! —gritó Lola y corrieron a la cocina.

—Mejor que vayamos, que puede llegar el cacao hasta la calle —murmuré intentando aún soltarme y no había manera.

—Pues dame el beso de amor más grande que hayas dado en tu vida.

—Desde ya te digo que cualquiera de los que te he dado hasta ahora —contesté riéndome sin cesar, ya que no podía quitármelo de encima.

—¡Mamá, tenemos un problema!

—¡Y grande! —gritó Lola.

—Te lo he dicho, la han liado seguro.

Nos levantamos y vestimos y fuimos rápido a la cocina donde nos las encontramos enteras de cacao, hasta en la cara. Lo habían intentado abrir de tal manera que salió disparado y estaban guapas de cubiertas.

—Yo paso, me voy a la cama —dije girándome, pero Ernesto, que estaba riendo, me frenó.

—Ve haciendo los cafés que de estas y el suelo me encargo yo —cogió el móvil y comenzó a tirarles fotos.

—De esta manera poco creo que vayas a hacer.

—Confía en mí, cari —me hizo un guiño y suspiré.

—No vamos a decir quién es la culpable —dijo Lola.

—Nunca, jamás, porque antes preferimos sufrir entre sufrimientos.

—Dos por el precio de una. ¿Quién dijo miedo? —me pregunté a mí misma, causando la risa de los tres.

Les quitó el pijama, les lavó la cara y se pusieron otro nuevo. Yo fui barriendo la cocina mientras maldecía el cacao.

—Mamá, ya estamos guapas —dijo Lola, que de vez en cuando me llamaba así, al igual que mi hija a Ernesto. Nosotros intentábamos darle naturalidad.

—Preciosas, pero como toquéis algo más hoy, os dejo sin Reyes.

—Antes preferimos no desayunar —soltó mi hija causándonos una carcajada. Encima tenían gracia.

Llevamos el desayuno a la mesa camilla y nos sentamos mientras ellas decidían cuál comenzar a abrir. Había para las dos exactamente igual.

Se pusieron muy contentas con toda la ropita, libros, cremas de manos con olor a chuches, colonias, muñecas, un montón de material de papelería como cuadernos para dibujar, colores y lápices bonitos, unas botitas de piel y también recibieron un juego de mesa para compartir. Lo que más feliz les hizo fue esa cesta para cada una llena de chuches y chocolatinas. Estaban alucinando.

—Ahora te toca a ti —me dijo Ernesto, que había dejado regalos debajo del árbol con mi nombre, pero yo también había hecho lo mismo.

—Los dos, abrimos uno cada uno a la vez.

—Venga —sonrió.

—Pues levántate y coge uno de cada —dije mordisqueando la tostada y poniendo cara de agotamiento.

—Al primer sargento que lo mandan tanto.

—Eso te pasa por haberte liado con una oficial. —Le hice un guiño y esbozó una preciosa sonrisa.

—Por ti voy a recogerlos hasta el fin del mundo.

—Pues ala, te has ahorrado unos kilómetros.

Cogió uno de cada y me entregó el que era para mí. Lo que nos reímos al abrirlo fue monumental. En mi caso era un precioso conjunto de lencería y en el suyo una cajita con tres calzoncillos de tela y de patita anchos, que eran los que usaba. Y oye, le quedaban de muerte.

Volvió a por otros dos regalos y me sorprendí mucho con el bolso de Mango que me había elegido. Negro y que combinaba muchísimo para varios tipos de *outfit*. En su caso abrió el que contenía un jersey de punto de los que a él le gustaba usar para vestir.

Me quedé sorprendida con el tercer regalo, que era una cazadora monísima y de las que abrigaban en color negro. Era de Zara y me venía genial con el bolso, pero claro, eso no fue lo único; también me regaló unas botas de piel en ese color. Se había marcado todo un conjunto al que no le faltó ni los pantalones negros, ni un jersey crudo monísimo. Y para finalizar, un perfume de *Loewe* con una pulsera rígida de plata que estaba labrada con jeroglíficos egipcios. Me había emocionado muchísimo.

Yo también le había comprado, aparte del jersey y la ropa interior, unas deportivas y un perfume.

Estábamos todos contentos y con un montón de regalos que se notaba que habían sido todo un acierto.

—Eres increíble —le susurré abrazándolo mientras nos sentábamos a contemplar la felicidad de las niñas.

—Solo sigo tus pistas —respondió, divertido—. Y me alegra que todo haya salido bien.

Ernesto fue un momento a hablar por teléfono con su madre, que le llamaba para ver qué tal se habían portado los Reyes, y Lola le acompañó para contarle a su abuela todo lo que había recibido.

Aprovechando ese momento a solas, me senté con Mariana en el sofá. La luz del sol entraba por la ventana y el ambiente era cálido y tranquilo.

—Mamá… —me dijo, mirándome con seriedad—. Ernesto es un buen papá.

—Sí, cielo… lo es —asentí, con una sonrisa triste.

—¿Por qué papá no es como él? —preguntó con un hilo de voz refiriéndose a Manuel. Su mirada se entristeció—. Ni siquiera me ha llamado por Navidad…

La tristeza me embargó y la abracé fuerte.

—Ya sabes cómo es tu padre… —susurré—. Pero no pasa nada, cielo. Lo importante es que estamos juntas y felices.

—Por eso me alegro de no haber ido a pasar esos días con él —dijo Mariana, abrazándome con fuerza—. No es tan buen papá como Ernesto.

Sonreí con lágrimas en los ojos, luchando porque no salieran, y la besé en la frente.

—Sí, mi amor… y menos mal que tenemos al mejor papá del mundo cerca.

Después de un momento tan doloroso como tierno, la risa volvió a llenar la sala cuando Lola intentó usar las botas nuevas de manera equivocada, tropezando y haciendo que Mariana cayera encima de ella. Terminamos los cuatro riendo a carcajadas, con las niñas haciendo piruetas y nosotros observándolas como si fueran el mejor regalo de Reyes de todos.

Habíamos quedado en salir a comer, ya que el día estaba bonito y las niñas querían estrenar sus ropitas y el bolso que le había caído a cada una.

Sandra y sus padres también se iban a unir a nosotros; a ella también le dejamos la noche anterior el conjuntito que llevarían las niñas y el bolso para que se lo pusiera hoy cuando lo descubriera al levantarse.

Lorena y Jorge también les habían dejado a las niñas un maletín con maquillaje que recibiría también su hija y con el que las nuestras se pusieron de lo más contentas, ya que, a pesar de tener uno la mía, era más pequeñito y ya estaba de lo más currado.

Habíamos reservado mesa en un freidor de pescado que era muy apreciado por los vecinos y que se ponía a rebosar en este día y cualquier fin de semana, que era cuando abrían.

Las niñas iban monísimas, iguales, y las vecinas sonreían al verlas y les echaban piropos. Ellas iban de lo más felices, siendo el centro de atención de todas las miradas con esas faldas largas de hadas y de apariencia princesa. Sabíamos que iban a disfrutar mucho con ellas.

Comenzamos con un vermut de aperitivo con unas lonchas de atún rojo de la almadraba mientras las niñas jugaban en el parque que teníamos enfrente y a la vista.

Justo en ese momento apareció Julia con un chico de la mano, tal cual, y nos miró sonriendo falsamente.

—Feliz día de Reyes, chicos —nos dijo con toda la hipocresía y haciéndose la simpática.

—Te recuerdo que allí —señalé a las niñas— tienes a tu hija, a ver si es a ella a la que tienes la delicadeza de saludar. A ver si te corre un poco más la sangre por las venas.

—Te sienta muy mal follar con mi ex —soltó.

—Eres todo un fracaso, chica —le dije con todo el desprecio.

—Ahí os quedáis, muchedumbre —soltó con una risilla que era de lo más patética.

Ernesto la miró en todo momento retándola. No me podía creer en lo que se había convertido Julia y encima que iba a renunciar a su propia hija en estos días para irse a vivir fuera. Me causaba una repugna increíble.

—No la hables así —le dijo Ernesto.

—Hablaré como quiera —replicó Julia, mirándome con odio—. Solo eres una mala decisión que tuvo que tomar Ernesto, Lucía.

El desprecio en sus ojos era como un puñal, y sentí un escalofrío. Pero Ernesto me cogió de la mano y me la sostuvo con firmeza. Julia volvió a sonreír con ese veneno que ahora destilaba por cada poro de su piel y se fue de la mano de ese chico tan altiva como había aparecido.

Ni qué decir que no se dignó a ir a saludar a su hija, ni decirle una sola palabra o simplemente darle un detalle por Reyes.

—No entiendo lo que se le tuvo que pasar por la cabeza para volverse de esa manera —dijo Lorena con repulsa.

—Creo que siempre fue un bicho disfrazado de cordero —murmuró Ernesto negando—. Qué peso me he quitado de encima…

—¿Y ese tío quién es? Tiene cara de guiri —comentó Lorena.

—Puede ser, porque no tiene cara de ser de por aquí. Pero le estoy agradecido si es de bien lejos y se la lleva cuanto antes —contestó Ernesto causándonos una risilla.

—Llamarnos muchedumbre, qué valor —murmuré negando con la risilla suelta.

—Ahora va de Preysler la muchacha —soltó Jorge.

Las niñas, ajenas a la maldad, seguían jugando y riendo, y nosotros nos esforzamos en no dar importancia a Julia. Sin embargo, su mirada altiva y sus

palabras hirientes quedaron grabadas en mi memoria, recordándome que no todo en la vida siempre era perfecto, aunque el presente fuera maravilloso.

Ernesto fue a advertirle a la niña que su madre estaba aquí, a lo que le contestó ella que le daba igual, que para ella era una extraña que no se acordaba de que tenía una hija. El padre la abrazó y fue graciosa porque le dijo que no había drama.

Pese a eso, pasamos un precioso día en el que no le dimos importancia a quien no la merecía. Eso sí, cuando salió pasando de nuevo por delante de nosotros, lo hizo de la misma manera altiva y como si no nos conociera.

A mí me daba pena por Lola porque era un amor de niña que no merecía esos desplantes y desprecios de su madre, y ahora que veía la clase de persona en la que se estaba convirtiendo Julia, nada que ver con la mujer que todos habíamos conocido siempre, me daba cuenta de que la palabra “madre” a ella le venía muy, pero que muy grande.

Capítulo 16



Acababa de dejar a las niñas en el colegio y Ernesto se había ido a las oficinas de la fábrica a trabajar toda la mañana. Ya tenía su excedencia y se sentía libre como un pájaro.

Lorena me propuso desayunar juntas esta mañana en la cafetería para celebrar la vuelta a la rutina. Me hizo mucha gracia y me pareció una idea perfecta.

Comenzamos fuerte, ya que nos pedimos unas tostadas de pan de campo con zurrapa de lomo.

—Vamos a tener que comenzar a andar todos los días si nos vamos a pegar estos desayunos —dijo riéndose.

—Ya te digo, aunque ahora con el frío —me froté las manos.

—Qué bonito lo que ha pasado entre tú y Ernesto —sonrió.

—Sí, aún no me lo creo y lo mejor de todo es que parece que llevemos juntos toda una vida —admití.

—Sí, esa es la impresión que dais —dijo sonriendo, y tomó un sorbo de café—. Jorge me lo dice mucho y es que ve a Ernesto mejor que nunca. Has sido su vitamina.

—Hemos sido la vitamina el uno del otro porque a mí me cerró heridas que pensaba que se iban a quedar ahí para siempre. Me está haciendo la vida muy

bonita. Es un tipo increíble.

—Tú también lo eres, por eso él está tan bien ahora —me aseguró Lorena.

—Hombre, las resentidas. —Esa voz nos hizo levantar la cabeza y encontrarnos con Julia.

Su presencia llenó la cafetería como una sombra fría. Tenía esa sonrisa llena de veneno que lograba ponerte los pelos de punta.

—¿Tú te crees de verdad con el derecho de atacarnos con la de cosas tan feas que estás haciendo en tu vida? —preguntó con desprecio.

—Tan feas que me voy a vivir fuera una vida que ya quisierais, pueblerinas —le respondió a Lorena.

—Pueblerinas y a mucha honra, a ver si ahora te vas a creer hollywoodense —contesté yo con una risilla de lo más incrédula.

—Tú calla, come sobras —escupió Julia con desprecio.

—Lo mismo que te comes tú de otras, gilipollas —le respondió Lorena sin cortarse un pelo—. No das pena por ser mala persona, sino por ser la peor madre del mundo.

—Yo me voy ya de aquí, ya le he dejado firmado todo a tu lacra.

—La única lacra eres tú y sí, vete bien lejos, pero de una vez, ya estás tardando mucho —le respondí con desprecio.

—En el fondo me das hasta pena —dijo mirándome.

—No tienes vergüenza, atacado así a quien siempre fue tu amiga —dejó caer Lorena, pero Julia ni se inmutó.

—No debería decirte esto, pero te lo voy a decir —sonrió con malicia sin dejar de mirarme y supe que el veneno que estaba a punto de escupir sería de esos que dejaban huella—. Ernesto se acabará cansando de ti y te dejará por otra, porque él es así. No es como se muestra, no es el hombre fiel y

encantador que hace ver que es. Si yo busqué fuera lo que no recibía en casa, no fue por gusto, sino porque Ernesto me era infiel a mí desde hace mucho tiempo.

—¿Es que no vas a parar de soltar mierda por esa boca? —protestó Lorena —. No intentes vendernos una vida de infelicidad con tu marido porque no cuela.

—Cada pocos meses se busca una amante que le caliente la cama durante sus viajes de trabajo —continuó Julia y yo sentí que se me abrían las carnes y que se me bajaba la tensión—. Y yo me cansé de ser la tonta que le esperara en casa. Cuando te lo haga a ti me darás la razón —sonrió de nuevo con ese veneno.

—Deja de malmeter, Julia, ¿tanto te cuesta y te jode que tu ex esté feliz con alguien como tú estás con otro? —dijo Lorena.

—Si no me queréis creer, es vuestro problema, pero es fácil que lo averigüéis por vosotras mismas —contestó mientras se miraba las uñas como si nada—. Hablad con algunas de sus antiguas compañeras de Marina y veréis que el Sargento no es tan bueno como hace ver, no es ningún santo y yo me callé muchas cosas. Solo te advierto lo que puede pasar, Lucía. Ya pidió una vez una excedencia y al final, cuando vio que echaba de menos sus juergas y sus polvos con esas amiguitas, volvió a incorporarse. Y créeme, hará lo mismo en cuanto pueda.

—Para ya, Julia, deja de mentir sobre Ernesto —le pidió Lorena, porque yo no podía ni hablar.

—Vivirás cargando con una niña que no es tuya —me dijo Julia como puntilla final y comenzó a reírse de manera malvada mientras se marchaba.

Cogí aire y lo solté, porque si me hubiese levantado, estaba segura de que iría tras ella y la cogería por los pelos para pasearla por todo el pueblo por ese modo por el que había hablado de la pequeña Lola. ¿Cómo se podía ser tan mala?

—No hagas caso de lo que ha dicho, Lucía, todo eso que ha soltado de Ernesto no es más que mierda por el rencor de verle bien porque ella no está

con Toño, que era lo que quería, y se habrá conformado con el primer guiri que le hizo ojitos y la prometió sacarla del pueblo.

—No es por eso, es por la niña —mentí, porque tampoco quería que Lorena viera que me comía la cabeza por lo que Julia había dicho para envenenarme.

—No tiene sentimientos —murmuró Lorena negando.

—Qué lástima que piense de esa manera. No tiene corazón y, además, que prefiero criar a una hija que no es mía, pero desde la felicidad, que a tenerla abandonada como hizo ella.

—Lola tiene mucha suerte con el padre que tiene y contigo, que le vas a dar todo eso que a ella le falta. Es una imbécil; ahora está saliendo su verdadera personalidad y da asco. Ni pienses en sus palabras.

—Tranquila, lo único que me da rabia es por Lola, pero, como dices, tiene al mejor padre del mundo y yo le daré lo mejor de mí. Lo que pasa es que me duele que la use para intentar hacer daño; es lo que más me repatea. Y a ver si es verdad que se va porque no deja de decirlo, pero no desaparece.

—Eso digo yo, a ver cuándo se va —soltó el aire.

Después de desayunar fuimos juntas a la carnicería, ya que me quería comprar los avíos de puchero para dejar hecho uno para el día siguiente, que a Mariana le encantaba. Aproveché para comprar unas albóndigas que habían acabado de preparar y me venía muy bien para hacerlas con tomate y unas patatas fritas para acompañarlas para hoy, que aún no tenía plan de comida.

Cocinaba mientras pensaba en Julia, que me había dejado de nuevo de lo más cabizbaja. No le había contado nada a Ernesto, ya que estaba trabajando y no le quería poner la cabeza hecha un bombo. Y si algo tenía claro es que lo último que quería era hacerlo sentir incómodo. No se lo merecía.

Me obligué a concentrarme en la cocina, pero era difícil no pensar en lo que había dicho. ¿Y si es verdad…? ¿Y si Ernesto… realmente…?

Me sacudí el pensamiento. No podía dejar que Julia me manipulara. Conocía a Ernesto, se veía lo que sentía por mí, y sabía que no había razón para dudar de él. Pero la semilla estaba plantada, y no podía negarlo: me sentía intranquila.

Las albóndigas me quedaron riquísimas y no pude abstenerme de caer en la tentación y comerme un par de ellas. Ernesto me avisó de que recogía a las niñas para que así avisara a Lorena que se traía también a la suya y se la dejaba en su casa.

Cuando llegaron, las dos se tiraron corriendo a mis brazos de lo más felices.

—¡Qué bien huele! —dijo Lola.

—¿Qué comemos, mamá? Porque traemos un hambre…

—Que da calambre —terminó Ernesto, y nos echamos a reír.

Pero yo seguía teniendo a Julia en la cabeza y todo lo que había soltado por la boca sobre el que había sido su marido durante tantos años.

—Tenemos albóndigas con tomate —dije.

—Lola, te vas a morir con las albóndigas, seguro que hasta repites. Que a mi madre le salen… —Se llevó los dedos a la boca para decir que, de rechupete, y me tuve que reír.

Ernesto se acercó para darme un beso cuando las niñas fueron a dejar las cosas en la habitación y a lavarse las manos, y juro que disimulé todo lo que pude para que no me notara rara.

En cuanto regresaron nuestros dos bichitos, nos sentamos a comer y nos fueron contando cómo les había ido el día en el colegio. Eso era lo mejor de tenerlas allí, que me hacían reír con sus cosas y conseguían que dejara a un lado mis pensamientos, aunque solo fuera por un momento.

—Hoy tengo que ir un momento a hablar con mi hermano sobre la fábrica —me dijo Ernesto, dejando un poco de comida en la mesa.

—Claro —dije, pero no pude evitar que un pensamiento oscuro cruzara mi mente: ¿será verdad o solo será una excusa para ver a alguien más?

Decidí que no podía quedarme pensando en eso y, cuando se marchó, después de recoger todo, me lancé a jugar con las niñas, llenando de risas y carreras toda la casa, hasta que les propuse hacer galletas con chispitas de chocolate y aceptaron la mar de encantadas.

La harina volaba por el aire, las niñas se reían sin parar, y yo sentí que por un momento todo el mundo se reducía a nosotros cuatro.

—Mira, mamá, si pongo doble chocolate seguro que son las mejores del mundo —dijo Lola, con la lengua llena de masa.

—Sí, y si las compartimos con papá, mejor —añadí, riendo mientras Mariana derramaba un poco de masa sobre mi delantal.

Entre risas, bromas y pequeños desastres culinarios, logré olvidarme de Julia, aunque sabía que sus palabras seguirían rondando en mi cabeza hasta que se marchara definitivamente.

Después de que las galletas salieran doradas y crujientes del horno, las niñas no podían esperar a probarlas. La cocina estaba llena de migas, harina por el suelo y un aroma dulce que parecía envolvernos en un pequeño universo.

—¡Mamá, mira! —dijo Mariana, sosteniendo una galleta casi tan grande como su mano—. ¡Es la más perfecta del mundo!

—Pues prepárate, que aún quedan muchas —le respondí riendo mientras limpiaba un poco de masa de su nariz.

—Yo quiero chocolate extra —pidió Lola, poniendo un puchero, y no pude evitar reírme.

Entre risas y bromas, era inevitable pensar en Julia y en todo lo que había dicho esa mañana. Intenté apartarlo, pero su voz seguía resonando en mi cabeza. “Ernesto se acabará casando de ti y te dejará por otra… cada pocos meses buscaba una amante… yo me cansé de esperar…”

Sacudí la cabeza, como intentando expulsar la semilla de duda que había plantado. Sabía que Julia no podía ser confiable, pero su frialdad al hablar, su manera de decir las cosas como si fueran hechos comprobados, me hacía cuestionarme lo que conocía de Ernesto.

Intenté recordar todos los momentos de Ernesto conmigo, todas las noches que había pasado a mi lado, su manera de mirarme, de preocuparse por las niñas, de hacerme sentir amada y segura. ¿Era suficiente para acallar esas dudas que Julia había sembrado?

Cuando Ernesto volvió de la reunión con su hermano, la casa estaba más tranquila. Las niñas dormían ya en sus camas, agotadas de tanto movimiento y diversión. Me pidió perdón por no haber podido venir para la cena y me limité a sonreír.

Nos sentamos en el sofá, y mientras él me miraba con una sonrisa, no pude evitar pensar: ¿y si todo eso que Julia dijo tuviera algún fondo de verdad?

—Lucía, ¿todo bien? —me preguntó, notando mi silencio.

—Sí, sí… solo estoy un poco cansada —mentí, forzando una sonrisa—. Ha sido un día largo.

—Bueno, al menos las galletas han salido perfectas —dijo, intentando animarme y cogiendo mi mano.

Me aferré a su mano, intentando dejar atrás la sombra de Julia, pero un pensamiento persistente seguía rondando: ¿y si las infidelidades que ella mencionaba fueran ciertas? ¿Cómo reaccionaría si descubriera algo así?

Cerré los ojos y respiré hondo, recordando todas las pequeñas certezas que tenía: Ernesto me quería, aunque no lo hubiéramos dicho ninguno; eso se notaba, estaba presente, se preocupaba por nuestras hijas y por mí. Pero, aun así, la duda tenía fuerza, y no podía evitar que se mezclara con la calidez del momento.

—¿Qué estás pensando? —preguntó en un tono bajo, como si pudiera leer mi mente.

—Nada —susurré, sonriendo ligeramente—. Solo estoy pensando en lo afortunada que soy.

Él me acarició el rostro, y por un instante, la calidez de su mirada pareció alejar toda sombra de sospecha. Me recordé a mí misma que Julia había querido sembrar miedo, y que lo más importante era lo que yo sabía, lo que yo había vivido.

Mientras me recostaba en su hombro, sentí que podía dormir tranquila. La casa estaba en silencio, las niñas descansaban, y a pesar de las palabras maliciosas de Julia, el amor y la vida que estábamos construyendo juntos eran reales, verdaderos y fuertes.

Sin embargo, no podía evitar que un pequeño eco persistiera en mi mente: ¿y si alguna de esas advertencias de Julia tuviera algo de cierto? ¿Sería capaz de enfrentar cualquier sorpresa que la vida nos pusiera por delante?

El miedo y la duda permanecieron, pero decidí que no permitiría que dominaran mi presente. Cogí aire, aferrándome a la certeza de Ernesto y a nuestras niñas, prometiéndome que no dejaría que alguien como Julia deshiciera lo que con tanto esfuerzo estábamos construyendo.

Nos fuimos a la cama y, tras besarme con ese amor infinito que yo notaba que sentía por mí, apagó la luz y nos abrazamos, porque había noches que no necesitábamos nada más que eso, estar el uno junto al otro y sentirnos.

Mientras me quedaba dormida, con la cabeza apoyada en su pecho y el sonido de la respiración tranquila de Ernesto llenando la habitación, supe que mañana sería otro día. Otro día lleno de risas, juegos y amor, y que cada pensamiento oscuro que Julia había intentado implantar tendría que enfrentarlo con hechos y con mi propia fortaleza.

Porque, al final, aunque la duda había tocado mi puerta, el amor que sentía y la familia que estábamos formando serían siempre más fuertes que cualquier maldad ajena.

Capítulo 17



Aquella mañana amaneció con ese tipo de luz suave que se colaba entre las cortinas sin pedir permiso, tiñendo la cocina de un color dorado que siempre me había parecido el mejor comienzo posible para un día cualquiera. El olor a café recién hecho llenaba el aire, mezclado con el del pan tostado y el cacao caliente que se enfriaba lentamente en las tazas de las niñas.

Mariana y Lola se reían a carcajadas mientras discutían por quién había puesto más cereales en el cuenco.

—¡No vale, mamá! —protestó Mariana, con un puchero en los labios y el flequillo revuelto—. Lola ha hecho trampa, ha echado medio paquete.

—Mentira —replicó Lola con una sonrisa traviesa—. Yo solo he echado un poquito más porque el otro día tú te comiste todos los del tigre.

—¡Eso no es verdad!

—Chicas, por favor… —intervine entre risas, apoyando la taza de café en la mesa—. Ni el tigre ni el paquete entero, que al final vais a desayunar azúcar con un poco de leche.

Ambas me miraron con esa mezcla de resignación y picardía que solo los niños sabían poner, y luego se echaron a reír las dos a la vez. Aquella complicidad que habían desarrollado en tan poco tiempo me seguía sorprendiendo. Tres semanas. Solo habían pasado tres semanas desde que

habían vuelto al colegio después de las fiestas navideñas, y desde entonces la casa se había transformado por completo.

Ya no era solo mi casa, era nuestra casa.

Ernesto y Lola se habían instalado de manera casi definitiva, aunque él insistía en que seguía "a medio camino", porque cada pocos días se acercaba a la suya a recoger el correo o revisar que todo estuviera en orden. Pero la verdad era que, a efectos prácticos, vivíamos juntos. Su cepillo de dientes llevaba tanto tiempo en mi baño como el mío, y en el armario de la entrada había un hueco para su abrigo. A veces, cuando los veía a él y a Lola moverse por el salón, tan naturales, me costaba recordar cómo era el silencio de antes.

—¿Mamá? —me llamó Mariana, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Sí, cariño?

—Que dice Lola que la excursión va a ser al parque ese grandote, el de los patos.

—¡Y con picnic! —añadió Lola, que no podía contener la emoción—. Y que la seño dijo que podemos llevar una mantita para sentarnos.

—Bueno, bueno, parece que estáis más emocionadas que en Navidad —respondí sonriendo—. Pero todavía queda una semana, ¿eh? Así que no vale empezar a hacer la mochila desde ya.

—Jo, mamá, es que queremos que sea ya —dijo Mariana, inflando las mejillas.

—Yo también quiero que sea ya —añadió Lola, y ambas se miraron como si hubiesen pactado unirse contra mí.

No pude evitar reírme. Esa era la escena que más me gustaba de las mañanas: el ruido, las risas, los tropiezos con las mochilas, el murmullo de las cucharas contra los cuencos… Era el sonido de una vida llena. De una familia que, sin proponérselo, se había ido armando poco a poco.

Ernesto ya se había ido al trabajo cuando bajamos, pero había dejado el café preparado y una nota en la encimera con su letra apurada:

«Buenos días, mis tres tesoros. Os veo por la tarde.»

Me lo quedé mirando unos segundos, con una sonrisa tonta, mientras Mariana y Lola intentaban meter los estuches en las mochilas sin derramar medio desayuno.

—Venga, princesas, id terminando que Sandra y su madre nos están esperando.

—¡Síííií! —gritaron las dos al unísono, y casi tiran las sillas al levantarse.

Ay, la energía que tenían a esas horas de la mañana… Si pudiera guardarla para los lunes por la tarde, sería millonaria.

Las ayudé a abrocharse los abrigos mientras seguían charlando sobre la excursión, los bocadillos que llevarían y qué color de mantita combinaría mejor con sus mochilas. Cada una tenía su teoría, claro. Lola decía que la suya tenía que ser rosa, "porque los patos seguro que prefieren el rosa", y Mariana la contradecía asegurando que eso era una tontería porque "a los patos les da igual el color, lo importante es que no se caiga la comida al suelo".

Las dejé hablar, riéndome por lo bajo. En el fondo, me encantaba oírlas discutir por cosas tan absurdas. Era señal de que estaban cómodas, felices, y que esa convivencia improvisada se había convertido en algo natural para ellas.

Antes de salir, revisé que llevaban las mochilas, los almuerzos y los deberes. No había nada que me diera más miedo que escuchar: *"Mamá, se me ha olvidado el cuaderno de mates"*.

—¿Listas? —pregunté, abriendo la puerta.

—¡Listas! —gritaron las dos, dándose la mano.

Salimos a la calle y el aire frío de la mañana nos recibió de golpe. Esa mezcla de invierno que ya empezaba a rendirse ante el sol de febrero. Ni dos minutos y las niñas echaron a correr unos metros por delante, riéndose como si les fuera la vida en ello.

—¡Esperad, que todavía no hemos cruzado! —les grité.

Se detuvieron en seco, mirándome con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Qué fácil era ser feliz a los siete años. Qué fácil y qué bonito.

Al doblar la esquina ya vimos a Lorena y a su hija Sandra esperándonos. Lorena agitó la mano y sonrió al vernos.

—¡Buenos días, familia! —dijo cuando nos acercamos.

—Buenos días —respondí, mientras las niñas se saludaban con abrazos exagerados y gritos.

—Hoy van revolucionadas —comentó Lorena entre risas.

—No te haces una idea —dije—. Llevan toda la mañana hablando de la excursión del viernes que viene.

—¡Yo también voy! —gritó Sandra, dando un salto—. La seño dijo que si hace sol podremos dar de comer a los patos.

—¿Lo veis? —dijo Lola, mirando a Mariana triunfal—. ¡Los patos sí que importan!

Todas estallamos en carcajadas. El trayecto hasta el colegio fue una sucesión de bromas, carreras y conversaciones imposibles. Las tres niñas iban un paso por delante, inventando canciones sobre patos, mantas y bocadillos de jamón, mientras Lorena y yo caminábamos detrás, compartiendo sonrisas y algún que otro comentario divertido.

—Mira que te lo dije, Lucía —me dijo Lorena en voz baja—. Esa niña tuya y la de Ernesto parecen hermanas de toda la vida.

—Ya ves… —respondí—. Al principio tenía miedo de cómo se adaptaría Lola, pero se ha hecho a la casa y a Mariana en un abrir y cerrar de ojos.

—Bueno, eso es porque se nota que están a gusto. Y tú, ni te cuento. Te veo más tranquila, más… no sé, más tú.

—Puede ser —admití, mirando a las niñas correr por la acera—. A veces pienso que esto es justo lo que necesitábamos todos.

Cuando llegamos a la puerta del colegio, las niñas se abrazaron entre sí como si fuesen a separarlas por meses. Luego vinieron los abrazos para nosotras, los besos, las risas y ese pequeño caos que se formaba siempre en la entrada del cole.

Mariana se colgó de mi cuello.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, mi vida —le susurré al oído.

Entonces Lola se acercó, con los ojos muy serios, y me abrazó también.

—Adiós, mamá.

Lo dijo así, sin titubear, con la naturalidad de quien decía algo que sentía desde el corazón. Y aunque ya me lo había dicho alguna vez, en ese momento sentí un nudo en la garganta. Le acaricié el pelo y solo pude sonreír.

Varias madres que estaban cerca giraron la cabeza y me dedicaron una sonrisa cálida, de esas que no juzgaban, solo entendían. Y yo, con el corazón encogido y lleno al mismo tiempo, me limité a devolverles la sonrisa.

Las vimos entrar al colegio, las tres dándose la mano y hablando todavía de la excursión. Cuando la puerta se cerró detrás de ellas, el silencio nos envolvió a Lorena y a mí, como una pausa necesaria antes de volver al mundo de los adultos.

—¿Vamos a por un café? —me dijo ella, y yo asentí.

La cafetería de la esquina era nuestro refugio de cada mañana. No era nada especial: unas mesas de madera un poco desgastadas, una barra siempre llena

de vasos y servilletas arrugadas y un aroma constante a café y tostadas que se mezclaba con el murmullo de la radio. Pero para nosotras era casi un ritual.

Nos sentamos junto al ventanal, el mismo sitio de siempre, desde donde podíamos ver pasar a los niños que llegaban tarde al colegio y a los abuelos que iban a hacer la compra con sus carros. Lorena pidió los cafés y un par de tostadas de jamón con tomate.

—Bueno, a ver —dijo, apoyando los codos en la mesa—. Tengo que contarte una cosa que escuché el otro día.

—¿Una cosa buena o una de esas que luego me hacen arrepentirme de preguntar? —bromeé, revolviendo el azúcar en el café.

—Depende de cómo se mire. —Lorena sonrió de manera cómplice—. El otro día me tocó a mí recoger a las niñas, ¿te acuerdas?

—Sí, el miércoles, que Ernesto salió tarde del trabajo.

—Pues eso. Mientras esperaba en la puerta, me quedé charlando con un par de madres, las de siempre… las que saben hasta el número de zapatos de todos los niños del colegio —dijo con sorna—. Y claro, salió el tema de Ernesto.

—Vaya, qué sorpresa —ironicé, llevándome la taza a los labios.

—Ya, ya sé que te lo imaginas. Pero me llamó la atención porque, por primera vez, no lo decían con mala intención. Todo lo contrario, fíjate. Comentaban lo bien que se les veía a él y a Lola, que desde que están contigo ella parece otra niña, más alegre, más centrada… Y que a Ernesto se le nota feliz.

Levanté la vista, algo desconcertada.

—¿De verdad dijeron eso?

—Te lo juro. Yo misma me quedé sorprendida. Una de ellas, la rubia del abrigo beige, ya sabes quién te digo, dijo textualmente: “Se nota que Lucía les ha dado estabilidad. Esa niña la adora”.

Sentí una mezcla de rubor y ternura. A veces costaba creerse lo que uno oía, sobre todo cuando la vida había tenido tantas curvas.

—Bueno… —dije, fingiendo indiferencia—, ya sabes cómo son las madres del colegio. Hoy dicen una cosa y mañana la contraria.

—Puede ser —admitió Lorena—, pero en esta ocasión sonaba sincero. Eso sí, luego vino la parte del chisme.

—Ahí está lo que me temía.

—Sí, ya me conoces —rio—. Alguien mencionó a Julia.

El nombre me cayó como un cubito de hielo dentro del café. Me quedé en silencio, moviendo la cucharilla sin mirar a Lorena.

—Comentaban que sigue en la farmacia —continuó ella, bajando un poco la voz—, pero que ya no está con el guiri con el que la vimos el día de Reyes.

—Ah, estupendo, otro episodio nuevo de su telenovela —murmuré.

—Eso mismo pensé yo. Pero parece que ahora anda con otro, uno de por aquí cerca, y que va diciendo que pronto se irá del pueblo, que va a vivir "como una reina", según palabras textuales de una de ellas.

—Vivir como una reina… —repetí con una mueca—. Pues que le vaya bonito en su palacio.

Lorena soltó una risita, pero enseguida se puso seria.

—También me crucé con su madre el otro día, ¿sabes? La pobre mujer me dio una pena tremenda. Me contó que no reconoce a su hija últimamente. Que no entiende ese cambio tan radical, pero que intenta respetarla, aunque no lo comparta.

—La madre de Julia siempre me pareció sensata —dije, suspirando—. Tiene que estar sufriendo mucho por todo esto.

—Sí… —asintió Lorena, removiendo distraídamente el café—. Me dijo que está preocupada por Lola. Que la niña le parece más feliz con vosotros, pero que teme lo que pueda pasar si Julia sigue tan… errática, digamos. Dijo también que, por más que intenta hablar con ella, Julia la corta en seco. "No es asunto tuyo", le suelta cada vez.

Me quedé mirando el reflejo del vapor en la taza. Había tantas cosas que no podía entender de Julia.

—Lola habla con su abuela alguna que otra tarde —dije al fin—. Cuando llama a Ernesto para ver cómo está la niña, él le pide que vaya y salude a su abuela. Se quieren mucho, eso se nota. Pero lo de Julia… —negué con la cabeza—, no es normal.

—¿Y tú cómo lo llevas? —preguntó con esa suavidad que solo ella sabía usar.

—Intento no pensarlo demasiado. No puedo hacer nada, ¿no? Si ella no quiere ser parte de la vida de su hija, nadie puede obligarla. Solo… me da pena por Lola.

Lorena me miró en silencio un momento, y luego me cogió la mano por encima de la mesa.

—Lola tiene suerte de tenerte, Lucía. Y tú tienes suerte de tenerlas a las dos.

Sonreí, apretándole los dedos con gratitud. A veces, una frase sencilla era suficiente para sostener todo un día.

Capítulo 18



Terminamos el café charlando sobre el nuevo profesor de inglés, la reunión del AMPA y los carnavales que se acercaban, y cuando salimos a la calle, el sol ya se había abierto paso del todo. Caminamos despacio por la acera, con ese aire frío que aún se colaba por el cuello del abrigo, hasta que Lorena se despidió frente al super.

—Te veo luego, ¿vale?

—Claro. Gracias por el café… y por el chisme ilustrativo —bromeé.

Ella se rio y me abrazó antes de marcharse.

Seguí andando unos metros más, con el bolso al hombro, cuando vi una silueta familiar al final de la calle. Carmen, la madre de Ernesto, venía cargada con un par de bolsas grandes y una sonrisa enorme.

—¡Lucía, hija! —exclamó cuando me vio—. Justo iba para tu casa.

—¡Ay, Carmen! —dije acercándome a abrazarla—. ¿Pero qué llevas ahí?

—Nada, unas cosillas. He hecho carne en salsa, de la buena, y os he preparado unos táperes para varios días, que a las niñas les encanta, y así te despreocupas de andar en la cocina algún día.

Reí, sintiendo una calidez inmediata. Carmen era de esas personas que no podían evitar cuidar a los demás, incluso cuando decías que no hacía falta.

—Eres un amor. Te lo agradezco de verdad, pero podías haberme avisado y te habría ayudado.

—¡Bah! —dijo, moviendo la mano en el aire—. Si ya sabes que disfruto haciendo estas cosas. Además, tenía que salir a comprar pan, así que me venía de paso.

Nos reímos las dos, y en ese instante, como si el destino tuviera un mal sentido del humor, la vi.

Julia venía por la acera contraria, con su abrigo largo y esas gafas oscuras que llevaba incluso cuando no hacía sol. Al principio pareció no vernos, pero cuando se dio cuenta de quiénes éramos, su expresión cambió de inmediato.

—Mira quién aparece… —susurró Carmen en voz baja.

Yo tragué saliva. Pensé, ingenuamente, que pasaría de largo. Pero Julia se detuvo frente a nosotras, con los labios apretados y la mirada ardiendo.

—Qué bonito todo, ¿no? —dijo, levantando la voz—. Muy feliz estás tú, Lucía. Te has quedado con mi marido y ahora también con mi hija.

—Julia, por favor, no empieces… —Intenté mantener la calma, pero me temblaban las manos.

—¿Qué no empiece? —repitió con una risa amarga—. ¡Si te paseas por el pueblo como si hubieras ganado un premio! Eres una golfa, Lucía. Una roba maridos.

—¡Oye, basta ya! —intervino Carmen, levantando el tono—. Deja de malmeter y de decir tonterías. La única culpable de perder a Ernesto has sido tú, Julia, con tus engaños y tus mentiras. No vengas ahora a hacerte la víctima.

—¡Ah, claro! —replicó Julia con ironía—. La santa Carmen defendiendo a su niño. Qué raro.

—No, cariño, no lo defiendo —dijo Carmen con firmeza—. Solo digo la verdad. Si la niña no quiere hablar contigo, es porque ve lo que hay. Porque

sabe perfectamente quién mira por ella y quién no.

Por un instante, Julia se quedó callada, mordiéndose el labio. Luego me miró directamente, con los ojos brillantes de rabia.

—Ya me lo dirás tú misma, Lucía —me dijo con voz baja pero cargada de veneno—. Me acabarás dando la razón en lo que te dije. Y si no… al tiempo.

Y se marchó sin mirar atrás.

Me quedé helada, mirando cómo se alejaba entre la gente.

—¿A qué demonios se refería con eso? —preguntó Carmen, frunciendo el ceño.

Suspiré, notando cómo se me aflojaban las piernas.

—Ven a casa, anda. Te lo cuento allí.

Caminamos en silencio el resto del camino, con el sonido sordo de las bolsas golpeando contra su pierna y el murmullo lejano del tráfico. Dentro de mí, una incomodidad vieja empezaba a removerse, esa sensación de que el pasado no estaba tan enterrado como quería creer.

Carmen caminaba con paso firme, pero podía notar en su rostro la mezcla de enfado y preocupación que intentaba disimular. Yo, por mi parte, todavía sentía el corazón acelerado. Las palabras de Julia resonaban en mi cabeza como un eco desagradable.

Una vez dentro de mi casa, el olor a hogar, ese olor a café, pan tostado y colonia infantil que lo impregnaba todo, me envolvió de inmediato, como si intentara recordarme que, pese a todo, las cosas estaban bien. Cerré la puerta y apoyé la espalda contra ella un segundo antes de dejar escapar un suspiro largo.

—Déjame las bolsas aquí en la encimera, Carmen —le dije, intentando sonar normal.

Ella las dejó y me miró con esa expresión, mezcla de cariño y autoridad, que solo las madres sabían poner.

—Siéntate, hija —me dijo—. Y ahora cuéntame qué quería decir esa mujer con lo que te ha dicho.

Asentí despacio y me senté frente a ella en la mesa de la cocina. Las manos me temblaban un poco, así que las entrelacé sobre el mantel para disimularlo.

—Fue hace unas semanas —empecé—. Lorena y yo estábamos desayunando y Julia apareció por allí y soltó que Ernesto no era tan santo como todos pensaban, que durante los meses que trabaja fuera, según ella, se acostaba con algunas compañeras.

Carmen me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué?

—Eso mismo pensé yo —continué, apretando los labios—. Dijo que por eso había hecho lo que hizo, porque él "ya no la quería como antes" y que simplemente había adelantado el final de algo que ya estaba roto.

Carmen se echó hacia atrás en la silla, visiblemente afectada.

—No… no puede ser. —Negó con la cabeza, llevándose una mano al pecho—. Mi hijo no es así, Lucía. Te lo juro. Ernesto podrá tener mil defectos, pero jamás jugaría con una mujer de esa manera.

—Lo sé —dije enseguida—. Yo tampoco lo creo.

—Esa mujer… —Carmen apretó los puños—. Esa mujer está enferma de orgullo. No soporta veros bien, ver que él ha rehecho su vida y que su hija está feliz contigo. Quiere envenenarte, meterte dudas en la cabeza.

—Quizá —admití, bajando la voz—. Pero no voy a negar que sus palabras me dieron vueltas unos días. No por desconfianza, sino porque… no sé, me dolió imaginar que algo así pudiera haber pasado.

—Y no pasó —dijo Carmen con firmeza, golpeando suavemente la mesa con la palma—. Ernesto no es de esos hombres. Siempre fue reservado, prudente. Jamás le escuché hablar mal de ella ni buscar excusas.

Carmen me observó unos segundos y luego, con una ternura inesperada, me sonrió.

—Sabes, Lucía, yo siempre supe que tú eras la persona que él necesitaba —dijo en voz baja—. No lo dije nunca porque entonces no tenía sentido, pero lo intuí. Ernesto hablaba de ti con una luz en los ojos que no le veía ni cuando estaba recién casado. Pero la vida es así; a veces hay que dar mil vueltas para llegar donde uno debía estar desde el principio.

—No sé si tanto —murmuré, sintiendo cómo se me encogía el pecho—. Durante años solo le vi como un amigo, Carmen, jamás se me pasó por la cabeza que terminaríamos así.

—Y por eso estáis donde estáis —dijo ella con una sonrisa tranquila—. Porque cuando algo está destinado, no hace falta forzarlo. Solo hace falta que ambos estéis listos.

Sus palabras me tocaron algo muy profundo. Me quedé mirándola, intentando grabar aquella serenidad suya en mi memoria. Carmen tenía esa sabiduría silenciosa que viene de haber vivido mucho y haber llorado más de una vez en soledad.

Se levantó al cabo de un rato, y antes de irse, me acarició la mejilla como si quisiera dejarme parte de su fortaleza.

—No dejes que Julia te confunda, hija. Las personas heridas hacen daño sin darse cuenta. Pero tú… tú estás construyendo algo bonito. No lo estropees dudando.

La acompañé hasta la puerta, todavía con la mente llena de pensamientos que se cruzaban unos con otros. Cuando se marchó, la casa se quedó en silencio, y ese silencio me sirvió para pensar.

Me quedé un rato apoyada en la encimera, mirando las bolsas que Carmen había dejado sobre la mesa. Abrí una de ellas y el olor del guiso hecho inundó

la cocina. Me vino una punzada de ternura y otra de miedo.

Porque, aunque quería creer cada palabra que Carmen había dicho, la frase de Julia seguía retumbando en mi cabeza: “Me acabarás dando la razón, y si no, al tiempo.”

Cerré los ojos. No quería darle poder. No quería que una sombra del pasado manchara lo que por fin estábamos construyendo.

Aun así, una parte de mí, la más humana, la que temía perder lo que amaba, no pudo evitar preguntarse qué pasaría si algún día algo de eso fuera verdad.

Sacudí la cabeza y respiré hondo. No. No iba a vivir esperando tormentas que quizá nunca llegarían.

Eché un vistazo al reloj. Las niñas no volverían hasta dentro de unas horas. Decidí aprovechar ese rato para ordenar un poco la casa, distraerme. Mientras colocaba los táperes en la nevera, me descubrí sonriendo sin motivo, recordando la risa de las niñas esa mañana, sus voces cantando canciones absurdas sobre patos.

Esa casa, con sus ruidos, sus rutinas y sus pequeñas locuras, ya no era solo mía. Era nuestra. Nuestra historia, con sus heridas y sus promesas.

Y por mucho que Julia intentara romper la calma, había algo dentro de mí que ya había echado raíces. Algo que no pensaba dejar marchar tan fácilmente.

Capítulo 19



El sonido suave de la lluvia contra la ventana fue lo primero que escuché aquella mañana. Tenía el cuerpo envuelto en el calor de las sábanas y la respiración tranquila de Ernesto me rozaba la nuca. Durante unos segundos me quedé quieta, disfrutando del simple hecho de sentir su brazo rodeándome la cintura, su pecho apoyado en mi espalda y el ritmo pausado de su respiración.

Era sábado, y por primera vez en semanas, la casa estaba en silencio. Ni risas, ni pasos apresurados, ni dibujos animados a todo volumen. Las niñas se habían quedado a dormir en casa de Sandra y eso nos regalaba algo que casi habíamos olvidado: una mañana solo para nosotros.

—Buenos días —murmuró Ernesto con la voz ronca, aún adormilada, justo detrás de mi oído.

—Mmm… —fue todo lo que pude responder, sonriendo.

Me giré lentamente hacia él y nuestras miradas se encontraron. Tenía el pelo despeinado y esa sonrisa perezosa que siempre me hacía perder el norte.

—No sé si quiero levantarme hoy —dije, en voz baja.

—Yo tampoco —respondió, rozándome la mejilla con los labios—. Creo que el mundo puede esperar un poco.

Su beso fue lento, suave al principio, pero se volvió más profundo cuando mis dedos se enredaron en su cuello. Sentí cómo el tiempo se detenía, cómo

cada respiración se mezclaba con la suya. No había prisa, ni ruido, ni pensamientos que nos distrajeran. Solo nosotros dos, la lluvia y ese silencio cálido que parecía envolverlo todo.

La pasión fue creciendo poco a poco, como una ola que no se podía contener. Sus manos recorrían mi espalda con ternura, con esa mezcla de deseo y cuidado que solo él tenía. Yo le respondí con la misma entrega, dejándome llevar por la certeza de que aquel momento era nuestro, sin miedos ni sombras del pasado.

No importaba lo que Julia dijera, ni las dudas que a veces me asaltaban. En aquel instante solo existía el presente: su piel, su risa entre mis besos, la manera en que pronunciaba mi nombre como si fuese la única palabra que necesitara.

Sentí sus labios bajando por mi cuerpo y no tardó en encontrar lo que quería. Sentí su aliento cálido en mi sexo y, cuando deslizó la lengua entre mis labios vaginales, lamiendo el clítoris, gemí de puro placer.

Ernesto siguió lamiendo hasta que me hizo perder por completo la cordura. Me agarraba con fuerza a las sábanas y movías las caderas mientras gemía sin parar, notando su lengua entre mis labios vaginales y sus dedos penetrándome con fuerza. Hasta que no pude más y me corrí.

Ni un segundo me dejó de tregua antes de que se cerniera sobre mí, besándome con hambre y penetrándome con fuerza y de una manera tan profunda que grité notando cómo todo mi cuerpo se estremecía.

Ernesto comenzó a moverse deprisa, llenándome por completo, llegando tan hondo que pensé que me acabaría desmayando. Y volví a correrme al mismo tiempo que él lo hacía.

Cuando el silencio volvió, nuestras respiraciones seguían entrelazadas, y me quedé unos segundos con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando el latido firme de su corazón.

—Esto… —susurré—. Esto es justo lo que necesitaba.

—Yo también —respondió él, acariciándome el pelo—. No sabes lo feliz que me hace verte así.

Nos quedamos así un rato más, hasta que la pereza nos obligó a movernos. Ernesto se levantó primero y me ofreció la mano.

—¿Ducha compartida? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Mmm… eso suena bien —contesté, riéndome.

El baño se llenó de vapor y de risas. Nos dedicamos a salpicarnos, a bromear como dos adolescentes que se habían escapado de todo. Fue un momento de complicidad pura, de cariño sencillo, de esos que se quedaban grabados sin necesidad de palabras. Entre risas y besos robados, terminamos dejándonos llevar de nuevo y entregándonos al deseo y la pasión que nos invadía cuando estábamos juntos. Acabamos envueltos en las toallas, secándonos el pelo como si el tiempo no existiera.

Fuimos a la cocina todavía descalzos, con el olor del café recién hecho llenando el aire. Ernesto se encargó de las tostadas mientras yo preparaba el zumo.

—Parece mentira que no haya ruido —dijo, mirando alrededor.

—Sí… —respondí—. Se hace raro, ¿eh? Pero no voy a mentir: lo estaba necesitando.

—Yo también —dijo sonriendo—. Aunque en cuanto vea a esas dos locas, me volverá el alma al cuerpo.

—Y a mí. —Le miré con ternura.

Nos sentamos juntos, compartiendo las tostadas y los silencios tranquilos, esos que se disfrutaban sin sentirse incómodos.

Cuando terminamos, fuimos a vestirnos. Me puse unos vaqueros, un jersey claro y un abrigo largo; él optó por algo cómodo, como siempre, con ese aire relajado que tanto me gustaba.

Poco después, salimos de casa rumbo a la de Lorena y Jorge. El cielo seguía gris, pero la lluvia había parado, y el aire olía a tierra mojada. Ernesto me cogió la mano mientras caminábamos hacia el coche, y yo se la apreté suavemente.

—¿Sabes una cosa? —me dijo, arrancando el motor.

—¿Qué?

—Que me gusta esta vida contigo. Así, simple.

Le sonreí, sintiendo una calidez difícil de explicar.

—A mí también.

La casa de Lorena estaba llena del típico caos de sábado por la mañana: risas, mochilas, voces que iban y venían. Jorge abrió la puerta con una sonrisa amplia.

—¡Buenos días, pareja! Pasad, pasad. Lorena está con las niñas que no acaban de decidir qué gorro ponerse.

—No me extraña —reí—, eso es una decisión de Estado.

Lorena apareció enseguida con una taza de café en la mano y cara de resignación.

—No sabes la batalla campal que tengo montada ahí dentro. Pero bueno, venid, que os pongo un café antes de que os las llevéis.

Nos sentamos en la cocina mientras ella servía las tazas. Jorge, apoyado en el marco de la puerta, sonreía divertido.

—Oye, Lorena —dije, entre sorbos—, si no te importa, prepara una bolsita con ropa para Sandra. Que se venga a casa todo el fin de semana, así vosotros descansáis un poco.

—¿De verdad? —preguntó, aliviada—. ¡Madre mía, me vais a hacer un favor!

—Así tú y Jorge podéis aprovechar para estar tranquilos —añadí, guiñándole un ojo.

Jorge levantó las cejas y miró a su mujer con picardía.

—¿Has oído eso, cariño? Fin de semana libre…

—¡No me mires así! —le interrumpió Lorena, riendo—. Que la última vez que me miraste con esa cara acabé embarazada de Sandra.

Soltamos una carcajada general.

—Pues ya va siendo hora de darle un hermanito o hermanita —bromeé.

—¡Anda ya! —dijo Lorena con una carcajada, y luego, mirándome con la ceja arqueada, añadió—. Aplicaos el cuento vosotros, que Mariana y Lola también podrían tener un hermanito, ¿no?

Tragué saliva sin poder evitarlo, y miré de reojo a Ernesto, que estaba sonriendo con aire travieso mientras se rascaba la barbilla.

—Bueno… —dije intentando disimular la risa—. De momento, con las tres que vamos a llevar hoy, tenemos trabajo de sobra.

—¡Eso seguro! —añadió Lorena entre risas.

En ese momento las niñas aparecieron en la cocina, completamente equipadas para el invierno: abrigos gruesos, gorros de lana, bufandas, guantes y botas. Sandra llevaba un gorrito con orejas de gato que le daba un aire encantador.

—¡Ya estamos listas! —gritó Mariana.

—Y muy guapas —dijo Ernesto sonriendo—. Venga, despedíos de Lorena y Jorge, que nos vamos.

Las tres corrieron a abrazar a Lorena y Jorge, que respondieron con besos y advertencias de madre para su hija: “Pórtate bien”, “No te quites la bufanda”, “No comas solo patatas en la comida”.

Cuando por fin salimos, el coche se llenó de voces y risas. Las niñas iban detrás cantando y planeando todo lo que querían ver en el centro comercial.

Yo, desde el asiento del copiloto, miré a Ernesto y sentí una oleada de calma. Era uno de esos momentos que se sentían perfectos sin necesidad de que nada extraordinario ocurriera.

Y mientras nos alejábamos del pueblo rumbo a Cádiz, pensé que quizá la felicidad era justo eso: la suma de pequeños instantes compartidos, como aquel sábado de invierno.

Capítulo 20



El camino hasta Cádiz fue una pequeña aventura en sí misma. Las tres niñas no pararon de hablar ni un segundo: que si querían mirar muñecas, que si necesitaban lápices nuevos para el cole, que si tenían que ir "sí o sí" al Burger King porque hacía semanas que no comían allí.

Yo las escuchaba desde el asiento delantero, sonriendo mientras Ernesto conducía. Cada vez que lo miraba, tenía esa expresión de paciencia infinita que solo alguien acostumbrado a tratar con niñas de siete años podía tener.

—No sabía que fueran capaces de respirar entre frase y frase —bromeó él cuando Mariana y Lola se enzarzaron en una discusión sobre qué color era más bonito para las carpetas.

—Eso lo aprenden en el cole —contesté riéndome—. Supongo que lo enseñan en la misma clase donde aprenden a hablar todas a la vez.

El tráfico era tranquilo y, a pesar del cielo encapotado, se respiraba una sensación de alegría sencilla, de esas que se agradecían en pleno invierno. Al llegar al centro comercial, las niñas se bajaron del coche como si estuvieran a punto de entrar en Disney.

—Vale, chicas —dije, intentando poner un poco de orden—, primero vamos a las tiendas, y luego comemos. ¿Hecho?

—¡Hecho! —respondieron las tres a coro, aunque no estaba del todo convencida de que fueran a cumplirlo.

Entrar en el centro comercial fue como adentrarse en otro mundo: luces, música, escaparates llenos de colores, el murmullo constante de la gente y ese olor inconfundible a café y bollería recién hecha.

—Vamos primero a por ropa —propuso Ernesto—, que luego con la comida seguro que no hay quien las pare.

Y tenía razón.

En la tienda de niños, Mariana y Lola se probaron gorros, bufandas, camisetas con dibujos y hasta vestidos que no pensaban usar hasta la primavera. Sandra, que tenía el gusto más definido, eligió unos vaqueros y una sudadera con lentejuelas que le quedaban genial.

—Mira, mamá —dijo Lola saliendo del probador—. ¿A que parezco mayor?

—Sí, pero no te emociones tanto —contesté, riendo—. Todavía te quedan muchos años para eso.

—Yo también quiero parecer mayor —replicó Mariana, haciendo una mueca divertida.

—No, tú no crezcas tan rápido —le dije, y la abracé por los hombros—. Quédate así un poquito más, ¿vale?

Ernesto nos miraba desde el otro lado con una sonrisa tranquila, mientras sostenía las bolsas.

—Lo que te decía, papá —gritó Lola desde el probador—, ¡mamá siempre tiene razón!

Varias personas que pasaban cerca se giraron al escucharla, y yo no pude evitar reírme. Ernesto me guiñó un ojo, con esa expresión que decía “¿Ves lo que has hecho?”.

—Ya verás —susurró—, al final las tres acabarán llamándote mamá.

—Tú no les des ideas —le respondí, pero no pude esconder la sonrisa.

Después de la tienda de ropa, pasamos por la librería. Las niñas se quedaron embobadas con los estantes llenos de cuentos y cuadernos de colorear. Mariana eligió uno sobre animales del mar, Lola uno de princesas, y Sandra un cómic de aventuras.

—Esto es mejor que cualquier juguete —dije, hojeando un libro mientras Ernesto asentía.

—Sí, pero no se lo digas muy alto, que aún falta pasar por la juguetería.

Y así fue. Media hora después, teníamos una bolsa con pinturas, un par de juegos de mesa y una caja enorme de piezas de construcción que insistieron en que "era para todos".

A la hora de comer, como era de esperar, las tres coincidieron en que solo había un sitio posible: el Burger King.

El local estaba lleno, con el olor a patatas fritas y hamburguesas recién hechas flotando en el aire. Conseguimos una mesa junto a la zona de juegos, lo que fue un milagro. Las niñas comieron entre risas, y apenas terminaron las patatas, salieron corriendo a los toboganes.

Me quedé mirando cómo se perdían entre las risas de otros niños.

—Están felices —dije, apoyando la barbilla en la mano.

—Sí —respondió Ernesto—. Y tú también.

Le miré, con una sonrisa tranquila.

—Supongo que sí. A veces me cuesta creer que después de todo estemos aquí, así… juntos.

Él bebió un sorbo de refresco y me sostuvo la mirada.

—Yo no tengo ninguna duda, Lucía. Si me hubieran dicho hace unos años que acabaría contigo, no me lo habría creído, pero… siempre lo supe, en el fondo. Que algún día tú y yo… —sonrió—. No sé, que había algo inevitable en todo esto.

—Vaya, qué romántico te has levantado hoy —bromeé, aunque sentí el calor subirme a las mejillas.

—No, en serio. Siempre tuve claro que algún día sería contigo. Aunque la vida nos llevara por caminos distintos, sabía que volveríamos a cruzarnos.

Aparté la mirada un instante, intentando ordenar lo que sentía.

—Bueno, el tiempo dirá si es así o no —dije, con una sonrisa tímida.

—El tiempo ya lo ha dicho, Lucía. Míranos. Aquí estamos.

Sus palabras me tocaron más de lo que esperaba. Bajé la vista hacia las manos, pero Ernesto me cogió una de ellas y la apretó con ternura.

—Te lo digo en serio. No me imagino a nadie más que tú en mi vida. Ni a nadie más cuidando de Lola, ni riendo conmigo en los desayunos, ni acompañándome cuando todo parece ir cuesta arriba.

—Eres un caso —susurré, intentando no emocionarme—. A veces pienso que la vida se ha reído un poco de nosotros, ¿sabes?

—Tal vez —dijo él—. Pero me gusta pensar que se rio para bien.

Nos quedamos en silencio un momento, mirando a las niñas reírse en el parque. Y no pude evitar pensar en Julia. En lo que había dicho. En la forma en que la rabia podía transformar a una persona.

Ernesto me miró y frunció el ceño.

—¿Qué piensas? —preguntó.

—Nada… —Mentí al principio, pero luego suspiré—. Estaba pensando en mi ex. En cómo es posible que haya pasado tanto tiempo y todavía siga sin entender lo que tiene delante.

—Hace semanas que no llama, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No, no la llama. Pero, ¿sabes qué? Estoy en paz. Creo que nos hizo un favor. Me quitó un peso de encima.

Ernesto me acarició la mano.

—Él se lo pierde —dijo, refiriéndose a mi ex—. Ha dejado escapar a una mujer increíble y a una niña maravillosa.

Sonreí, con un nudo dulce en la garganta.

—Gracias.

—Y no lo digo por quedar bien —añadió—. Mariana es un cielo. Y, si te soy sincero, me hace ilusión cuando me mira y me llama "papá".

Reí suavemente.

—Pues te diré un secreto: ella piensa que eres un buen papá.

Él se quedó callado un segundo, con una expresión tierna que pocas veces mostraba.

—Y yo estoy encantado de serlo —dijo al fin—. Tanto como de que tú seas la madre de mi hija.

El silencio que siguió fue de esos que no pesaban. Nos miramos, y antes de pensarlo, nuestros labios se encontraron en un beso suave, lleno de calma. No fue un beso apresurado ni escondido, sino uno de esos que decían más que cualquier palabra.

Cuando nos separamos, las tres niñas nos estaban mirando desde la zona de juegos, con sus sonrisas pícaras.

—¡Se están besando! —gritó Lola, y todas empezaron a reír.

Ernesto y yo también reímos, sin poder evitarlo.

—Anda, venid, que nos toca el postre —dije para cambiar de tema, aún riendo.

Después de comer, dimos un paseo por las tiendas de juguetes y terminamos en un pequeño taller de manualidades donde los niños podían crear cosas personalizadas. Las niñas se pusieron manos a la obra enseguida: pinturas, purpurina, trozos de tela, pegamento por todas partes.

Mientras tanto, Ernesto y yo aprovechamos para sentarnos en una esquina con un café.

—Míralas —dije observándolas—. Si les das una caja de colores y un poco de música, son felices.

—Ojalá todo fuera siempre así de sencillo —comentó.

—Sí… —respondí—. Pero supongo que esos momentos son los que dan sentido a los complicados.

Cuando terminaron, las tres aparecieron con sus "obras maestras": cuadros decorados con nuestros nombres, corazones, estrellas y purpurina a raudales. Y también para Lorena y Jorge, que lo había hecho Sandra.

—¡Para vosotros! —dijeron Mariana y Lola al unísono, entregándonos sus manualidades.

Fue imposible no emocionarse.

—Esto vale más que cualquier regalo —susurré, abrazándolas.

El camino de vuelta a casa fue tranquilo. El sol empezaba a esconderse y las tres niñas se quedaron dormidas en el asiento trasero, abrazadas a sus nuevas cosas.

Esa noche, ya en casa, preparamos unos sándwiches mixtos con patatas y nos sentamos los cinco a ver una película de Disney.

Entre risas, migas y canciones, el día terminó como había empezado: con la sensación de que todo, por fin, encajaba.

Y cuando apagué la luz del salón y miré a Ernesto dormido en el sofá, con las niñas a su alrededor, pensé que quizá la felicidad no necesitaba grandes

promesas. A veces bastaba con un sábado así.

Capítulo 21



El sol del domingo se filtraba tímido entre las cortinas del salón. La casa olía a café, a tostadas y a ese silencio tranquilo que solo existía los fines de semana, cuando nadie tenía prisa por salir corriendo a ningún sitio.

Mariana fue la primera en despertarse. O, mejor dicho, la primera en dejarlo claro, porque su voz resonó desde el pasillo como una alarma humana.

—¡Mamá, Lola me ha quitado el cojín!

—¡Mentira! —se oyó la respuesta, seguida de risas.

Suspiré, aunque con una sonrisa inevitable. A mi lado, Ernesto se movió entre las sábanas y murmuró:

—¿Eso ha sido un sueño o realmente hay guerra civil en el pasillo?

—Guerra civil —contesté entre risas—. Y me temo que va en aumento.

—Pues habrá que intervenir antes de que se declaren la independencia —bromeó, sentándose.

No tardamos en encontrarnos con las tres en el salón: Mariana y Lola discutiendo por el mando de la tele, y Sandra observando la escena desde el sofá con cara de “yo no me meto”.

—Buenos días, tropa —dijo Ernesto, entrando con aire de autoridad—. ¿Qué pasa aquí?

—Que Lola me ha quitado el cojín —repitió Mariana.

—Porque tú me quitaste el mando —respondió Lola, cruzándose de brazos.

—¡Ya está bien! —dijo Ernesto en tono teatral, poniéndose las manos en la cintura—. Propongo que resolvamos esto con una medida justa y democrática.

—¿Cuál? —preguntó Sandra, divertida.

—Una guerra de cosquillas.

Las tres gritaron al unísono, y en cuestión de segundos, el salón se convirtió en una batalla campal de risas, almohadas y cosquillas. Yo intenté mantenerme al margen, pero no tardaron en atraparme también.

—¡Mamá, ayúdame! —decía Mariana entre carcajadas.

—¡No, mamá, ven conmigo! —respondía Lola.

Ernesto se acercó con una sonrisa pícara y me rodeó por detrás.

—Creo que tú también necesitas un poco de justicia democrática —susurró antes de empezar a hacerme cosquillas.

Las niñas chillaban de risa al vernos, y el salón se llenó de esa mezcla de alegría y desorden que hacía tiempo no sentía tan mía.

Cuando por fin conseguimos calmarnos, todos terminamos tirados sobre la alfombra, jadeando de tanto reír.

—Creo que he perdido años de vida —dijo Ernesto, con la cabeza apoyada en un cojín.

—Y yo aire en los pulmones —añadí, riendo todavía.

—Propongo desayuno extra para reponer fuerzas —anunció Sandra.

—¿Y si en lugar de desayuno hacemos algo más divertido? —dijo Lola, incorporándose—. ¡Un bizcocho de chocolate!

Las tres se miraron con ojos brillantes.

—¡Síííííííí! —gritaron al unísono.

—Bueno… —dije mirando a Ernesto—, con tal de que prometan no destrozar la cocina, me apunto.

—Prometido —dijeron las tres a coro.

Mentían. Lo sabía. Pero me daba igual.

Nos pusimos manos a la obra. Mientras Ernesto y yo sacábamos los ingredientes, ellas discutían sobre quién rompería los huevos, quién removería la mezcla y quién echaría el cacao.

—Vale, chicas, organización —dije intentando mantener el orden—. Mariana, tú te encargas de los huevos. Lola, del azúcar. Sandra, de la harina.

—¿Y tú y papá qué hacéis? —preguntó Lola.

—Supervisar —dijo él muy serio.

—¡Eso no vale! —protestó Mariana—. Vosotros también tenéis que ayudar.

—Está bien, está bien —respondí—. Yo vigilo el horno.

—Y yo pruebo la mezcla —añadió Ernesto con una sonrisa traviesa.

Las tres niñas soltaron una carcajada.

—¡Eso no es justo! —gritó Lola—. ¡Nosotras también queremos probarla!

Al final, todos terminamos con harina en la cara y chocolate en los dedos.

—Creo que el cacao se multiplicó —dijo Ernesto, mirando el desastre sobre la encimera.

—Eso o tenemos un fantasma goloso en casa —respondí.

—No, mamá, es que Lola ha estornudado cuando echaba el cacao —dijo Mariana, riéndose.

—¡Eh, no es verdad! —se defendió Lola, con la nariz manchada de chocolate.

Sandra, por su parte, aprovechó el caos para hacer una "firma artística" con harina en la puerta del horno: un corazón enorme con la palabra *FAMILIA* escrita dentro.

Me quedé mirándolo unos segundos. No pude evitar sentir un nudo en la garganta.

—Qué bonito, cariño —le dije, acariciándole el pelo.

—Es que somos una familia, ¿no? —dijo ella con naturalidad.

Ernesto me miró entonces y asintió despacio, con esa sonrisa suya que decía más que cualquier palabra. Porque Sandra no era hija de ninguno, pero sí de nuestros amigos, por lo que era como una sobrina para nosotros.

El bizcocho, milagrosamente, salió perfecto. Esponjoso, húmedo y con un olor a chocolate que llenó toda la casa.

—Halaaaa, ¡qué bien huele! —dijo Mariana, acercándose al horno.

—Cuidado, que quema —le advertí, riendo.

Lo dejamos enfriar en la encimera mientras preparábamos la mesa del desayuno: leche, zumos, algunas galletas y el bizcocho cortado en porciones generosas.

—Vale, atención —dijo Ernesto en tono solemne—. Dado el esfuerzo, declaro oficialmente inaugurada la "Primera Cata del Bizcocho Supremo de

las Tres Pequeñas Chefs”.

Las niñas estallaron en aplausos y se sentaron de inmediato. El primer bocado fue un éxito rotundo.

—¡Está riquísimo! —gritó Sandra con la boca llena.

—¡Y sabe a amor! —añadió Lola, con dramatismo.

—Y a cacao —remató Mariana.

Reímos todos, y Ernesto levantó su taza de café como si fuera una copa de champán.

—Por este domingo —brindó—. Por el mejor equipo del mundo.

—¡Y por el bizcocho! —gritaron las tres.

El resto de la mañana pasó entre juegos y risas. Jugamos al *“Quién soy”*, hicimos una torre de cojines en el salón y terminamos con un karaoke improvisado con canciones de Disney. Ernesto desafinaba a propósito para hacer reír a las niñas, y ellas no paraban de pedir “otra más”.

Yo las observaba, riéndome, pero también con el corazón lleno. Aquella casa, que durante tanto tiempo había sido un refugio silencioso, ahora estaba viva.

De comer preparamos unas tortillas de patatas bien grandes y generosas que acompañamos con Nuggets de pollo, y es que a esas tres torbellinos les encantaban.

Por la tarde, cuando empezó a anochecer y las luces del salón se reflejaban en los cristales, las tres niñas se acurrucaron bajo una manta viendo una peli mientras Ernesto y yo recogíamos la cocina.

—Ha sido un buen fin de semana —dijo él, guardando los platos.

—Uno de los mejores —respondí.

Se acercó por detrás y me rodeó con los brazos.

—Y pensar que hace unos meses todo era un lío —murmuró contra mi cuello.

—Sí… pero mira ahora. No está tan mal, ¿eh?

—No. Está perfecto.

Sonreí y apoyé la cabeza en su pecho. Desde el sofá llegaban las risas bajitas de las niñas, el murmullo de la tele, el olor del bizcocho todavía flotando en el aire.

Era domingo, y no necesitaba nada más.

El lunes amaneció frío y gris, como si el cielo todavía se estuviera desperezando después del fin de semana. Mariana fue la primera en abrir los ojos, como siempre, con esa energía que parecía inagotable. Me giré hacia Ernesto y le di un beso en la mejilla.

—Buenos días, dormilón —susurré.

—Buenos días, preciosa —contestó él, con los ojos aún medio cerrados.

Me levanté y, después de asearme, fui a preparar el desayuno. Ernesto se unió a mí unos minutos más tarde y, cuando le vi vestido con el traje que solía llevar en días que tenían alguna reunión importante, no pude evitar sentir un aleteo de mariposas en el estómago. Estaba claro que ese hombre se veía guapísimo con lo que se pusiera, pero es que esta mañana se salía de guapo.

Las niñas aparecieron poco después, y el salón pronto se llenó de la mezcla habitual de voces, risas y pasos apresurados. Estábamos todavía un poco cansados del fin de semana, pero la alegría de tenerlas en casa nos mantenía activos.

—¡Mamá! —gritó Lola desde la cocina—. ¡Mariana me ha robado la cuchara de chocolate!

—¡Mentira! —contestó Mariana, fingiendo indignación.

Ernesto y yo nos miramos y nos echamos a reír. Después de tantos domingos llenos de caos y diversión, estas pequeñas disputas nos parecían casi entrañables.

—Bueno, parece que necesitamos un plan estratégico para el desayuno —dijo Ernesto—. ¿Qué propones, comandante Lucía?

—¡Rondas de chocolate! —grité, dejando que las niñas me miraran con ojos brillantes—. Cada una tendrá su turno, y nada de robarse las cucharas.

La mañana continuó con risas y bromas. Mientras preparábamos tostadas y leche con cacao, las niñas empezaron a hablar de la semana que les esperaba en el cole.

—Mamá, el viernes tenemos excursión —dijo Mariana, con los ojos brillantes—. ¿Te vas a venir?

—No, cariño, pero Ernesto y yo estaremos deseando que nos contéis todo —respondí, mientras le daba un beso en la frente.

Terminamos de desayunar y ayudamos a las niñas a abrigarse. Bufandas, gorros, guantes y botas; parecía que nos preparábamos para una expedición al Polo Norte más que para ir al cole.

—¿Listas, pequeñas exploradoras? —pregunté, poniéndome la bufanda.

—¡Sí! —gritaron las tres, y Sandra me dio un abrazo rápido antes de subirse al coche con nosotros.

El camino al cole estuvo lleno de bromas y carreras improvisadas entre las niñas en los asientos traseros. Se reían de cualquier tontería: un perro que pasaba por la acera, un cartel de colores, incluso de un semáforo que tardaba en ponerse verde.

—¡Mamá, mamá! —gritaba Mariana, señalando un árbol—. ¡Mira, parece un monstruo!

—Pues ese monstruo necesita abrazos —dijo Lola, y ambas estallaron en carcajadas.

Ernesto y yo nos mirábamos desde el asiento delantero, sonriendo ante la felicidad simple y contagiosa de las niñas.

Al llegar al cole, el ritual de despedida fue tan cálido como siempre. Besos, abrazos, risas y más besos. Mariana y Lola me llamaban “mamá”, y yo sonreía, sintiendo que aquel pequeño momento era tan perfecto que me gustaría congelarlo para siempre. Incluso algunas mamás nos miraban con complicidad, sonriendo al escuchar a Lola llamarme así.

—¡Nos vemos luego! —gritaron las niñas mientras corrían hacia la puerta del cole.

—Que paséis un buen día —dije, con una sonrisa que no podía borrar de mi rostro.

—Chicas, portaros bien y aprended mucho —añadió Ernesto, levantando la mano en señal de despedida.

Cuando nos quedamos solos, respiré hondo y miré a Ernesto.

—¿Sabes? —dije—. Nunca pensé que me sentiría tan… en paz con todo esto.

—Lo sé —dijo él, cogiendo mi mano—. Yo tampoco. Pero aquí estamos, y creo que esto es solo el principio.

Y mientras nos tomábamos un café antes de que él se fuera para la fábrica, hablamos de lo que queríamos para el futuro: vacaciones, cenas en familia, pequeñas aventuras, pero también momentos tranquilos solo para nosotros. Ernesto me dijo que se veía conmigo y con nadie más. Sonreí, sonrojándome ligeramente, y respondí:

—El tiempo dirá si es así.

—No tengo dudas —dijo, con esa seguridad que siempre me tranquilizaba —. Siempre tuve claro que algún día serías mía, y aquí estamos.

Nos quedamos en silencio un momento, contemplando la calle a través del ventanal de la cafetería, observando a la gente ir de un lado para el otro.

Al ver la calle tan tranquila, por un instante me sentí agradecida por cada paso que nos había traído hasta allí. Con sus pequeñas dudas y miedos, con sus historias complicadas, todo había valido la pena.

Capítulo 22



Los primeros días de febrero se habían colado sin hacer demasiado ruido, trayendo consigo mañanas frías y una luz que apenas conseguía colarse por las cortinas de la cocina. Mariana y Lola ya estaban despiertas, como siempre, y la casa empezaba a llenarse del bullicio habitual de nuestras mañanas: risas, pasos apresurados y el olor del café recién hecho.

—¡Mamá, mamá! —gritó Mariana desde la mesa—. ¡Hoy he conseguido hacerme la coleta yo sola!

—¡Bravo, campeona! —contesté, mientras acariciaba su cabello con ternura.

Aunque la coleta era más bien un nido de pájaros.

—¡Yo también! —intervino Lola, señalando la suya.

—Muy bien, pero… Os las voy a hacer bien, que os habéis dejado algunos pelillos sueltos —sonríe, y ambas asintieron.

Ernesto se reía desde el otro lado de la mesa, con una sonrisa que iluminaba la cocina.

—Creo que tengo dos pequeños prodigios en casa —dijo, tomando un sorbo de café—. Solo falta que se pongan a hacer la compra y cocinar también.

El momento se llenó de carcajadas mientras las niñas competían por quién untaba más mermelada en su tostada, dejando el pan casi irreconocible bajo la capa de dulce. Entre risas y bromas, nos levantamos de la mesa y nos preparamos para ir a casa de Sandra, como cada mañana.

—Vamos, chicas, que nos espera un día de aprendizaje intenso —dije, guiñando un ojo a Mariana y Lola.

Al llegar, Lorena nos abrió la puerta con una expresión algo preocupada.

—Hola, Lucía… —comenzó, y luego suspiró—. Sandra no va a ir al cole hoy… ha pasado mala noche, tiene fiebre. La voy a llevar al médico.

—Vaya, pobrecita… —dije, preocupada—. Cualquier cosa que necesites, ya sabes, dímelo.

—Gracias, Lucía —respondió, sonriendo agradecida—. De verdad.

El camino hacia el cole se volvió un poco más tranquilo, aunque las niñas, siempre llenas de energía, comenzaron a hablar animadamente de ir a ver a Sandra por la tarde.

—Mamá, ¿podemos ir a ver a Sandra un ratito después del cole? —preguntó Mariana, con los ojos brillantes.

—Claro, cariño —respondí—. Solo un ratito para que la veáis y luego volvemos a casa.

—¡Sí! —exclamó Lola, dándose la mano con su hermana—. Así podremos contarle todo lo que hicimos el fin de semana.

Llegamos al cole y las despedidas fueron como siempre: abrazos, besos, risas. Mariana y Lola me llamaban “mamá”, y yo sentía que mi corazón se llenaba de calidez.

—¡Que paséis un buen día! —dije, viendo cómo corrían hacia la puerta del cole—. Y portaros bien, pequeñas exploradoras.

—¡Sí, mamá! —gritaron al unísono.

Decidí aprovechar para pasar a por el pan y al mercado. Iba a preparar pescado para la comida, algo sencillo y rico que nos gustara a todos. Sin embargo, al salir de la panadería y girar la esquina, lo vi.

Ernesto estaba en una cafetería, sentado muy cerca de una mujer, riendo, hablando animadamente. Fruncí el ceño sin poder evitarlo: a esa hora debería estar en la fábrica. Intenté respirar hondo y pensar que quizás no significaba nada, pero el nudo en el estómago no desaparecía.

Cogí el teléfono y lo llamé. Al instante, se levantó de la mesa y caminó hacia lo que seguramente eran los baños.

—Hola, mi vida —me saludó con una sonrisa que, por alguna razón, me resultó extraña.

—No quiero entretenerte, seguro que estás ocupado —dije, tratando de mantener la calma.

—Estoy a punto de entrar a una reunión con mi hermano en la fábrica —contestó él.

Cerré los ojos por un instante. Aquella era la primera mentira; lo sentí en el pecho.

—Solo quería saber si te parece bien que haga pescado para comer —añadí, intentando sonar tranquila.

—Perfecto —dijo, y luego añadió, como siempre, sin levantar sospechas —. Te quiero.

Colgué y sentí las lágrimas acercarse, mientras mis ojos regresaban a la cafetería. Allí estaba él de nuevo, tocando la espalda de la mujer, que sonreía al mirarle. Observé cómo la mujer lo miraba como lo haría alguien ilusionado, como si hubiera algo más que amistad entre ellos. Permanecí allí unos minutos, sintiendo que el mundo se tambaleaba, y finalmente volví a casa.

La mañana transcurrió entre limpiar, organizar y cocinar, mientras mi mente no dejaba de dar vueltas a lo que había visto. Entonces recibí su

mensaje suyo diciendo que pasaría a recoger a las niñas. Le contesté explicando que Sandra no había ido al cole porque estaba malita, y que solo tenía que recoger a Mariana y Lola.

Poco después, Ernesto llegó con su habitual sonrisa y abrazos, besando a las niñas y a mí como si todo fuera normal. Pero no lo era. Lo que había visto no podía ser solo una casualidad, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí insegura. Tal vez, solo tal vez, Julia tenía razón.

Después del café le dije que iba con las niñas a casa de Lorena para que vieran un ratito a Sandra y dijo que aprovecharía para ir a su casa a por el correo y ver que todo estaba bien. Y podría creerle porque eso era lo que hacía desde que se habían instalado en mi casa, pero la duda de que fuera allí para verse con la mujer de la cafetería pasó por mi mente.

Al salir de casa con Mariana y Lola, sentí cómo la brisa fría de febrero nos acariciaba la cara. Las niñas charlaban sin parar sobre cómo encontrarían a Sandra y lo que le llevaban para animarla. Su entusiasmo era contagioso, y por un momento olvidé la inquietud que me había dejado la imagen de Ernesto en la cafetería.

—Mamá, le llevamos los deberes —dijo Mariana—. Así no se atrasa.

—Sí, y unos dibujitos que hemos hecho —añadió Lola, emocionada—. Seguro que le alegran el día.

Cuando llegamos, la puerta se abrió y allí estaba Sandra, pálida, con los ojos un poco vidriosos por la fiebre, pero esbozando una sonrisa al vernos.

—¡Hola, chicas! —susurró, débil pero feliz—. Qué alegría veros.

—Te traemos los deberes y dibujitos —dijo Mariana, abrazándola con fuerza—. ¡Y nos quedamos un ratito!

—Qué bien —respondió Sandra, apoyándose en mí para mantenerse en pie —. Gracias por venir.

Entramos en la casa, y mientras las niñas la distrajeron con risas y juegos, Lorena nos sirvió café y unas pastas. Se sentó frente a mí, mirándome con

curiosidad.

—Lucía, ¿qué te pasa? —preguntó con suavidad—. Te noto distante.

Suspiré y, tras un momento, le conté lo que había visto aquella mañana en la cafetería.

—No quiero pensar mal… pero… —dije, temiendo sonar paranoica—. Es que… me dio la impresión de que estaba con otra mujer. Y luego… pensé en Julia.

Lorena frunció el ceño, pero luego suspiró.

—No le des importancia, Lucía —dijo—. Julia es una mete mierda que solo quiere veros mal. No quiere veros felices.

—Tal vez tengas razón —admití, aunque la duda seguía ahí—. Pero no puedo evitarlo.

Entonces Lorena bajó un poco la voz y, como si estuviera revelándome un secreto largamente guardado, comenzó a contarme algo que nunca hubiera imaginado.

—Lucía… te voy a contar algo que nunca creí que contaría. Siempre supe por Jorge que Ernesto te quería a ti, no a Julia. Para todos estaba claro que quería algo contigo, pero tú solo lo veías como amigo. Lo que pasó con Julia fue una oportunidad que ella aprovechó una noche que él bebió demasiado, y… se liaron.

Me quedé helada. Nunca había escuchado eso, y algo en mi interior tembló.

—Después de esa noche —continuó Lorena—, siguieron viéndose y tonteando, aunque él nunca parecía querer acabar con ella. Poco después supo que estaba embarazada, y él no iba a dejarla tirada. Ahí formalizaron la relación, aunque lo del embarazo nadie lo supo porque Julia tenía dieciocho años y querían esperar un poco. Solo los padres de ambos lo sabían. Pero luego lo perdió de manera natural… aunque la madre de Ernesto siempre pensó que Julia mintió para que él se olvidara de ti.

—No entiendo nada —susurré, intentando asimilar todo—. Entonces… ¿Julia…?

—Sí —dijo Lorena, con una media sonrisa—. Cuando elegiste al gallego y te marchaste, Julia se quedó hasta aliviada, porque ya no corría peligro de que Ernesto quisiera dejarla si surgía algo contigo.

Me quedé callada, pensando en todo lo que eso cambiaba en mi perspectiva.

—Entonces… —pregunté con voz temblorosa—, ¿por qué se encaprichó de Toño?

—Ni yo lo entiendo —dijo Lorena, suspirando—. Con lo buen hombre que siempre fue Ernesto… Pero está claro que para Toño no fue más que unos pocos polvos y nada más.

—Así que… no debo creer ni una palabra de lo que dice Julia —dije, sintiendo cómo un peso se aligeraba en mi pecho.

—Exactamente —afirmó Lorena, con firmeza—. Ernesto te quiere a ti, Lucía. No dejes que las palabras de esa mujer envenenen lo que tenéis.

Durante un rato, las niñas se dedicaron a distraer a Sandra con juegos y dibujos, y pude ver cómo su amiga se iba animando poco a poco, olvidando la fiebre por un momento. Sonreí, sintiendo un calor agradable en el corazón.

Al volver a casa con Mariana y Lola, lo primero que vi fue a Ernesto en la cocina, preparando la cena. La escena cotidiana, la normalidad de su presencia, me hizo recordar las palabras de Lorena: tenía que dejar de pensar en Julia. Todo lo demás eran sombras que no merecían espacio en nuestra vida.

Sonreí, me acerqué a él y, por un instante, todo parecía encajar de nuevo, como si los problemas no hubieran existido jamás. Lorena tenía razón: no necesitaba más pruebas que la mirada y la sinceridad de quien amaba para confiar.

—¿Cómo está Sandra? —me preguntó mientras poníamos la mesa.

—Mejor de lo que pensaba, pero se le nota que la fiebre la tiene sin fuerzas. Aunque nuestras niñas le han alegrado la tarde —sonreí.

—Veremos cuánto tardan en cogerlo ellas, porque ya sabes que si hay un niño enfermo, el resto van de seguido.

—Lo sé, pero estaremos preparados.

—Papá, quiero un poquito de jamón —dijo Mariana.

—Ahora mismo lo corto, preciosa.

Eso era lo bueno de que Ernesto y su hermano tuvieran una fábrica de embutidos, que nunca nos faltaba un buen jamón, ni otros productos.

Después de la cena, las niñas se bañaron, se pusieron el pijama y se metieron en la cama, donde no tardaron en quedarse dormidas. Y mientras Ernesto y yo nos poníamos el pijama, notaba que mi chico me miraba con esos ojos cargados de deseo que ya tan bien conocía.

—No me mires como si fueras el lobo a punto de comerme —dije entre risas.

—No, a punto no, que te voy a comer enterita, que te quede claro —contestó, y ni tiempo me dio a meterme en la cama cuando me atrajo hacia él para besarme de ese modo que erizaba de pies a cabeza.

Y pensar que había creído en esas palabras envenenadas de Julia cuando el hombre que me besaba lo hacía con un amor y un deseo que ni siquiera mi ex había mostrado…

Capítulo 23



Aquel día desperté con una sensación de alegría en el pecho que no se apagaba, como si el mundo entero hubiera decidido sonreír con nosotros.

Era el último día de colegio antes de las vacaciones de carnaval, y Mariana, Lola y Sandra iban a ir disfrazadas de princesas, pero no de princesas cualquiera: queríamos que fueran valientes, decididas, heroínas de verdad.

Después de darle vueltas, escogimos tres que encajaran con sus personalidades: Mulan, Mérida y Elsa. Cada una a su manera representaba coraje y determinación, y además eran perfectas para que las niñas se sintieran fuertes y únicas.

Mariana estaba encantada con su disfraz de Mulan, con su túnica verde y azul, y la pequeña espada de juguete que le colgaba del cinturón. Lola había elegido a Mérida, con su vestido azul intenso y su arco y flechas, dejando que su melena rizada cayese con libertad. Y Sandra, por su parte, había decidido ser Elsa, con su vestido azul claro y su capa brillante que brillaba con cada movimiento, mientras sus trenzas rubias le daban un aire majestuoso y decidido.

Desayunábamos todas juntas en la cocina, y entre risas, fotos y bromas, cada instante parecía un pequeño festival de felicidad. Las niñas se peleaban suavemente por la mejor pose para la cámara, posando como verdaderas heroínas. Yo no podía parar de mirarlas y, entre sorbo de café y bocado de un

croissant, me sentí afortunada: verlas felices, tan llenas de energía y fantasía, era un regalo.

—¡Mamá, mira! —dijo Mariana, sosteniendo su espada como si fuera una guerrera de verdad—. ¡Voy a salvar el mundo!

—¡Yo también! —exclamó Lola, apuntando con su arco de juguete—. Nadie se atreve conmigo.

Nos reímos todas, y antes de salir hacia casa de Sandra para recogerla, hice que posaran juntas para una última foto. Sus caras iluminadas, sus disfraces brillando, eran la mejor manera de empezar el día.

Al llegar a casa de Sandra, Lorena nos abrió la puerta con la habitual sonrisa cálida, aunque un poco cansada. Sandra nos recibió saltando y abrazándome a mí primero y luego a las niñas.

—¡Vamos, que no podemos llegar tarde al cole! —dije, recordando que no queríamos perder ni un minuto de diversión.

Caminando hacia el colegio, las niñas charlaban sin parar sobre lo que iban a hacer, a quién verían y cómo protegerían su "castillo" de princesas valientes. Su entusiasmo era contagioso, y por un momento me sentí como una niña más, compartiendo la emoción de la aventura.

Al llegar al colegio, ya había un ambiente festivo. Globos, pancartas y disfraces por todas partes hacían que el patio pareciera un mundo mágico. Y allí estaba Carmen, la madre de Ernesto, con el móvil en la mano, lista para capturar cada instante. No tardó en rodear a las niñas, haciéndoles mil fotos mientras ellas posaban orgullosas con su espada, arco y varita de hielo.

Todo iba perfecto hasta que apareció Julia. Al principio creí que estaba allí solo para ver a su hija, pero enseguida comprendí que iba más allá de un simple saludo. Se abalanzó sobre su niña con un beso apresurado, y la pequeña, con el ceño fruncido, se apartó.

—¡Déjame! —dijo con firmeza—. No quiero.

Julia frunció el ceño, pero insistió, intentando abrazarla de nuevo.

—Cariño, dame un beso, que sabes que yo te quiero muchísimo —replicó, intentando convencerla.

—¡Mentira! —gritó la niña—. No me quieres. Si me quisieras, me llamarías o vendrías a verme.

—Es tu padre el que no me deja verte. Yo se lo he pedido.

—¿Cuándo? ¡Nunca!

—¡Eso no es cierto! —dijo Julia, con los ojos brillando de enfado—. ¡Tu padre es quien te aparta de mí! ¡Soy tu madre y no me dejan verte!

Carmen intervino con calma, pero con autoridad:

—Julia, márchate. No montes un escándalo aquí.

—¡No me importa! —contestó Julia, con un filo peligroso en la voz—. Si tengo que luchar, si tengo que arruinarle la vida a Ernesto, no me temblará el pulso.

—A ti no te interesa tu hija, te interesa el dinero —respondió Carmen con firmeza—. Sé todo lo que quieres; Ernesto me lo ha contado. Sabemos que quieres la manutención y que renunciar a la niña no te importa.

Quedé en shock, sin saber cómo reaccionar. Julia me miró fijamente y se marchó, diciendo con voz amenazante:

Su mirada se fijó en mí, y un escalofrío recorrió mi espalda. La intensidad con la que me miraba era algo que no había sentido nunca: había algo en ella capaz de hacer daño incluso a los que yo más quería.

Carmen se llevó el móvil a la oreja; la escuché saludar a su hijo, para después caminar hacia el colegio y desaparecer por la puerta. Lola se había quedado un poquito alterada, pero entre las niñas y yo conseguimos que se le pasara rápido.

Carmen regresó y me cogió la mano con suavidad.

—Lucía, Ernesto ya sabe lo que ha pasado. Ha pedido expresamente a la profesora y a la directora que, si Julia intenta llevarse a la niña, nadie del colegio se lo permita y nos avisen de inmediato.

—Pero… Julia no era así —dije, con la voz temblorosa—. No sé qué le pasa, pero… no era así. Me da la sensación de que… va a hacer algo más.

Carmen me sonrió con calma y firmeza:

—No te preocupes. Está todo bajo control.

Asentí mientras veía a las niñas jugar felices, posaban para fotos, y trataba de concentrarme en ellas, pero la sensación de amenaza latente de Julia no se iba. No podía evitar pensar en todo lo que había dicho, y aunque Carmen me aseguraba que todo estaba controlado, el miedo se mezclaba con la esperanza de que, a pesar de todo, nuestra vida continuaría tranquila.

Dejé a las niñas en el colegio para que disfrutaran de ese último día antes de unas breves vacaciones y volví a casa para matar el tiempo limpiando y cocinando; quería hacer una lasaña que a las niñas les encantaba.

Poco después, apareció Ernesto sin que lo esperara. Entró con esa calma que siempre lo caracterizaba, aunque noté una tensión ligera en su mirada.

—Hola, mi vida —dijo, acercándose y abrazándome—. He quedado aquí con el abogado para hablar sobre Julia y todo lo que ha pasado con la niña. Quiero que le cuentes todo.

Mi corazón dio un vuelco. Por fin podríamos poner sobre la mesa lo que yo había visto y sentido.

—Perfecto —dije—. Le contaré todo lo que pasó en el colegio.

El abogado de Ernesto llegó unos minutos después, serví café para los tres y nos sentamos en el salón. Le conté paso a paso la escena: el beso de Julia a su hija, las palabras de amenaza, la manera en la que me miró… todo. Ernesto escuchaba en silencio, con los ojos fijos en los míos, apretando suavemente mi mano de vez en cuando.

—Has hecho bien el pedir al colegio que no dejaran que Julia se llevara a la niña, y viendo lo que me contáis, es lo que te habría aconsejado —le dijo el abogado a Ernesto—. Si podemos hacer que la sigan o algo, lo haremos. Necesitamos saber exactamente qué puede estar planeando.

Sentí un alivio enorme y a la vez una mezcla de miedo.

—Haré que Jorge se encargue de lo que haga falta —dijo Ernesto—. Tiene contactos que pueden ayudar.

El abogado se despidió de nosotros diciéndole a Ernesto que le mantuviera al tanto de todo por si debía pedir algún tipo de medida contra Julia, y yo recé para que no se tuviera que llegar a esos extremos.

Cuando nos quedamos solos, Ernesto llamó a Jorge, y en la conversación me di cuenta de lo en serio que se tomaban la situación. Ernesto colgó y me abrazó, acercándose a mí con esa ternura que siempre conseguía derretirme:

—Lucía, te quiero —susurró—. No voy a dejar de sentir lo que siento por ti, pase lo que pase.

Tragué saliva, sintiendo cómo mi corazón se llenaba de amor y de un poco de miedo al mismo tiempo. Era tan intenso, tan real…

—Es que… no quiero volver a pasar por lo que pasé con mi ex. Cambió de la noche a la mañana y no quiero volver a sentirme así. —Mi voz temblaba mientras le miraba, y noté cómo sus ojos se suavizaban.

—No tienes que preocuparte —dijo, besándome suavemente—. Te quiero a ti, y jamás dejaré de hacerlo.

El abrazo se prolongó, y por un momento todo lo demás desapareció: la amenaza de Julia, los problemas, las preocupaciones de las niñas… solo estábamos nosotros. El amor que compartíamos parecía suficiente para mantenernos fuertes, aunque la vida siempre tuviera sus sombras.

—¿Me prometes que me dirás si algún día dejas de sentir lo que sientes por mí antes de que pase algo? —pregunté, buscando seguridad.

—Nunca pasará —respondió—. Esto viene de lejos. Todo lo que hemos vivido, todo lo que hemos pasado, nos ha traído hasta aquí. No puedo imaginar mi vida sin ti.

Nos besamos de nuevo, esta vez un beso más largo, más intenso, dejando que la certeza de nuestros sentimientos nos envolviera.

Después de un rato, Ernesto tuvo que irse a la fábrica, y yo me quedé observando cómo se alejaba, con una mezcla de tranquilidad y preocupación. Sabía que podía confiar en él, que lucharía por nosotras, pero la duda sobre lo que Julia podía intentar siempre estaba ahí, como una sombra que no desaparecía del todo.

Limpié, cociné y recogí a las niñas a la salida del colegio, puesto que Ernesto debía quedarse trabajando un poco más.

Comimos las cuatro en casa, ya que Lorena tenía médico después de comer, y le dije que me quedaba con la niña hasta que volviera sin problema.

Aún seguían llevando sus disfraces y hasta se inventaron su propio cuento para jugar, donde yo era una espectadora de lo más privilegiada.

—¡Lucía, mira! —gritó Lola mientras hacía una voltereta—. Soy la reina de Cádiz.

—¡Y yo protejo el reino con mi espada! —dijo Mariana, levantando la espada de plástico y haciendo un gesto dramático.

Intenté sacar fotos, pero ellas no dejaban de moverse y reír. Cada intento terminaba en un desastre peor que el anterior, pero del que no podíamos dejar de reírnos, con pelucas caídas y capas enredadas.

—¡Eso es trampa! —gritó Lola cuando le quité la corona para colocarla bien en su cabeza—. ¡Lucía, devuélvemela!

—Solo estoy ayudando a que luzcas más real —repliqué, riéndome.

Finalmente, tras una buena dosis de fotos y carcajadas, propuse que hiciéramos algo más tranquilo y creativo. Saqué los materiales para

manualidades que habíamos comprado la semana pasada: cartulinas, pinturas, pegatinas y brillantina.

Las niñas se entusiasmaron y se pusieron manos a la obra. Mariana dibujó un gran castillo con su Mulan defendiendo el reino, Lola hizo un castillo rodeado de guerreras con Mérida liderándolas, y Sandra hizo un castillo de hielo con Elsa y Olaf al lado.

Mientras trabajaban, no pude evitar pensar en lo que Lorena me dijo una vez sobre Julia y lo que Carmen me había dicho esta mañana. Tenían razón, no podía dejar que las palabras de esa mujer me afectaran. Mi prioridad era mi familia, nuestras risas, nuestra vida. Y aunque la sombra de Julia seguía allí, decidí que no iba a arruinar estos momentos.

Al rato, Ernesto me llamó por teléfono, y las niñas corrieron hacia mí para escuchar. Él me preguntó cómo estaba todo, cómo habían ido los disfraces y si nos habíamos divertido.

—Todo genial —le respondí—. Están aquí las tres dibujando de lo más entretenidas.

—Seguro que les quedan unas obras de arte —dijo, con esa voz cálida que siempre me calmaba.

Cuando colgamos, se escuchó un golpe en la puerta: era Carmen, que había venido a dejar algo de ropa y algunos dulces para las niñas. Las abrazó, les hizo mil preguntas sobre los disfraces y las felicitó por sus dibujos, y ellas no dejaban de reír y presumir de sus creaciones.

—Lucía, eres increíble —me susurró Carmen mientras nos despedíamos —. No dejes que Julia os amargue estos momentos.

Asentí, sintiendo que necesitaba recordar cada palabra. Tenía razón: los problemas de fuera no podían empañar nuestra felicidad aquí dentro.

Después de que se marchara, me decidí a preparar algo especial con las niñas: un bizcocho relleno de virutas de chocolate. Sacamos los ingredientes, medimos, mezclamos y, como siempre, la cocina se llenó de harina por todas partes. Mariana se encargaba de batir mientras Lola insistía en probar la masa.

—¡No hagáis trampa! —reí mientras limpiaba un poco de chocolate que había caído en el suelo—. Que no quiero encontraros con la lengua llena de chocolate mientras yo hago el bizcocho.

—¡Es que huele tan bien! —dijo Lola, con la cara llena de expectación.

Risas, manchurrones y alguna que otra pequeña pelea amistosa entre amigas hicieron que el tiempo volara. Cuando el bizcocho finalmente estuvo listo, nos sentamos las cuatro alrededor de la mesa, con el olor del chocolate recién horneado llenando la cocina, y lo probamos mientras comentábamos sus aventuras del día y nos inventábamos historias heroicas para cada princesa.

En medio de todo, sentí un calor en el corazón. A pesar de Julia, de los problemas y de la amenaza que seguía en el aire, estas eran nuestras pequeñas victorias, nuestras risas compartidas. Miré a las niñas y sonreí: estaban felices, valientes, llenas de vida. Y su alegría me recordaba que nada podía romper nuestra familia mientras estuviéramos juntas.

—Lucía, ¡necesitamos un mapa del tesoro! —gritó Mariana desde el salón, señalando la mesa llena de dibujos y pinturas—. ¡Mulan no puede viajar sin él!

—Pues yo preparo los "poderes mágicos" —añadió Sandra, que se había colocado la capa de Elsa y saltaba de un sofá al otro—. ¡Nadie nos va a detener!

Yo sacudí la cabeza, divertida, y me puse a preparar una cena rápida mientras ellas seguían con su juego. Entre risas y comentarios, Mariana preguntó:

—Mamá, ¿y si encontramos un dragón de verdad?

—Entonces Mulan y Mérida lo derrotarán, ¿no? —dije, sonriendo mientras sofreía el tomate para la salsa de la pasta.

—¡Claro! —exclamaron al unísono—. ¡Y Elsa nos ayudará con sus poderes!

Verlas así, felices y sonrientes, y que Lola hubiera olvidado el encuentro con su madre esa mañana, era un pequeño soplo de aire fresco, aunque en el fondo, en lo más profundo de mi ser, sabía que Julia aún no había dicho la última palabra.

Capítulo 24



Esa tarde había decidido aprovechar que las niñas estaban en casa de Sandra para hacer unas compras con calma. No era habitual que tuviera un par de horas para mí sola, y aunque mi intención era desconectar y centrarme en los pequeños recados, no podía evitar que mi mente volviera una y otra vez a lo que había visto semanas atrás.

Mientras caminaba por la calle principal, cargando unas bolsas con fruta, pan y algunos productos para la cena, pasé por la cafetería donde le había visto a él con otra mujer. Y allí estaba Ernesto. Con la misma mujer que había visto aquella otra mañana, tan cerca, tan sonrientes, como si el mundo entero no existiera excepto ellos dos.

Mi corazón se detuvo un instante. La mujer se inclinó hacia él para darle un beso, y él… no reaccionó al principio. Era imposible de explicar, pero parecía ausente, como si su cuerpo estuviera allí y su mente en otra parte. Aquella pausa, aquella falta de respuesta, me paralizó de manera extraña. Se me humedecieron los ojos sin darme cuenta, y una tristeza punzante me atravesó el pecho.

Las lágrimas empezaron a caer por mis mejillas y, sin poder soportarlo, me di media vuelta y me alejé casi corriendo, buscando cualquier excusa para salir de allí antes de que alguien notara mi estado. La bolsa con las compras me pesaba más de lo normal, y mis piernas temblaban al avanzar.

Pasé por la farmacia y, para colmo, allí estaba Julia, apoyada en la pared, fumando un cigarrillo. Al verme, frunció el ceño y preguntó con sorna:

—¿Has visto un fantasma? Te has quedado pálida…

—No, debe ser alergia —respondí, secándome las lágrimas con la manga.

Julia sonrió, con esa seguridad molesta que siempre tenía.

—No es alergia. He visto a Ernesto en la cafetería con esa mujer —dijo, y añadió con un gesto triunfante—. Incluso les hice una foto para enviártela y que vieras de qué clase de hombre estamos hablando. Pero bueno, si ya lo has visto con tus propios ojos, me ahorras la molestia.

Me quedé en silencio, sorprendida y dolida, con un nudo en la garganta.

—¿Por qué disfrutas con esto? —pregunté, intentando mantener la voz firme—. ¿Por qué te molesta tanto que tu ex haya rehecho su vida, como tú pensaste en hacerlo con Toño?

Julia me miró con intensidad, como si todo el dolor del pasado tuviera que estallar de una vez.

—Porque él nunca me quiso de verdad —dijo—. Siempre estuvo enamorado de ti. Incluso cuando follábamos y él había bebido un poco más de la cuenta, cuando aún éramos novios, me llamaba “mi preciosa Lucía”.

Un escalofrío me recorrió al escuchar esas palabras.

—Eso no tiene nada que ver conmigo… —susurré, aunque no pude evitar que esas palabras y lo que significaban me golpeara.

—Claro que tienes la culpa —replicó—. Cada vez que venías al pueblo en verano o en Navidad sola con la niña, sin tu pareja, Ernesto ni me tocaba ni me deseaba. Y eso es culpa tuya.

Me quedé en silencio, incapaz de replicar.

—Ahora convives con un hombre infiel, Lucía —continuó—. Nunca te va a respetar. Porque eso es lo que hace: consigue lo que quiere, se acuesta con quien quiere, y cuando se canse, te dejará tirada.

No pude soportarlo más. Me giré, caminando rápido sin querer escucharla, con lágrimas que todavía me quemaban las mejillas. No quería más reproches, no quería escuchar nada que reforzara mis peores miedos. Me alejé de allí, con la sensación de que mi mundo se tambaleaba de nuevo y de que, de algún modo, estaba atrapada en un ciclo que no quería repetir.

Cuando llegué a casa, la soledad me golpeó de lleno. Las luces cálidas del salón y el aroma de la comida que había preparado esa mañana no lograban calmar el temblor que recorría mi cuerpo. Cerré la puerta tras de mí y apoyé la frente contra ella, respirando hondo, intentando recuperar la compostura, pero las lágrimas seguían cayendo sin control.

Me senté en el sofá, con las bolsas a un lado, y dejé que el llanto saliera libremente. No podía permitir que un hombre volviera a hacerme sentir tan vulnerable, tan expuesta. Sobre todo, por mi hija. Mariana no podía volver a ver cómo su madre sufría por culpa de alguien que no valía la pena. No esta vez. No con Ernesto… ni con nadie más.

Respiré hondo y me obligué a levantarme. Tenía que hacer algo para centrarme. Organicé una bolsa con ropa y algunas cosas para los días que iba a pasar fuera, y mandé un mensaje rápido a Lorena:

Lucía: *Manuel ha tenido un accidente, tengo que ir a Galicia. ¿Podrías encargarte de Mariana hasta que llegue Ernesto? Gracias.*

Enseguida recibí la respuesta de Lorena, tranquila y eficiente:

Lorena: *No te preocupes, Lucía. Yo me encargo de la niña, tú vete tranquila.*

Cogí las llaves del coche y, sin pensarlo demasiado, me puse en marcha. El motor rugió mientras mis pensamientos se agolpaban: el beso que había visto, la cercanía de esa mujer con Ernesto y las palabras punzantes de Julia. Cada recuerdo me dolía, cada imagen parecía arrastrarme hacia un miedo que creía haber superado.

Conduje sin rumbo fijo, dejando que la carretera y el viento en la cara me ayudaran a ordenar la maraña de emociones. Era viernes, y necesitaba estos dos días para pensar, para intentar calmar mi corazón y mi mente. Cada

kilómetro que dejaba atrás era un intento de alejarme de la rabia, de la tristeza y de la traición que creía haber superado hacía meses.

Mi mente no dejaba de dar vueltas a lo que había visto. A ese beso que no había sido casual, a la mujer que se había acercado con una seguridad que me hizo sentir insignificante, y a la certeza de que Julia no se había equivocado. Tal vez Ernesto estaba buscando a otra, y yo… yo no iba a ser la cornuda. No volvería a permitir que otro hombre destruyera mi vida ni la de mi hija.

Mientras conducía, pensé en lo mucho que había cambiado desde mi relación anterior. Había aprendido a cuidarme, a valorar mi paz y mi dignidad. Y aunque el corazón me doliera ahora, sabía que tenía que protegerme. Esta vez no iba a ceder, esta vez no iba a dejar que nadie decidiera mi felicidad por mí.

Respiré hondo, apreté el volante y decidí que estos días serían míos. Para reflexionar, para recordar quién era y para recuperar la fuerza que necesitaba. No permitiría que las sombras del pasado ni los errores de otros nublaran mi presente.

Y mientras la carretera se extendía frente a mí, me juré a mí misma que volvería más fuerte, más segura y con la certeza de que nadie volvería a herirme de esa manera.

El motel estaba casi vacío, apenas unas luces iluminaban el pasillo que conducía a mi habitación. Entré y dejé las bolsas en un rincón, suspirando mientras cerraba la puerta detrás de mí.

El silencio era casi absoluto, solo roto por el leve zumbido del aparato de calefacción. Me senté en el borde de la cama y apoyé la cabeza en las manos. Necesitaba estar sola, respirar y ordenar la maraña de emociones que me habían acompañado toda la tarde.

El cuarto era sencillo, pero suficiente: una cama amplia, un armario pequeño y una mesita con una lámpara que emitía una luz cálida. Me quité los zapatos y me dejé caer sobre la cama, mirando el techo. Cada pensamiento me llevaba al mismo sitio: el beso que había visto entre Ernesto y esa mujer, las palabras de Julia y la sensación de traición que no podía sacudirme.

Y no me había ido muy lejos, esa era la verdad, así que había parado en el primer motel que vi en Sevilla, y ahí estaba.

Justo cuando empezaba a dejar que la mente vagara, el teléfono sonó. Lo miré y vi que era Ernesto. Mi corazón se aceleró, pero no quería sonar débil ni asustada, así que respiré hondo antes de contestar.

—Hola… —dije, tratando de que mi voz sonara tranquila.

—Lucía, ¿por qué no me avisaste? —su voz sonaba tranquila, pero había cierta preocupación en su tono—. Podrías haber ido conmigo, no tienes por qué estar sola.

Mi garganta se cerró un instante. Tenía mil excusas listas, mil verdades a medias que podrían justificar mi comportamiento sin dejarme vulnerable. Finalmente, improvisé:

—Ah… es que… ya sabes… —mi voz tembló un poco, pero me obligué a seguir—. Mi ex no sabe que he rehecho mi vida y tampoco le importa lo que haga, así que, cuanto menos vea y sepa, mejor. Solo voy por cortesía.

Él guardó silencio unos segundos, y luego su tono volvió a ser cálido, cercano.

—Si necesitas algo, dímelo. Voy para Galicia en cuanto me pidas.

Un nudo se formó en mi garganta. Sabía que no podía permitir que él pensara que dependía de él para sentirme segura. Así que respiré hondo y contesté con firmeza, aunque con un dejo de tristeza que no pude evitar:

—No, Ernesto… no te preocupes. Estaré bien. Volveré a más tardar el lunes.

—Está bien… —dijo él, con un leve suspiro en la voz—. Cuídate mucho, ¿vale?

—Lo haré —susurré.

Colgué y me quedé mirando el teléfono, sintiendo un torbellino de emociones. Por un lado, la tranquilidad de saber que él estaba allí, preocupado, y por otro, la confusión y la rabia que me producía todo lo que estaba pasando. Me sentía atrapada entre la desconfianza y el amor que aún no podía negar.

Me recosté en la cama, abrazando una almohada, y dejé que mis pensamientos fluyeran. Recordé la mirada de la mujer con la que había visto a Ernesto, su sonrisa cercana, su gesto de querer besarle. Recordé las palabras de Julia, afiladas como cuchillas, y me pregunté si alguna vez podría dejar de sentir miedo de que la historia se repitiera.

Pero, al mismo tiempo, respiré hondo y me repetí a mí misma que no iba a permitir que nadie, ni Julia, ni esa mujer, ni siquiera mis propios miedos, me destrozara de nuevo. Estaba sola, sí, pero también era más fuerte que cuando dejé Galicia para volver a la que siempre fue mi casa. Tenía tiempo para pensar, para analizar cada detalle, y para decidir cómo quería que siguiera mi vida.

Y mientras la tarde caía fuera de la ventana del motel, con los últimos rayos de sol tiñendo las paredes de un tono naranja, me prometí a mí misma que esta vez no me dejaría arrastrar por los demás. Que iba a enfrentar la verdad, y que lo haría sin perder mi dignidad ni la calma.

Capítulo 25



El sol entraba suavemente por la ventana del motel, filtrándose entre las cortinas y dibujando rayos cálidos sobre la cama. Abrí los ojos con dificultad, todavía adormilada, y me quedé unos segundos respirando hondo, escuchando el silencio de la habitación. Era sábado y la ciudad estaba despertando lentamente. El aire olía a humedad y a pan recién hecho, a algo cotidiano que me reconfortaba y al mismo tiempo me hacía sentir extrañamente sola.

Me levanté despacio, estirando los brazos, y caminé hacia el baño. Me miré en el espejo y vi mis propios ojos, enrojecidos y cansados, reflejo de la mezcla de emociones que llevaba dentro.

El día anterior, con la imagen de Ernesto junto a aquella mujer grabada en mi memoria, me había dejado un dolor que dolía más que cualquier decepción que recordara. Porque no era solo la traición, era el hecho de que yo estaba enamorada de él. Amaba a Ernesto con una intensidad que nunca había sentido por nadie, y ver cómo se acercaba a otra, cómo la miraba, cómo se dejaba besar… me destrozaba por dentro.

Preparé un café en la pequeña mesa del motel, y mientras sorbía un trago caliente, dejé que mis pensamientos vagaran. Recordé aquel paseo por Sevilla que habíamos hecho Mariana y yo junto a Ernesto y Lola después del día de Navidad. La risa de nuestras hijas corriendo por la orilla del río, los dulces que comimos, los pequeños detalles que parecían irrelevantes pero que ahora se sentían como tesoros. Una sonrisa triste se dibujó en mis labios. Sí, yo estaba enamorada de Ernesto, y dolía más de lo que nadie podría imaginar.

Decidí que no podía quedarme en la habitación todo el día consumida por la tristeza. Tenía que salir, respirar aire fresco y reconectar con la ciudad que tanto me había dado y que ahora sentía como un refugio. Me vestí con ropa cómoda, un abrigo ligero, botas que no hacían ruido al andar, y salí a la calle. Sevilla estaba viva aquel sábado: los cafés empezaban a llenarse de risas y conversaciones, el olor del pan recién horneado flotaba en el aire, y los rayos de sol iluminaban los adoquines de las calles como un manto cálido. No tenía pinta de que fuera a llover y lo agradecí.

Caminé sin rumbo fijo, dejando que mis pasos me llevaran por las plazas que conocía, recordando los momentos felices que habíamos pasado allí en familia. Cada calle, cada escaparate, cada cafetería evocaba un recuerdo de aquel día con Ernesto y nuestras hijas. Y aunque la tristeza estaba presente, también sentí un pequeño resquicio de paz. Necesitaba esto: caminar, ver gente, mezclarme con la vida de la ciudad y dejar que el tiempo ayudara a calmar la tormenta en mi interior.

Entré en algunas tiendas, tocando telas, mirando objetos, dejándome llevar por la sensación de normalidad que, hasta cierto punto, me ayudaba a recomponerme. Paré a comer en un restaurante pequeño, frente a una plaza donde los niños corrían y jugaban. Pedí un plato sencillo y me senté a mirar la vida que seguía su curso, intentando no pensar demasiado en lo que había visto ni en las palabras de Julia.

Pero, inevitablemente, mi mente volvía a él. A Ernesto. A cómo me había besado, abrazado, cómo había sido todo tan intenso y real, y al mismo tiempo, cómo esa realidad se había fracturado por lo que había visto.

El dolor era más profundo de lo que podía expresar y, sin embargo, mientras caminaba por la ciudad, sentía que estaba haciendo algo importante por mí misma: recuperar el control de mis emociones, reafirmar que, aunque estuviera enamorada, no iba a perderme en el miedo ni en la traición. Necesitaba sentir Sevilla, sentir la vida, recordar que yo era más que mis miedos y mis dudas, y que tenía derecho a seguir adelante, con fuerza y con dignidad.

Mientras el sol bajaba lentamente y las sombras de los edificios se alargaban, comprendí que aquel paseo no solo era un escape, sino un

momento de claridad. Sabía que el dolor no desaparecía, que el amor seguía ahí y que el hecho de que me doliera tanto significaba que había invertido mi corazón en alguien que realmente me importaba. Y aunque el miedo a perderlo todo otra vez estaba presente, también sentí una chispa de esperanza: si yo podía sostenerme sola un día, podía sostenerme muchos más.

Me senté en un banco frente al río, mirando el reflejo del agua y dejando que la brisa acariciara mi rostro. Cerré los ojos y respiré hondo. Sí, estaba enamorada de Ernesto, y sí, me había dolido como nunca. Pero también estaba viva, estaba aquí, y ese era el primer paso para decidir cómo enfrentar todo lo que venía.

La ciudad había cambiado cuando regresé al motel. Las luces de Sevilla iluminaban los edificios y las calles, reflejándose en los adoquines mojados por un pequeño rocío de la noche. La habitación estaba en silencio, solo acompañada por el suave zumbido del aparato de calefacción. Cerré la puerta tras de mí y dejé la bolsa con las compras sobre la cama. Me senté, cansada, y respiré hondo, dejando que la soledad me envolviera.

Decidí pedir algo sencillo para cenar: un plato de pasta con un poco de salsa y una ensalada. Mientras comía, encendí la televisión y, casi sin pensar, seleccioné una comedia romántica que recordaba haber visto hacía tiempo. Era de esas películas donde, a pesar de todos los obstáculos, el amor siempre triunfaba al final. Me dejé llevar por la historia, sonriendo con las situaciones cómicas, soltando algunas risas suaves y, al mismo tiempo, inevitablemente, comparando todo con mi propia vida.

Cuando la película llegó a su momento culminante, con los protagonistas declarándose su amor y superando todos los obstáculos, no pude contenerme. Las lágrimas comenzaron a deslizarse por mis mejillas, silenciosas y ardientes. Pensé en Ernesto: en su risa, en sus abrazos, en cómo me hacía sentir completa y viva. Pero también recordé la imagen que me atormentaba: aquel beso con otra mujer, su indiferencia al principio, la traición que sentí. La mezcla de amor y dolor me dejó completamente exhausta.

Me levanté para limpiar un poco la mesa y me senté de nuevo, intentando recomponerme. Pero entonces, un dolor agudo e inesperado apareció en mi abdomen. Al principio lo ignoré, pensando que sería solo un malestar

pasajero. Sin embargo, el dolor se intensificó rápidamente, irradiando hacia la espalda, obligándome a doblarme sobre mí misma. Me sentí mareada y fría, y comprendí de inmediato que no podía quedarme sola en la habitación.

Con manos temblorosas cogí el teléfono del motel y pedí una ambulancia. Cada minuto que pasaba parecía eterno; el dolor era constante y creciente. Cuando llegué a urgencias, los médicos me atendieron con rapidez, tomándome constantes, haciendo preguntas y exploraciones. Me sujetaba las manos al borde de la camilla, intentando respirar con calma mientras cada contracción de dolor me recordaba lo frágil que podía ser mi cuerpo ante lo inesperado.

Finalmente, después de unos análisis y un examen que pareció eterno, la doctora me miró con seriedad. Cogió aire y, con voz suave pero firme, me dijo:

—Lucía… estás embarazada.

El mundo se me vino encima. La frase rebotaba en mi cabeza como un eco imposible de ignorar. Estaba embarazada. Yo… embarazada de Ernesto. Me quedé paralizada, incapaz de procesar la noticia. Todo se mezclaba: la felicidad por la vida que crecía dentro de mí, el miedo, el shock de la situación y, sobre todo, la certeza de que nada volvería a ser igual.

Las lágrimas volvieron a caer, pero ahora eran distintas: una mezcla de miedo, incredulidad y algo parecido a esperanza. Cerré los ojos, intentando asimilarlo, mientras la doctora continuaba explicándome los siguientes pasos y los cuidados que debía tener.

Mi mente giraba a mil por hora: ¿cómo se le contaría a Ernesto? ¿Cómo manejaría todo esto con lo de Julia, con mi hija, con la familia de Ernesto? El corazón me latía desbocado, y aunque el dolor físico seguía, ahora había otro peso sobre mí, uno que no podía ignorar ni esconder.

Sentada en aquella camilla, con la noche de Sevilla extendida fuera de la ventana, comprendí que mi vida estaba a punto de cambiar para siempre. Y aunque el miedo era enorme, una parte de mí sentía, incluso entre lágrimas y temores, un atisbo de alegría: había una nueva vida dentro de mí, una prueba

de amor, de esperanza y de que, a pesar de todo, el futuro todavía podía sorprenderme.

Capítulo 26



El domingo amaneció con un cielo claro y una luz suave que se colaba por la ventana del motel. Me senté en la pequeña mesa junto a la cama, con la taza de té humeante entre las manos y un plato con tostadas a medio comer delante de mí. La noche anterior había sido un torbellino de emociones, y aunque había dormido unas horas, el cansancio no lograba apaciguar el remolino que tenía dentro.

El teléfono sonó y vi que era Lorena. Respiré hondo antes de descolgar.

—Hola, Lorena… —dije con la voz temblorosa, intentando sonar tranquila.

—Lucía, ¿cómo estás, cariño? —preguntó con suavidad, percibiendo enseguida mi estado—. ¿Has dormido algo? ¿Y cómo va lo del accidente de tu ex? ¿Es grave?

El corazón me dio un vuelco. Aquello que había parecido una excusa para huir unos días de casa me dolía incluso al mencionarlo. No podía seguir mintiendo, no podía cargar con todo sola. Y en un impulso de rabia y tristeza, las lágrimas comenzaron a brotar de mis ojos.

—Lorena… te mentí —solté, sollozando—. Te mentí… y necesito contarte la verdad.

Ella guardó silencio unos segundos, dejando que mis palabras fluyeran.

—El viernes volví a ver a Ernesto… en la cafetería… con aquella mujer, la misma que hace semanas… Se besaban, Lorena… —Mi voz se desgarró entre lágrimas, y tuve que detenerme un instante para respirar—. Y además… Julia me dijo que también los había visto, que les hizo una foto para enviármela y creyera en lo que me dijo. Y también me contó que Ernesto pensaba en mí aun estando con ella, y eso es lo que la hace ser así, lo que la hace disfrutar con vernos mal y querer que él no sea feliz.

—Lucía… —dijo Lorena con firmeza, pero intentando ser suave—. No deberías haber huido así, cariño. Si necesitabas pensar, podíamos haber organizado un fin de semana de chicas, tú y yo solas. No hace falta que pases por todo esto sola. Y no dudes de Ernesto… Estoy segura de que no es lo que parece.

—No, Lorena —susurré entre lágrimas—. Lo vi, lo juro… se besaban, no hay dudas. Y encima… ahora me entero de que estoy embarazada.

Hubo un silencio del otro lado del teléfono.

—¿Embarazada? —preguntó Lorena, sorprendida—. Lucía, cuando vuelvas a casa hablaremos tranquilamente de todo esto, pero ahora cuídate mucho. No hagas ninguna tontería… y si quieres salir de dudas, habla directamente con Ernesto y dile lo que has visto. Solo así tendrás claridad.

Asentí, aunque ella no podía verme.

—Eso es lo que haré —dije, entre sollozos—. Y si quiere estar con otra, que no piense que voy a estar esperándole en casa.

Colgué y me dejé caer en la silla, notando las lágrimas cayendo sin control. Me llevé las manos al vientre, acariciando suavemente la zona donde crecía aquel pequeño ser que aún no tenía nombre, y sentí un nudo en el estómago. Aquella vida era mía y de nadie más, y, sin embargo, todo a mi alrededor se tambaleaba.

Recordé todo lo vivido con mi ex, la traición, la sensación de estar atrapada en un ciclo que parecía repetirse, y sentí miedo. Miedo por mí, por el bebé que llevaba dentro, por lo que podría pasar si Ernesto realmente estaba jugando con mi corazón. Pero también sentí algo distinto: un instinto

protector, una fuerza que me decía que esta vez no permitiría que nadie me rompiera.

Me quedé allí un largo rato, en silencio, acariciando el vientre, mientras la luz del sol se filtraba por la ventana. Respiré hondo, intentando calmar el temblor que aún recorría mi cuerpo, y me prometí a mí misma que haría todo lo posible por proteger a ese bebé, por no dejarme arrastrar de nuevo por un hombre que pudiera traicionarme.

Era un domingo de incertidumbre, lágrimas y miedo, pero también de decisiones y reflexiones. Y aunque todo dolía más de lo que nadie podría imaginar, sabía que no podía dejar que el miedo decidiera por mí. Tenía que enfrentar la verdad, por mí, por mi hija Mariana y por aquel pequeño que ya vivía dentro de mí.

Me levanté con la sensación de que no podía esperar más. Cada minuto que pasaba en aquel motel, sola con mis pensamientos, hacía que la angustia creciera, mezclada con la emoción de saber que llevaba una nueva vida dentro de mí. Sabía que no podía seguir escondiéndome ni prolongando el sufrimiento. Tenía que enfrentar la realidad, aunque me doliera cada fibra del cuerpo.

Tras desayunar y vestirme con ropa cómoda para salir, cogí el teléfono. Miré la pantalla un momento antes de marcar el número de Ernesto. Mi corazón latía con fuerza, y sentía un nudo que subía desde el estómago hasta la garganta. Finalmente, apreté el botón y escuché su voz al otro lado.

—Hola, mi vida… —dijo Ernesto, con un tono que normalmente me habría calmado—. ¿Todo bien?

—Ernesto… —comencé, intentando mantener la voz firme—. Necesito hablar contigo… necesito que me escuches de verdad.

—Claro, cariño. Dime… —Su tono era tranquilo, pero había algo en su voz que me hizo dudar un instante—. ¿Qué pasa?

Inspiré hondo, y las palabras comenzaron a salir, temblorosas, pero sinceras.

—Te vi, Ernesto… en la cafetería… con esa mujer. Os estabais besando. Y no… no es algo que pueda olvidar o ignorar. Además… estoy embarazada.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Pude escuchar su respiración, más lenta de lo normal, y de repente su voz sonó cargada de sorpresa, pero también de tensión.

—Lucía… —dijo finalmente—. ¿Cómo…? ¿Estás segura?

—Sí —contesté con firmeza, aunque mi garganta dolía de tanto contener las lágrimas—. Y quiero que seas sincero conmigo. No quiero más mentiras, Ernesto. Si hay algo que deba saber… necesito que me lo digas ahora.

—Lucía… —Su voz sonó más profunda, más seria—. Te juro que no pasó nada. Esa mujer… solo fue un malentendido. Estaba hablando con ella y… —Se interrumpió, como si buscara las palabras correctas—. No quiero que dudes de mí. Es una antigua compañera de la Marina; ella siempre tonteaba conmigo, pero sabía que estaba casado y que yo respetaba a mi mujer. Cuando supo que había pedido una excedencia y que además me había divorciado, me llamó para tomar un café; nos hemos visto dos veces y te juro que no hay nada, que ella no significa nada para mí. Me besó ella, sí, y me quedé paralizado, pero la aparté y le dije que no estaba casado, pero como si lo estuviera, porque hay una mujer maravillosa en mi vida.

Sentí cómo una mezcla de alivio y confusión me atravesaba. ¿Era cierto? ¿O solo eran palabras bonitas para calmarme? No podía estar segura.

—Ernesto… —dije con voz firme—. No quiero que esto se vuelva como antes… no quiero sufrir de nuevo, ni que nuestro hijo sufra por dudas o engaños. Necesito tu palabra, tu verdad, y que estés conmigo en esto.

Hubo un silencio pesado, y luego escuché un suspiro largo.

—Lucía… te quiero, y te juro que jamás dejaré que nada ni nadie nos separe. Lo que viste… no significa nada, no hay otra mujer. Lo que siento por ti… viene de lejos y no va a cambiar. Este bebé… nuestra familia… eso es lo que importa.

No pude evitar soltar un sollozo de alivio, pero también de miedo. Sus palabras sonaban sinceras, pero el recuerdo de aquel beso seguía grabado en mi mente, y mi instinto de protección hacia mí y el bebé no me dejaba bajar la guardia.

—Está bien —susurré, todavía con lágrimas en los ojos—. Pero necesito que estemos juntos, que me demuestres cada día que no hay secretos entre nosotros. No quiero volver a sentirme traicionada.

—Lo prometo, Lucía —dijo Ernesto, y sentí la emoción en su voz—. Estoy contigo, y voy a demostrarte que todo lo que dijimos, todo lo que sentimos… es real.

—Julia me dijo que si se lio con Toño fue porque tú le eras infiel, que lo eras desde hacía mucho tiempo y que te acostabas con tus compañeras durante los viajes de trabajo.

—¿Que ella dijo qué?

—Lo que has oído —suspiré—. Y, como comprenderás, venía de una relación donde no lo pasé bien y me dio miedo.

—Debiste decírmelo antes, ¿no confías en mí?

—Sí, y no. El miedo a que ella tuviera razón…

—No la tiene —me cortó.

—Eso me dijo tu madre.

—¿Se lo contaste a mi madre?

—Sí, y me aseguro de que Julia mentía. Lorena también me lo dijo; estaba conmigo el día que Julia soltó todo ese veneno por la boca.

—No creas ni una palabra porque te quiero a ti, te lo dije, preciosa, siempre supe que tú y yo estaríamos juntos, y quiero que sea así. Vamos a ser padres, vamos a darles un hermanito a nuestras hijas, vamos a ser la familia

que siempre quise que fuéramos juntos. Te amo, mi vida, vuelve pronto a casa y déjame que te lo demuestre, por favor.

—Yo también te quiero, Ernesto.

Colgamos, y me dejé caer en la cama, abrazándome a mí misma. Sentí miedo, sí, pero también algo que hacía tiempo no sentía: esperanza. Esperanza de que, a pesar de todo, podía haber una oportunidad para nosotros y para aquel pequeño que estaba creciendo dentro de mí.

Me acaricié el vientre, sintiendo un calor que recorría todo mi cuerpo, y por primera vez en mucho tiempo pensé que quizás, solo quizás, podía permitirme volver a confiar y a enamorarme, sin dejar que el miedo me paralizara.

El domingo aún era largo, y yo decidí salir a caminar, a respirar aire fresco, a sentir la ciudad y dejar que los recuerdos de Sevilla, de Mariana, de Lola y de momentos felices con Ernesto me ayudaran a ordenar mi corazón. La incertidumbre seguía ahí, pero había dado el primer paso para enfrentarla.

Después de comer volvería a casa, porque sí, quería estar con él, quería celebrar con el hombre al que amaba que íbamos a ser padres, y no quería volver a dejar que las malas palabras de la persona que siempre consideré mi amiga siguieran envenenándome ni un minuto más. No le iba a dar ese poder.

Capítulo 27



Habían pasado tres días desde que le conté a Ernesto que estaba embarazada, y todavía me costaba asimilarlo.

Me despertaba por la mañana con esa sensación de duda entre el sueño y la realidad, y me tocaba el vientre con suavidad, como si necesitara comprobar que todo era cierto. No había cambiado nada por fuera, claro, pero dentro de mí algo era distinto.

Ernesto llevaba esos dos días como si caminara por una nube. No dejaba de sonreír, y cada vez que me miraba, se le escapaba una mezcla de ternura y nerviosismo que me derretía. El primer día apenas habló; creo que se quedó bloqueado por la emoción, pero al siguiente no paró de hacer planes, de pensar nombres, de decir que necesitábamos reorganizar la casa y de repetir cada poco que no podía creer la suerte que tenía.

Aquella tarde teníamos la primera cita con la ginecóloga. Era el primer paso real de todo esto, el momento en que alguien, con bata blanca y voz profesional, confirmaría oficialmente que en mi interior estaba creciendo una vida. Mariana y Lola se habían quedado en casa de Sandra porque queríamos ir los dos solos. Me había parecido importante vivir ese momento juntos, sin interrupciones ni prisas.

Ernesto conducía mientras yo miraba por la ventanilla, en silencio. La ciudad pasaba despacio, bañada por la luz dorada del final de la tarde. Era un día templado de finales de primavera, de esos que invitaban a respirar despacio y dejar que el aire te llenase los pulmones.

—¿Estás nerviosa? —me preguntó, sin apartar los ojos de la carretera.

—Un poco —admití—. Supongo que es normal, ¿no?

—Sí, claro. Pero todo va a ir bien, ya lo verás.

Sonreí sin mirarle. Me gustaba esa seguridad suya, ese modo de hablar como si el mundo entero dependiera de su confianza. Ernesto tenía esa capacidad de hacerme sentir a salvo incluso cuando yo no lo estaba del todo.

Llegamos al centro médico con unos minutos de antelación. Aparcó en el sótano y, mientras subíamos en el ascensor, me cogió de la mano. La suya estaba tibia y firme, y yo la apreté con fuerza.

La sala de espera estaba casi vacía, con un par de mujeres embarazadas y un hombre hojeando una revista. Me senté y Ernesto se acomodó a mi lado. En la pared había un cartel con dibujos de ecografías y una frase que decía: *"Cada vida comienza con un latido"*. No sé por qué, pero me emocionó. Sentí un nudo en la garganta.

—Eh —dijo Ernesto en voz baja, dándome un suave empujón con el hombro—. Que me vas a hacer llorar antes de entrar.

—No digas tonterías —contesté, intentando reírme, aunque los ojos ya se me habían humedecido.

—Pues si tú lloras, yo también lloro. Vamos a hacer el ridículo juntos.

—Qué romántico —dije, riendo entre lágrimas.

Nos llamaron enseguida. La doctora, una mujer de unos cincuenta años con gesto amable, nos recibió con una sonrisa.

—Hola, Lucía. Hola, Ernesto. Enhorabuena a los dos —dijo mientras me invitaba a pasar.

—Gracias —contesté, y sentí que el corazón me latía con fuerza.

La consulta olía a desinfectante y a algo metálico, pero había también un toque cálido, quizás por las luces suaves o por las fotos de bebés en la pared. La doctora me hizo algunas preguntas rutinarias: fecha de la última regla, síntomas, antecedentes médicos. Yo respondí como si estuviera en un examen, con miedo a equivocarme.

—Bien, pues si te parece, vamos a hacer una ecografía para confirmar todo —dijo con tono tranquilo.

Ernesto se levantó y se colocó junto a mí, a un lado de la camilla. Me quitó el bolso de las manos y me acarició la frente. Sentí su mirada fija mientras la doctora preparaba el aparato. Cuando el gel frío tocó mi vientre, di un pequeño respingo.

—Tranquila, es solo un poco de frío —me dijo la doctora.

En la pantalla apareció una mancha gris, difusa, como una pequeña sombra temblorosa. La doctora movió el sensor con suavidad, y de repente, entre los ruidos estáticos, se escuchó un pequeño *pum-pum, pum-pum*, rápido y constante.

—Ahí está —dijo sonriendo—. Ese es el corazón de vuestro bebé.

No sabría cómo explicarlo. Fue como si el aire se detuviera en la habitación. Miré la pantalla, miré a Ernesto, y de pronto las lágrimas me brotaron sin poder controlarlas. Él también tenía los ojos rojos, y cuando nuestras miradas se cruzaron, no hizo falta decir nada. Me cogió la mano con fuerza y la besó.

—Madre mía… —susurró—. Es nuestro hijo.

O nuestra hija, pensé, pero no pude hablar. Solo asentí, con la garganta cerrada por la emoción.

La doctora nos dejó un rato para que lo asimiláramos y luego empezó a explicarnos las recomendaciones básicas: alimentación, descanso, revisiones. Ernesto escuchaba atentamente, tomando notas mentales, mientras yo seguía mirando la impresión de la ecografía que me acababan de dar, como si tuviera entre las manos un tesoro.

—Nada de alcohol, reduce el café, evita los quesos sin pasteurizar —enumeraba la ginecóloga—. Y si notas cualquier molestia, llamas sin dudarlo.

—Lo haremos —dijo Ernesto muy serio, y yo sonreí al verle tan concentrado.

—También te recomiendo que empieces con las vitaminas prenatales —añadió la doctora, extendiendo una receta—. Y enhorabuena otra vez. Es un embarazo temprano, pero todo parece ir bien.

Salimos de la consulta de la mano, como dos adolescentes después de su primera cita. En el pasillo, Ernesto se detuvo y me abrazó fuerte, tan fuerte que casi me quedo sin aire.

—No puedo creerlo, Lucía. No puedo creer que vaya a ser padre otra vez.

—Yo tampoco —dije riendo, y sentí cómo las lágrimas volvían a escaparse —. Y mira que no quería llorar más.

—Llora todo lo que quieras, que así yo tengo excusa para hacerlo también.

Reímos los dos, con los ojos brillantes, allí mismo, en medio del pasillo del hospital. Varias personas nos miraron, pero nos dio igual. Éramos felices, y eso bastaba.

Cuando por fin salimos al aire libre, el sol se estaba poniendo. El cielo tenía un tono anaranjado precioso, y la ciudad olía a verano anticipado.

—¿Vamos a casa de mis padres? —preguntó Ernesto, subiendo al coche.

—Sí, claro. Cuanto antes se lo contemos, mejor.

El camino hasta allí fue tranquilo. Ernesto conducía con una sonrisa permanente, y yo seguía sosteniendo la ecografía sobre mis piernas. No podía dejar de mirarla.

—¿Tú crees que tu madre llorará? —pregunté de pronto.

—Seguro. Y mi padre intentará disimular, pero se le notará. Ya verás.

—Les va a hacer muchísima ilusión.

—Claro que sí. Les encanta ser abuelos.

Cuando llegamos, Carmen nos abrió la puerta antes de que llamáramos.

—¡Pero bueno, si venís sin las niñas! —exclamó—. ¿Qué habéis hecho, os habéis escapado un rato?

—Algo así —respondí sonriendo.

Andrés apareció detrás, con el periódico en la mano.

—¿Qué pasa, pareja? —dijo con una sonrisa—. Tenéis cara de traer noticias.

Nos sentamos en el salón, y Ernesto me miró, como dándome paso.

—A ver —empecé, notando cómo el corazón se me aceleraba otra vez—, hemos ido hoy al ginecólogo porque… bueno, resulta que estoy embarazada.

El silencio duró apenas un segundo. Carmen se llevó las manos a la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¡No me lo puedo creer! —dijo al fin, y vino corriendo a abrazarme—. ¡Ay, Lucía, qué alegría más grande!

Andrés sonreía de oreja a oreja.

—Madre mía… ¡Otro nieto! —exclamó—. Pero si todavía estoy digiriendo que Mariana sea mi nieta también.

Ernesto se rio y abrazó a su madre.

—Te lo dije, papá, que aún quedaban sorpresas.

Carmen me cogió las manos con ternura.

—Estás radiante, hija. Qué felicidad. Vais a ser unos padres estupendos otra vez.

Yo no podía dejar de sonreír. Me sentía ligera, emocionada, como si el mundo entero se hubiera puesto de mi parte.

Ernesto se inclinó hacia mí y me dio un beso suave en la mejilla.

—Lo hemos hecho bien —me susurró.

Y por primera vez en mucho tiempo, supe que tenía razón.

Nos quedamos un buen rato en casa de los padres de Ernesto. Carmen insistió en prepararnos algo de merendar, aunque eran casi las ocho de la tarde. Dijo que una noticia así no se celebraba con el estómago vacío y desapareció en la cocina mientras Andrés descorchaba una botella de vino.

—Para ti no, Lucía —me advirtió Carmen desde la encimera, asomando la cabeza—. Que te tengo vigilada.

—Tranquila, que ya me han dado la charla en el médico —respondí riendo.

—Pues entonces un zumito —añadió ella—. Pero Ernesto, tú brindas conmigo.

—Eso está hecho —dijo él, divertido.

Nos sentamos alrededor de la mesa baja del salón. Carmen trajo una bandeja con queso, aceitunas y unas tostas, y yo pensé que era imposible decirle que no a una madre entusiasmada. Estaba exultante, hablaba sin parar, hacía planes, se emocionaba.

—No sabéis la alegría que me habéis dado. ¡Ay, otro bebé en casa! Me veo otra vez con el cochecito en el parque.

—Mamá —rio Ernesto—, que todavía falta mucho.

—Da igual, hijo, da igual. Esto hay que celebrarlo desde el primer día.

Andrés se acercó y me dio un beso en la frente.

—Felicidades, hija. Sabes que para nosotros eres una más desde hace tiempo.

—Gracias, Andrés —le dije emocionada—. De verdad, no sabéis lo mucho que significa esto para mí.

Carmen me cogió la mano por encima de la mesa.

—Y para nosotros, cariño. Verte feliz con Ernesto y las niñas… ahora con este bebé… Es que no se puede pedir más.

Me mordí el labio, intentando no llorar otra vez. Había llorado tanto aquel día que ya ni sabía si era de emoción, de nervios o de pura felicidad.

—¿Sabéis lo mejor? —dijo Ernesto de repente—. Que todavía no se lo hemos dicho a Mariana y a Lola.

—¡Ay, por favor! —exclamó Carmen—. ¡Van a enloquecer!

—Sí —añadió Andrés—. Las conozco, seguro que empiezan a hacer listas de nombres.

Nos reímos todos. Ernesto me miró y sonrió.

Carmen insistió en darnos un par de tarros de mermelada casera “para el antojo”, y cuando por fin logramos despedirnos, ya había oscurecido. Salimos a la calle con el corazón lleno y las manos ocupadas con bolsas.

—Tu madre es un amor —le dije a Ernesto mientras subíamos al coche.

—Lo sé. Y mi padre también. Me encanta verlos así de contentos.

—Me han hecho sentir tan querida… —susurré.

Él me rodeó con un brazo y me besó en la sien.

—Porque lo estás, Lucía. No solo por mí, sino por todos.

El trayecto de vuelta fue tranquilo. La ciudad estaba iluminada, y desde la ventanilla veía los escaparates reflejándose en el asfalto húmedo. Me sentía en paz, serena, con esa sensación de que todo encajaba por fin.

Ernesto encendió la radio y empezó a sonar una canción suave, de esas que parecían acompañarte sin imponerse.

—¿Sabes qué pensaba mientras estábamos en la consulta? —me dijo de repente.

—¿Qué?

—Que no puedo esperar a verte con barriga.

Me reí.

—Pues aún queda para eso, ¿eh?

—Ya, pero me lo imagino. Tú, con ese brillo en los ojos, las niñas tocándote la tripa, yo poniéndome pesado con que descanses…

—Vas a ser insoportable —bromeé.

—Lo seré. Pero felizmente insoportable.

Nos reímos los dos, y durante unos segundos no hizo falta decir nada más.

Cuando llegamos al barrio para recoger a las niñas, decidimos que las dejaríamos en casa de Sandra hasta el día siguiente, y se lo dije a Lorena. Queríamos vivirlo despacio, sin correr. Aquella noche era solo nuestra, la primera de una nueva etapa.

—¿Te das cuenta de que dentro de unos meses todo va a cambiar otra vez? —le dije, mientras aparcaba frente a casa.

—Sí. Pero no me da miedo. Contigo, nada me da miedo.

Y lo dijo tan serio, tan convencido, que me quedé en silencio un momento.

Entramos en casa y dejé el bolso en el recibidor. La ecografía seguía en mi mano; la miré de nuevo, sonriendo. Ernesto se acercó por detrás y me rodeó con los brazos.

—¿Sabes? —dijo en voz baja—. Cuando te vi llorar en la consulta, pensé que no podía quererte más. Pero luego te oí reír, y resultó que sí, que podía.

Me giré despacio para mirarle. Tenía los ojos brillantes.

—Eres un tonto —susurré.

—Sí, pero un tonto enamorado.

Nos besamos allí mismo, en medio del pasillo, sin prisa. Fue un beso largo, cálido, de esos que parecían borrar todo lo malo del mundo.

Cuando nos separamos, noté una lágrima suya resbalándole por la mejilla y la limpié con el pulgar.

—¿Estás llorando otra vez? —le pregunté, sonriendo.

—No —dijo, fingiendo que no—. Es… el aire acondicionado.

—Claro. El aire.

Nos echamos a reír los dos, y esa risa nos salvó del exceso de emoción.

Después nos sentamos en el sofá, aun con la luz tenue del salón. Ernesto me abrazó por detrás y apoyó la barbilla en mi hombro.

Nos quedamos callados un rato, escuchando los sonidos del vecindario a través de la ventana abierta: una televisión lejana, el ladrido de un perro, el rumor de un coche pasando. Era la vida normal de siempre y, sin embargo, todo se sentía distinto.

Cerré los ojos y apoyé la cabeza en su hombro.

—Gracias —dije de pronto.

—¿Por qué?

—Por estar. Por quererme así.

Ernesto me besó el cabello.

—Y gracias a ti por darme esto —susurró, apoyando la mano sobre mi vientre—. No sabes lo feliz que me haces.

En ese momento, entendí que aquel bebé no solo iba a unirnos más, sino que también iba a sanar muchas heridas que ambos traíamos de antes. Era como si la vida nos estuviera dando otra oportunidad de hacerlo bien.

Nos quedamos así un buen rato, sin hablar, solo sintiendo la calma. Cuando el reloj marcó las diez, Ernesto suspiró.

—Mañana será un día grande cuando se lo contemos a las niñas.

—Sí —dije sonriendo—. Seguro que no duermen de la emoción.

—Y nosotros tampoco.

Me reí y le di un último beso antes de levantarme.

—Vamos a dormir, futuro papá.

—Como digas, futura mamá.

Y por primera vez, esas palabras no me dieron vértigo, sino una felicidad inmensa.

Capítulo 28



Esa noche apenas dormí. Me desperté varias veces, no porque estuviera inquieta, sino porque tenía demasiadas cosas en la cabeza. Cada vez que abría los ojos, veía a Ernesto dormido a mi lado, respirando tranquilo, y se me escapaba una sonrisa. Me giraba despacio y volvía a quedarme dormida con la mano apoyada sobre el vientre.

La luz entraba por la persiana entreabierta. Ernesto ya estaba despierto, sentado en la cama con el portátil sobre las piernas.

—Buenos días —dije, frotándome los ojos.

—Buenos días, dormilona —respondió con una sonrisa—. Estaba mirando unas cosas sobre semanas de gestación y esas cosas.

—¿Ya estás estudiando para padre avanzado?

—Siempre hay que estar preparado —bromeó—. Oye, ¿tú sabías que el corazón empieza a latir a las tres semanas?

—Sí, me lo dijo la doctora cuando estuve embarazada de Mariana.

—Pues me sigue pareciendo alucinante.

Me acerqué y apoyé la cabeza en su hombro.

—A mí también.

Nos quedamos un rato en silencio, mirando la pantalla, leyendo sin leer. Era uno de esos momentos sencillos que no necesitaban nada más.

Después desayunamos sin prisas. Ernesto se preparó un café y yo, un tazón de leche con cereales. Mientras removía la leche, me quedé mirando la ecografía pegada con un imán en la nevera. Había sido idea suya ponerla allí la noche anterior.

—Parece mentira —dije—. Ayer mismo era solo una sospecha y ahora está ahí, como si fuera el centro del mundo.

—Porque lo es —contestó él, acercándose para abrazarme por la espalda.

Apoyé la cabeza en su pecho y suspiré.

—Me da miedo emocionarme demasiado.

—¿Por qué?

—Porque cuando algo te hace tan feliz, siempre piensas que puede estropearse.

Él me giró despacio y me miró a los ojos.

—Lucía, ya nos han pasado cosas suficientes como para saber que no podemos vivir con miedo. Esto es bueno. Es nuestro. Y vamos a disfrutarlo.

Asentí, y en ese momento supe que tenía razón.

Pasamos la mañana tranquilos, haciendo cosas cotidianas: recoger un poco la casa, poner una lavadora, revisar la agenda de las niñas. Fue una manera perfecta de aterrizar la emoción del día anterior.

A mediodía fuimos a dar un paseo por el parque del barrio. Había niños jugando, parejas caminando despacio, y el aire olía a hierba recién cortada. Me senté en un banco y me quedé mirando a un grupo de pequeños que corrían detrás de una pelota.

—Dentro de unos años estaremos ahí otra vez —dije, señalando el césped.

—Y Mariana hará de hermana mayor responsable.

—Y Lola se morirá de celos —añadí riendo.

—Seguro que sí. Pero luego será la más protectora.

Me quedé pensativa.

—Van a ser unas hermanas estupendas.

—Porque tienen a una madre estupenda —dijo Ernesto sin dudarlo.

Le miré, sonriendo, y sentí que me ardían las mejillas.

—No digas tonterías.

—No lo son. Eres fuerte, paciente y tienes un corazón enorme. ¿Qué más se puede pedir?

No supe qué contestar. Simplemente le di la mano y la apreté fuerte.

Pasamos por la panadería de la esquina a comprar unas napolitanas de chocolate para la merienda. Ernesto insistió en llevarme una flor del puesto de la esquina, y acabé volviendo a casa con una margarita blanca en la mano, como una adolescente enamorada.

Por la tarde, nos tumbamos un rato en el sofá. Yo me quedé medio dormida, con la cabeza apoyada en su pecho. Cuando desperté, ya empezaba a anochecer y las farolas se habían encendido.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Casi las seis.

—Entonces toca ir a por las niñas.

—Sí —respondió él, sonriendo—. Se acabó nuestro ratito a solas.

Me levanté despacio, estirándome.

—Ha sido un buen día.

—Ha sido un día perfecto.

Y así era. No había pasado nada espectacular, pero todo había tenido sentido. Antes de salir, Ernesto cogió la ecografía del frigorífico y la guardó en un cajón.

—Para que no la vean las niñas antes de tiempo —dijo, y nos reímos con esa complicidad que habíamos compartido toda la vida.

Cuando salimos a la calle, el aire estaba fresco y el cielo, teñido de un azul suave. Caminamos hasta el coche de la mano, sin decir gran cosa. No hacía falta. Había una serenidad entre nosotros que hablaba por sí sola.

Durante el trayecto, Ernesto puso música suave. Yo miraba por la ventana, recordando cada detalle del día anterior: el sonido del corazón en la ecografía, la cara de Carmen al oír la noticia, las risas, las lágrimas. Todo parecía formar parte de un mismo hilo, una historia que empezaba a escribirse sola.

—¿Sabes qué he estado pensando? —dijo él de repente.

—Dime.

—Que este bebé llega en el mejor momento posible.

—¿Sí?

—Sí. Porque estamos bien. Porque todo lo que hemos pasado antes tenía que pasar para llegar aquí.

—Eso pienso yo también.

Nos miramos unos segundos, y sonreímos sin decir nada más.

Cuando llegamos a casa de Lorena, ya se oían las voces de las niñas jugando dentro.

—Dentro de unos minutos, empieza la segunda parte —dije, con una sonrisa nerviosa.

—Sí. Y promete ser divertida.

Nos dimos un beso rápido antes de bajar del coche.

—Vamos a por nuestras fieras —dijo Ernesto, riendo.

—Y a contarles que van a tener un hermanito o hermanita.

—Eso va a ser épico.

Le di un codazo suave.

—No digas "épico", que luego se lo enseñan al bebé y nos saldrá igual de teatrero.

—Eso sería culpa tuya —contestó, divertido.

Reímos los dos mientras cruzábamos la calle. En ese momento, me sentí plena, con la certeza de que, pasara lo que pasara, todo iba a estar bien.

Y así, con esa mezcla de nervios y alegría, nos acercamos a la casa donde nos esperaban las niñas.

Lorena abrió la puerta antes de que llamáramos. Llevaba un delantal con dibujos de limones y una sonrisa enorme.

—¡Hombre, parejita! —dijo, apartándose para dejarnos pasar—. Las niñas están en el cuarto de Sandra, jugando a disfrazarse.

Desde el pasillo se oían risas y pasos apresurados. Enseguida apareció Lola, con una corona de purpurina mal colocada y una falda de tul azul. Detrás de ella, Mariana, que se había pintado los labios con algo rojo que claramente no era pintalabios.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó Mariana corriendo hacia nosotros.

—¡Eh, cuidado con el maquillaje! —dije entre risas, agachándome para abrazarlas.

Lola se me colgó del cuello y me dio un beso sonoro en la mejilla.

—Nos lo hemos pasado genial, mamá. Hemos hecho una obra de teatro.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué papel tenías tú?

—Yo era una princesa que se convertía en dragón.

—Eso sí que es original —dijo Ernesto riendo—. ¿Y tú, Mariana?

—Yo era la maga que la salvaba —respondió muy seria.

—Claro, la hermana mayor siempre tiene que arreglarlo todo —bromeé.

Lorena y su marido, Jorge, se acercaron desde la cocina. Jorge traía una bandeja con vasos de refresco y un bol de patatas.

—Quedaos un rato, anda. Tomad algo con nosotros —dijo Lorena—. Las niñas están encantadas.

—Bueno, un refresco no le hace daño a nadie —contestó Ernesto, aceptando el vaso.

Nos sentamos en la mesa del comedor mientras las tres niñas seguían correteando por el pasillo. Hablamos un rato de todo: del colegio, del verano que se acercaba, de las vacaciones.

—¿Y vosotros? —preguntó ella—. ¿Tenéis planes para el verano?

Miré a Ernesto y sonrió.

—Todavía no —dijo—. Pero este año habrá novedades.

La conversación se alargó un buen rato, entre risas y anécdotas de las niñas. Cuando nos levantamos para irnos, Lorena me abrazó y me dijo:

—Tus hijas te adoran, y cuando sepan lo del bebé, se van a morir.

—Lo sé —sonreí.

—¿Qué cenamos, papá? —preguntó Lola mientras subía al coche.

—Buena pregunta —contestó él—. ¿Qué os apetece?

—¡Pizza! —gritaron las dos a la vez.

—Eso ha sido unánime —dije riendo.

—Pizza será entonces —asintió Ernesto, arrancando el coche.

El trayecto a casa fue un concierto de voces infantiles. Las niñas hablaban sin parar, contaban lo que habían hecho en casa de Sandra, las canciones que habían inventado, los chistes que habían contado. Ernesto me miraba de vez en cuando, divertido, como diciendo: “Bendito ruido”.

—¿Podemos ver una peli mientras cenamos? —preguntó Mariana.

—Sí, si prometéis no dormiros en el sofá —dije.

—¡Prometido! —respondieron las dos, a coro.

Cuando llegamos a casa, Mariana y Lola corrieron directas al salón mientras Ernesto llamaba para pedir las pizzas. Yo aproveché para recoger un poco la mesa y poner los platos. En cuanto colgó, él se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Llegan en veinte minutos —dijo—. Perfecto para que se bañen primero.

—Buena idea. Así no se manchan con la salsa de tomate hasta las orejas.

Las niñas protestaron, pero al final aceptaron. Las metí en la bañera juntas, con un buen montón de espuma. Mientras chapoteaban, no paraban de reír y cantar. Desde el pasillo se oía la voz de Ernesto hablando con alguien del trabajo, cerrando algo rápido para poder desconectar.

Cuando salí del baño, las pizzas acababan de llegar. El olor inundó toda la casa: queso fundido, tomate, orégano. Me rugió el estómago.

—¡Huele a gloria! —dijo Ernesto mientras colocaba las cajas en la mesa del salón.

Mariana y Lola llegaron corriendo envueltas en sus albornoces.

—¡Pizzaaaaaa! —gritaron al unísono.

—Pero primero, pijama —dije—. Que luego os da frío.

Cinco minutos después ya estaban las cuatro cajas abiertas sobre la mesa: una de jamón y queso, otra de barbacoa, una vegetal para mí y una de cuatro quesos que Ernesto decía que era "sagrada".

Pusimos una peli infantil y cenamos allí mismo, en el sofá, entre risas, migas y comentarios absurdos. Ernesto hacía bromas, Mariana se reía con la boca llena y Lola intentaba robarle los trozos de pepperoni.

—Papá, ¿tú sabes hacer pizza? —preguntó Mariana.

—Claro —dijo Ernesto con tono solemne—. Pero mi receta es secreta.

—¿Más secreta que la de mamá?

—Mucho más. Si la cuento, tendría que mudarme a Italia.

Lola puso los ojos en blanco.

—Qué exagerado eres, papá.

Yo me reí tanto que casi se me cayó el vaso de refresco.

Cuando terminamos de cenar, la mesa era un desastre de servilletas arrugadas y risas. Ernesto se levantó a recoger mientras yo me quedaba mirando a las niñas, que seguían hablando sin parar. Entonces me di cuenta de que había llegado el momento.

—Chicas —dije con voz tranquila—, vuestro padre y yo tenemos que contaros algo.

Mariana me miró con gesto curioso. Lola, en cambio, puso cara de susto.

—¿Nos hemos portado mal?

—No, cariño, todo lo contrario —contestó Ernesto, sonriendo mientras se sentaba junto a mí—. Es una noticia muy buena.

Las dos se quedaron quietas, expectantes.

—A ver —empecé—, ¿os acordáis de cuando hablábamos de los bebés?

—Sí —dijo Mariana—. Que los bebés vienen cuando la mamá tiene una tripita especial.

—Exacto —respondí, acariciándome el vientre—. Pues resulta que mamá tiene esa tripita.

Durante un segundo no dijeron nada. Luego, Lola abrió los ojos como platos.

—¿Vas a tener un bebé?

—Sí, cariño.

Y entonces las dos gritaron al mismo tiempo. Un chillido agudo, de pura alegría. Empezaron a saltar por el salón, abrazándose, riendo, repitiendo "¡Un bebé, un bebé!" como si fuera un hechizo. Ernesto y yo nos miramos y nos echamos a reír.

—Parece que les ha gustado la noticia —dijo él.

—Un poco, sí —contesté entre carcajadas.

Lola se subió al sofá y gritó:

—¡Voy a ser la hermana mediana!

—Y yo la mayor de tres —añadió Mariana, con aire de importancia.

—Esto ha sido cosa de la Navidad, porque empezasteis a ser novios entonces —dijo Lola.

—Santa Claus, ¡pero qué has hecho! —gritó Mariana mirando al techo con las manos levantadas, y nos reímos al verla.

—Magia, ha hecho magia —contestó Ernesto.

—Menuda magia —rio Lola.

—Tendréis que ayudar mucho —dije, intentando sonar seria.

—¡Sí! —respondieron las dos a la vez.

—Le daremos el biberón, lo vestiremos, le enseñaremos canciones —añadió Mariana.

Ernesto fingió toser.

—Y cambiarle los pañales, claro.

—¡Puaj! —gritó Lola, haciendo una mueca.

Nos reímos todos. Aquella escena era puro caos, pero de ese caos que daba felicidad.

—¿Sabéis qué es lo mejor? —dijo Ernesto—. Que todavía no sabemos si será niño o niña. Así que podéis ayudarnos a pensar nombres.

Mariana se sentó de golpe, con gesto de concentración.

—Si es niña, se puede llamar Lucía, como mamá.

—No, ese ya está cogido —dijo Ernesto riendo.

—Vale… pues Sofía. O Paula.

—Y si es niño —intervino Lola—, que se llame Leo.

—¿Por qué Leo? —pregunté.

—Porque en el cole hay un Leo que corre muy rápido —dijo muy seria.

—Eso sí que es un criterio científico —bromeó Ernesto.

La conversación derivó en una tormenta de ideas absurda: nombres de dibujos animados, de futbolistas, de animales. Yo me limitaba a mirarlas, riendo, con el corazón lleno.

Cuando por fin se calmaron un poco, las acompañé a la cama. Ernesto recogió la mesa y puso a lavar los platos mientras yo las acostaba.

En el dormitorio, con la luz tenue y los peluches por todas partes, Mariana me abrazó fuerte.

—Mamá, estoy tan feliz… —me dijo en voz baja—. Prometo que voy a cuidar mucho del bebé.

—Lo sé, cariño —le respondí, acariciándole el pelo—. Serás una hermana maravillosa.

Lola, desde su cama, añadió:

—Y yo también, aunque sea un poco traviesa.

—Eso también lo sé —dije riendo—. Ahora a dormir, que mañana hay cole.

Les di un beso a cada una y salí del cuarto. Cerré la puerta despacio y me quedé un segundo escuchando el murmullo de sus voces hasta que se durmieron.

Ernesto estaba en el sofá, esperándome, con dos tazas de té.

—¿Misión cumplida? —preguntó.

—Cumplidísima —dije, sentándome a su lado—. Han saltado, gritado, inventado nombres… Creo que no podían estar más felices.

—Me alegro —susurró.

Nos quedamos un rato en silencio, escuchando la calma de la casa. Luego él dejó la taza en la mesa y se giró hacia mí.

—Lucía —dijo con voz baja—, quiero que sepas algo.

Le miré, sin entender.

—No voy a ser como tu ex. Ni quiero que esto sea solo "vivir juntos". Yo quiero casarme contigo. Quiero que seamos un matrimonio de verdad, una familia con todas las de la ley.

Sentí cómo se me encogía el estómago. No era una propuesta preparada ni con anillo, pero tenía más verdad que muchas pedidas formales.

—Ernesto… —susurré.

—No tienes que contestar ahora —añadió—. Solo quiero que lo sepas. Que lo deseo de corazón.

Me acerqué despacio y le cogí la mano.

—No hay nada que quiera más que ser tu mujer —le dije.

Él sonrió, con los ojos brillantes, y me besó despacio. Fue un beso tranquilo, de promesa. Cuando me separé, apoyé la frente en su pecho.

—*Estoy completamente enamorada de ti* —pensé, sin decirlo en voz alta.

Y así, abrazados en el sofá, con la casa en silencio y el futuro asomando como una brisa suave, supe que todo empezaba otra vez, de la mejor manera posible.

Capítulo 29



Habían pasado unos días desde que les contamos a Mariana y a Lola que iban a tener un hermanito o hermanita, y todavía no se hablaba de otra cosa en casa. Cada día aparecía un nuevo nombre, una nueva teoría, una nueva idea sobre cómo iba a ser el bebé.

A veces me daban ganas de grabarlas, porque sus conversaciones eran tan divertidas que merecían guardarse para el futuro.

Era viernes por la noche y el ambiente en casa era tranquilo, con ese aire de fin de semana que siempre me gustaba. Habíamos decidido hacer lasaña para cenar, algo que a las niñas les encantaba y que a Ernesto le salía especialmente bien.

La cocina olía a cebolla pochada, a orégano y a salsa de tomate. Ernesto removía la bechamel mientras Mariana y Lola discutían sobre quién iba a poner las capas de pasta.

—Yo quiero poner el queso —dijo Mariana.

—¡Pues yo quiero la carne! —protestó Lola, cruzándose de brazos.

—Las dos podéis ayudar —intervine, intentando poner orden—. Mariana pone la primera capa de pasta, Lola la de carne, y luego cambiáis.

—Vale —aceptaron a regañadientes.

Ernesto se giró para mirarme con esa sonrisa tranquila suya.

—Eres la jefa de cocina perfecta —me dijo.

—Más bien mediadora internacional —respondí riendo.

En ese momento, sonó su móvil sobre la encimera. Ernesto lo miró, frunció el ceño y lo cogió enseguida.

—Es Jorge —dijo en voz baja, y se alejó hacia el salón para hablar.

Yo seguí cortando los tomates mientras escuchaba su voz desde lejos, aunque no distinguía las palabras. Hablaba despacio, con tono serio.

—¿Pasa algo? —preguntó Mariana en voz baja.

—No lo sé, cariño —respondí, intentando sonar despreocupada.

Pasaron unos minutos y Ernesto volvió con el rostro algo tenso.

—Lucía, tengo que salir un momento —dijo mientras se limpiaba las manos con un paño.

—¿Ahora? —pregunté, sorprendida.

—Sí, es algo que tengo que arreglar. No te preocupes, te lo cuento cuando vuelva.

Noté un leve escalofrío.

—¿Pasa algo grave?

—No lo sé todavía. Pero no te preocupes, de verdad. No tardo.

Me dio un beso rápido en la frente, cogió las llaves y salió. La puerta se cerró y el silencio que dejó fue extraño, incómodo.

Las niñas me miraban con curiosidad.

—¿Papá se va? —preguntó Lola.

—Sí, cariño. Pero volverá en un rato. Vamos a seguir con la lasaña, ¿vale?

Intenté sonar alegre, pero por dentro algo se me removía. No era habitual en Ernesto marcharse así, sin contar nada. Sabía que no me lo ocultaría sin motivo, pero la intranquilidad se me metió en el cuerpo.

Mariana, siempre observadora, pareció notarlo.

—Seguro que es algo del trabajo —dijo, intentando tranquilizarme—. A veces los mayores tenéis cosas importantes.

—Sí, seguro que es eso —contesté, sonriendo para disimular.

Volví a centrarme en la lasaña. Las niñas se animaron enseguida y empezaron a ayudar. Entre capa y capa de pasta, iban soltando ocurrencias que me hicieron reír a pesar de todo.

—Mamá —dijo Lola mientras esparcía queso con entusiasmo—, ¿tú crees que el bebé será más como tú o como papá?

—Pues no lo sé —respondí—. Supongo que un poco de los dos.

—Yo quiero que se parezca a ti —dijo Mariana—, porque tú eres más tranquila.

—¡No! —interrumpió Lola—. Que se parezca a papá, que sabe hacer lasañas y arreglar cosas.

—También sabe ponerse serio —replicó Mariana, riendo.

—Y tú no —le soltó Lola, provocando que su hermana le lanzara un trozo de queso.

—¡Eh, no me ensuciéis la cocina! —exclamé, aguantándome la risa.

Las dos se quedaron quietas, con cara de culpables.

—Vale, vale, paz —dije riendo—. Si me ayudáis a poner la bechamel, os dejo ver una peli después de cenar.

—¿Cuál? —preguntaron a coro.

—La que queráis.

Eso bastó para que se reconciliaran al instante. A veces me fascinaba lo rápido que podían pasar del drama a la alegría.

Terminamos la lasaña entre risas, harina por el mármol y queso por el suelo. Mientras la metía en el horno, Mariana preguntó:

—Mamá, ¿cuánto tarda en hacerse un bebé?

—Nueve meses —respondí, intentando sonar científica.

—¿Nueve meses enteros? —repitió Lola, horrorizada—. ¡Eso es muchísimo!

—Sí, cariño. Pero merece la pena.

—Yo no podría esperar tanto —dijo Mariana—. Me pondría nerviosa.

—Bueno, pues te tocará esperar igual que a mí —contesté riendo.

Nos sentamos un rato a la mesa mientras esperábamos a que se horneara la lasaña. Mariana empezó a hacer dibujos del bebé. Dibujó una cabeza enorme con un cuerpo minúsculo, y luego le puso un lazo.

—Mira, mamá, es niña.

—¡Nooo, que yo quiero un niño! —protestó Lola.

—Pues hacemos dos dibujos, uno de cada.

—Vale —aceptó Lola, y se puso a colorear con total concentración.

El olor de la lasaña empezó a llenar toda la casa. Por un momento, el ambiente volvió a sentirse cálido y familiar. Pero cada vez que miraba el reloj, la intranquilidad regresaba.

Ernesto llevaba ya casi una hora fuera.

Intenté no pensar demasiado. Preparé la mesa con las niñas, saqué la lasaña del horno y serví las porciones.

—Venga, mis chicas —dije con una sonrisa—. Cena de chicas esta noche.

—¡Bien! —gritaron las dos.

Pusimos una película de dibujos y comimos en el sofá, algo que normalmente no dejaba hacer, pero que esa noche me pareció lo justo. Las niñas comieron entre risas, repitiendo trozos de lasaña y comentando la peli con emoción.

Yo apenas probé bocado. Cada vez que el móvil vibraba, me sobresaltaba, pero no era Ernesto.

Cuando la película terminó, ya pasaban de las diez.

—Hora del baño, señoritas —anuncié.

Hubo protestas, pero no duraron mucho. Las metí en la bañera y me quedé sentada en el borde, mirándolas jugar con los barquitos. Me encantaba verlas así, despreocupadas, felices.

—Mamá —dijo Mariana de repente—, ¿y si el bebé viene con el pelo rizado como el del primo Pedro?

—Pues sería muy guapo —contesté.

—¿Y si es calvo como el abuelo Andrés? —añadió Lola, riendo.

—Eso ya lo veremos —dije entre carcajadas.

Cuando terminaron, las sequé y las ayudé a ponerse el pijama. Las llevé a la cama y les leí un cuento, aunque se quedaron dormidas antes de que terminara el segundo párrafo.

Apagué la luz y salí del cuarto en silencio.

El reloj del salón marcaba las once y media. Ernesto aún no había vuelto.

Recogí un poco la cocina, puse el lavavajillas y me quedé un momento mirando por la ventana. La calle estaba tranquila, solo pasaban algunos coches de vez en cuando.

No sabía por qué, pero sentía que algo no iba bien.

Intenté convencerme de que eran imaginaciones mías, de que Jorge lo habría llamado por algo urgente o quizá un problema familiar. Ernesto me habría contado la verdad si pudiera, de eso estaba segura.

Aun así, me dolía el pecho de la preocupación.

Encendí la televisión solo para tener ruido de fondo, pero ni siquiera presté atención. Miré el móvil: nada. Ni un mensaje, ni una llamada.

—*Vuelve pronto, por favor* —susurré.

Y me quedé en silencio, con la casa dormida y la lasaña fría sobre la encimera.

El reloj marcaba las doce y cuarto cuando me rendí y me acurruqué en el sofá. La televisión seguía encendida, aunque hacía rato que no estaba prestando atención. Cambiaba de canal sin mirar, solo por oír voces, cualquier cosa que me hiciera sentir acompañada.

La casa estaba en silencio, salvo por el zumbido bajo del frigorífico y el viento que se colaba entre las rendijas de la ventana.

Me cubrí con una manta y traté de concentrarme en una comedia absurda, pero el sueño y la preocupación se mezclaban de forma rara, como si la cabeza no quisiera descansar.

Pensé en Ernesto. En lo tranquilo que había parecido cuando se fue, pero también en esa sombra que le había cruzado la mirada justo antes de cerrar la puerta. Él no era de esconderme cosas, y precisamente por eso su silencio me dolía más.

Apoyé la cabeza en el cojín y, sin darme cuenta, me quedé dormida.

No sabía cuánto tiempo pasó. Sentí una mano suave sobre mi hombro y abrí los ojos despacio. La luz del salón era tenue y el reloj marcaba casi las tres de la madrugada.

—Eh, dormilona —susurró una voz baja.

Tardé unos segundos en ubicarme. Era Ernesto. Estaba ahí, arrodillado junto al sofá, con la cara cansada y los ojos algo enrojecidos.

—¿Qué hora es? —pregunté con voz adormilada.

—Las tres —respondió, quitándose la chaqueta—. Lo siento, no quería despertarte.

—¿Qué ha pasado? —me incorporé despacio, sintiendo una punzada de ansiedad—. Me tenías preocupada.

Ernesto suspiró y se sentó a mi lado. Durante un momento, no dijo nada. Parecía buscar las palabras.

—Era Julia —dijo al fin.

El nombre me cayó como un jarro de agua fría.

—¿Julia? ¿Qué pasa con ella?

—La han detenido. —Su voz sonó grave, controlada, pero se le notaba afectado—. La policía la pilló con otras personas. Drogas, medicamentos… cosas serias.

Me quedé mirándole sin saber qué decir.

—¿Drogas? —repetí, intentando asimilarlo—. ¿Julia?

Asintió.

—Sí. Al parecer llevaba un tiempo metida en un grupo… gente de mucho dinero, pero también con negocios turbios. Ella expedía algunos medicamentos que no debía desde la farmacia. Y también estaba consumiendo.

Sentí una mezcla de sorpresa y tristeza. Por todo lo que había pasado entre ellos, por la niña, por la historia entera.

—Dios mío… —susurré.

Ernesto se pasó una mano por la cara.

—He hablado con ella —continuó—. Está muy mal. Dice que perdió el control, que se dejó arrastrar. El hombre con el que salía, ese tipo que supuestamente la iba a sacar del pueblo y convertirla en una reina… la ha dejado tirada. Y ahora está metida en un buen lío.

Se quedó callado un momento, mirando al suelo.

—Le he dicho que hablaré con mi abogado, que intentaré que la condena no sea muy severa. Pero no pinta bien, Lucía, nada bien.

Me quedé en silencio. No sabía si abrazarle o dejarle espacio. Él seguía con la mirada perdida, como si aún intentara entenderlo todo.

—Me ha pedido perdón —añadió después, con voz más baja—. Por todo. Por cómo se había comportado, por las discusiones, por los desprecios… Me ha dicho que estaba consumiendo desde hace tiempo y que ya no podía más.

—Pobrecilla… —murmuré sin pensarlo.

Ernesto me miró con una mezcla de sorpresa y ternura.

—También me ha dicho otra cosa —continuó—. Que, si quiero, renuncia a la niña. Que no me pedirá dinero, ni visitas, ni nada. Que no quiere que la vea mal, ni que sepa que su madre está en la cárcel.

Aquello me revolvió por dentro.

—¿Renunciar? —repetí, incrédula—. ¿Cómo va a renunciar a su hija?

—Dice que es lo mejor. Que no soportaría que la pequeña la recordara así.

Me quedé callada, intentando procesar lo que acababa de oír. Luego lo miré directamente.

—Ernesto, no dejes que lo haga.

Él frunció el ceño, sorprendido por mi tono.

—Lucía, no puedo obligarla. Está decidida.

—No, escúchame. —Me incorporé del todo y me giré hacia él—. No dejes que renuncie a su hija. Es su madre. Y aunque ahora esté perdida, esa niña la necesita. Aunque no la vea, aunque no entienda nada… necesita saber que su madre la quiere, que no la abandonó.

Ernesto guardó silencio.

—Podéis decirle a la niña que su madre se fue al extranjero, a trabajar una temporada —continué—. Que la llamará cuando pueda, que piensa en ella, que la quiere. Pero no le quitéis eso. Porque un hijo… —Me tembló un poco la voz—. Un hijo es el mayor regalo que puede tener una persona, Ernesto. No se renuncia a eso.

Él me miró durante un buen rato sin decir nada. Luego me cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Siempre sabes qué decir —murmuró.

—No. Solo sé lo que siento. Y lo que es justo.

Él sonrió con tristeza y me acarició la mejilla.

—Lola no podía tener mejor mamá rara que tú.

Me reí, porque era justo el tipo de frase que necesitaba oír en ese momento.

—Mamá rara, ¿eh? —le respondí entre risas, recordando cómo me habían llamado las niñas en su momento, tiempo atrás—. Pues tu mamá rara te acaba de salvar de una decisión horrible.

—Lo sé —dijo, acercándose un poco más—. Por eso te quiero tanto.

Me besó despacio, con ternura, como si necesitara apoyarse en ese beso. Yo le rodeé con los brazos, sintiendo el peso de la noche disolverse poco a poco.

—Lo arreglaremos —le dije—. De algún modo.

—Sí. —Suspiró—. Haré lo que pueda. Hablaré con mi abogado mañana mismo.

Nos quedamos así, abrazados en el sofá, en silencio. La televisión seguía encendida, pero el sonido se había convertido en un murmullo lejano.

Después de un rato, Ernesto apoyó la cabeza en mi hombro.

—No sé qué haría sin ti, Lucía —susurró.

—Ni lo digas —le respondí—. Ya tenemos suficiente con lo que hay.

Sonrió débilmente.

—¿Te he dicho hoy que te quiero?

—No. Pero puedes decírmelo ahora.

—Te quiero —dijo, y me besó otra vez.

Apoyé mi frente en la suya. Fuera, el viento golpeaba las persianas, y dentro de casa todo parecía en calma.

No había sido una noche fácil, pero mientras le sentía cerca, comprendí que eso era precisamente lo que significaba tener una familia: estar ahí, incluso cuando todo se tambaleaba.

Porque la vida no siempre era bonita ni sencilla, pero aquel amor, nuestro amor, sí que lo era. Y eso bastaba para seguir adelante.

Capítulo 30



Abril siempre había tenido algo especial, pero ese año lo sentía distinto. Quizá era el aire más tibio, el olor a azahar que inundaba las calles, o tal vez el simple hecho de que mi cuerpo empezaba a cambiar.

Casi cuatro meses de embarazo, y ya se me notaba un pequeño bultito en el vientre. Al principio lo había disimulado con ropa suelta, pero en Sevilla, con el calor y el ambiente festivo, era imposible esconderlo. Y la verdad, tampoco quería hacerlo.

Íbamos los siete en un coche que habíamos alquilado, rumbo al recinto ferial. Ernesto conducía con las ventanillas bajadas, la radio puesta y las niñas cantando a coro con Sandra en el asiento de atrás. Lorena, a mi lado, se abanicaba con un gesto divertido.

—No puedo creer que estemos los siete metidos en un coche con estos trajes —dijo riendo—. Parecemos una troupe de circo.

—Un circo elegante —añadí yo, sujetando mi flor del pelo para que no se cayera.

Ernesto giró la cabeza un instante y me sonrió.

—Estás preciosa, cariño. De verdad.

—Lo dices porque te da miedo que se me ocurra bajarme del coche y volver a casa —bromeé.

—No. Lo digo porque es verdad.

Me miré en el espejo retrovisor. Llevaba un traje de flamenca color coral con lunares blancos, ajustado hasta las rodillas y con volantes amplios que se abrían al final. Lorena y yo habíamos decidido vestirnos casi iguales, solo que el suyo era verde agua, con lunares marfil. Ambas llevábamos un mantoncillo de encaje sobre los hombros, claveles en el pelo y pendientes grandes de aro dorado.

Las niñas, en cambio, eran la viva imagen de la alegría. Las tres, Mariana, Lola y Sandra, iban vestidas iguales: trajes de flamenca en color rojo intenso con lunares blancos, volantes triples y lazos en la cintura. Las tres llevaban el pelo recogido en un moño bajo con una flor blanca y pendientes pequeños a juego.

—Parecen tres muñecas —dijo Lorena, mirando hacia atrás con ternura.

—Más bien tres terremotos —comentó Jorge, que iba de copiloto—. A ver si aguantamos el día sin que alguna pierda el clavel o un volante.

—¡O sin que Lola se coma la flor! —gritó Mariana, provocando una carcajada general.

—¡Que noooo! —protestó Lola riendo—. Solo fue una vez.

Ernesto me guiñó un ojo. Llevaba un traje corto gris marengo con faja burdeos y camisa blanca. Estaba guapísimo, con ese aire andaluz que parecía quedarle natural, aunque él insistía en que se sentía “disfrazado”.

Jorge también vestía traje corto, pero el suyo era azul oscuro, con sombrero cordobés y chaquetilla.

Llegamos a la Feria justo a media mañana. El aire olía a albero, a manzanilla y a rebujito recién servido. El bullicio era contagioso: risas, música de sevillanas, los cascos de los caballos golpeando el suelo, el tintinear de los farolillos al viento.

—Esto es precioso —dije, bajando del coche y ajustándome el mantoncillo.

Lorena asintió.

—Y espérate a que caiga la noche. Entonces es mágico.

Las niñas no podían parar quietas. Corrían de la mano, admirando los vestidos de otras niñas, los caballos, los farolillos, todo.

—Mira, mamá, ¡una caseta con globos! —gritó Lola.

—Y otra con churros —añadió Mariana.

—Churros a las once de la mañana, muy bien —bromeó Ernesto.

—Cuando se está de feria, no hay horarios —sentenció Lorena con solemnidad.

Nos reímos todos y empezamos a recorrer las calles de casetas. Era imposible no contagiarse del ambiente. Las sevillanas sonaban desde todos los rincones, y cada poco alguien nos ofrecía una copa o una tapa.

En una de las casetas, un grupo de mujeres mayores nos paró para felicitar a las niñas por sus trajes.

—¡Qué guapas están esas tres! —dijo una, con acento cerrado—. Y las madres no se quedan atrás, ¡olé ahí!

—Gracias —respondí riendo.

—¿Y tú de cuántos meses estás, *miarma*? —me preguntó otra, mirando mi vientre.

—De casi cuatro meses.

—¡Ay, qué ilusión! —exclamó—. Pues que el niño o la niña venga con salud.

—Gracias, de corazón —contesté emocionada.

Seguimos caminando, y en cada esquina había algo que mirar, algo por lo que reír. Lorena insistió en que nos hiciéramos una foto los siete. Nos colocamos delante de una portada llena de farolillos de colores.

—Venga, apretad un poco, que salgáis todos —dijo Jorge, colocando el móvil en modo automático.

—¡Sonríe, mamá! —gritó Lola.

—¡Ya estoy sonriendo! —le respondí, riendo.

El flash saltó justo cuando Ernesto me rodeó con un brazo por la cintura. La foto quedó perfecta: siete sonrisas, tres vestidos iguales y un cielo azul brillante detrás.

—Esa la quiero para el salón —dijo Ernesto al verla.

—Y yo —añadió Lorena—. Estamos todos guapísimos.

Después entramos en una caseta donde sonaban sevillanas en directo. Lorena y Jorge se animaron a bailar los primeros. Ella se movía con una gracia natural, y él la seguía con un aire torpe pero adorable.

—Venga, Ernesto, anímate —dije, empujándole suavemente.

—¿Yo? No tengo ni idea.

—Pues aprende, que esto se lleva en la sangre —bromeé.

Lorena me cogió del brazo y me arrastró a la pista con ella. Las niñas aplaudían, y Ernesto acabó siguiéndonos.

—Si me pisas, no pasa nada —le susurré entre risas.

—Eso ya lo tenía planeado —respondió él, riendo.

Nos reímos tanto que se nos olvidó el paso. Al final, las sevillanas salieron a trompicones, pero fue divertidísimo. Lorena se unió a mí, y las dos

acabamos girando con los brazos en alto mientras las niñas imitaban nuestros movimientos a un lado.

—¡Olé esas chicas guapas! —gritó Jorge desde la barra.

Cuando la música paró, ya estábamos sudando y riéndonos como crías. Ernesto me abrazó por detrás y me dio un beso en la mejilla.

—Estás preciosa así, riendo —me dijo al oído.

—Y tú pareces sacado de una postal —respondí, con la respiración aún entrecortada.

Seguimos recorriendo la feria, probando tapas, viendo caballos engalanados, haciéndonos fotos sin parar. Las niñas comieron algodón de azúcar y acabaron con los labios pegajosos y las manos llenas de purpurina.

—No sé si vais vestidas de flamenca o de arcoíris —les dijo Ernesto, intentando limpiarles la cara.

—¡De flamenca arcoíris! —gritó Lola.

A media tarde, nos sentamos en una terraza a descansar. Yo pedí un refresco con limón, y Ernesto, una copa de vino fino.

—¿Estás bien? —me preguntó, mirándome el vientre.

—Perfectamente —respondí—. Aunque el bebé parece bailar sevillanas también.

—Normal, con esta música —dijo riendo.

Lorena nos miraba con ternura.

—Se os ve felices —dijo—. Me alegro mucho por vosotros.

—Y nosotros por ti —le contesté—. Este viaje está siendo perfecto.

—Sí —añadió Jorge—. Y las niñas están disfrutando como nunca.

Miré a Mariana y a Lola, que bailaban con Sandra a unos metros, descalzas, con los volantes al viento. La imagen me llenó el alma.

—Sí —dije despacio—. Están felices. Y eso lo vale todo.

El sol comenzó a caer sobre Sevilla como una caricia dorada. Los farolillos se encendían poco a poco, y el cielo se teñía de un azul suave que anunciaba la noche.

Habíamos pasado todo el día en la feria, bailando, comiendo, riendo… y, aunque el cansancio empezaba a notarse, nadie parecía querer irse todavía.

Mariana, Lola y Sandra seguían dando vueltas con los lazos sueltos y las flores torcidas. A cada paso levantaban los volantes de sus vestidos y se reían sin parar.

—¡Mira, mamá! —gritó Lola, girando con los brazos extendidos—. ¡Parezco una peonza!

—Más bien un torbellino —contestó Ernesto riendo—. Cuidado, que vas a marear a medio recinto.

Lorena y yo las mirábamos desde la mesa de la caseta donde nos habíamos sentado a descansar. Teníamos delante unos platos con jamón, queso y pimientos fritos. Yo bebía agua con limón; el resto, rebujito.

—¿Te das cuenta de que hemos sobrevivido todo el día sin perder a ninguna? —dijo Lorena con una carcajada—. Eso ya es un milagro.

—Y sin manchar los trajes de tomate —añadí yo—. Otro milagro.

Jorge levantó su copa.

—Brindo por eso. Y por nuestras mujeres, que son las que de verdad hacen que todo esto funcione.

—¡Y por los churros! —gritó Sandra desde lejos.

—Y por los churros, claro —asintió Ernesto entre risas.

La música volvió a sonar, y Lorena arrastró a Jorge a bailar otra vez. Las niñas, sin pensarlo, corrieron a imitarlos. Ernesto me tendió la mano.

—¿Una última sevillana? —preguntó con esa sonrisa suya que me desarmaba.

—Pero prométeme no pisarme los pies esta vez.

—Lo intentaré.

Nos levantamos y empezamos a movernos despacio, siguiendo el ritmo que marcaba el grupo que tocaba en directo. Las luces colgaban sobre nuestras cabezas, y el aire olía a jazmín, a vino y a tierra caliente.

Él me sujetó la cintura con suavidad.

—¿Sabes? —susurró—. No recuerdo haber sido tan feliz nunca.

Le miré a los ojos.

—Yo tampoco.

Y, por un momento, el bullicio desapareció. Solo quedaban su mano en mi espalda, mi vientre redondeándose entre los dos y la música que parecía tocada solo para nosotros.

Cuando terminó la canción, Lorena nos hizo una foto.

—¡Esa va directa al álbum de la feria! —dijo riendo.

Las niñas, exhaustas, se acercaron poco después, pidiendo ir a casa.

—Estoy cansadísima —dijo Mariana, frotándose los ojos.

—Y yo —añadió Lola—. Pero ha sido el mejor día del mundo.

—Eso sí, el año que viene quiero venir con tacones de verdad —añadió Sandra muy seria.

—Aún te quedan unos cuantos años para eso, reina mora —dijo Jorge riendo.

El camino de vuelta fue tranquilo. Las niñas se durmieron casi enseguida en los asientos traseros, con los vestidos arrugados y los claveles medio deshechos en el pelo.

—Ha sido un día perfecto —le dije a Ernesto.

—Sí —contestó—. Verlas tan felices… no tiene precio.

Miré el espejo retrovisor. Mariana y Lola dormían de la mano, con las caras serenas, y Sandra a su lado.

—No sé qué haría sin ellas —murmuré.

—Ni yo sin vosotras.

El resto del camino lo hicimos en silencio, con la música bajita.

Cuando llegamos a casa, eran casi las once y las niñas seguían dormidas. Las cogimos entre los dos con cuidado y las metimos en casa.

En su habitación, las desvestí con ternura. Les quité los pendientes, los claveles y los vestidos. Les lavé la cara y les puse los pijamas. Mariana murmuró algo entre sueños.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ernesto en voz baja.

—Mañana quiero volver a la feria —contesté.

Sonreímos los dos.

—Qué pena que no se pueda vivir ahí dentro —dije.

—Bueno, podríamos mudarnos a una caseta —bromeó Ernesto.

Le di un pequeño codazo en el costado y apagamos la luz.

Fuera, el aire olía a primavera. Cerré la puerta del dormitorio y nos quedamos en el pasillo, en silencio.

Ernesto me rodeó por la cintura y me besó en la sien.

—Estaban radiantes hoy —dijo—. Nunca las había visto tan alegres.

—Sí. Creo que este viaje les ha hecho mucho bien. A todos, en realidad.

Él asintió. Me miró despacio, de arriba abajo, con esa mezcla de ternura y deseo que tanto me gustaba.

—Y tú —susurró—, estabas preciosa. No podía dejar de mirarte.

—No digas tonterías —respondí, aunque el corazón se me aceleró.

—No son tonterías. Estás… —buscó la palabra— luminosa.

Noté cómo me ardían las mejillas.

—Será el embarazo —dije, intentando restarle importancia.

—Será el amor —corrigió él.

Me acarició el rostro con suavidad, como si temiera romper algo. Su mirada se detuvo en mi vientre.

—Cada día me parece más increíble que ahí dentro esté creciendo nuestro bebé.

—A mí también —murmuré.

Nos quedamos así, en silencio, mirándonos. Sentía el pulso acelerado, el aire más denso. Entonces, sin decir nada más, me besó.

Fue un beso lento, cálido, lleno de ternura al principio. Luego, poco a poco, se volvió más profundo. Le correspondí sin pensar, dejándome llevar. Su mano se deslizó por mi espalda, deteniéndose con cuidado sobre mi cintura.

—¿Estás bien? —me susurró contra los labios.

—Sí —respondí casi sin voz—. Contigo, siempre.

Nos movimos hacia el dormitorio, en silencio, procurando no despertar a las niñas. Dentro, la luz era tenue. La luna entraba por la ventana, iluminando apenas las sábanas.

Ernesto me acarició la cara y el cuello con una delicadeza infinita, como si cada gesto fuera una declaración. Su boca buscó la mía otra vez, y el mundo se redujo a eso: a su respiración, a mis manos, al latido compartido.

No hubo prisa, ni ruido, solo un lenguaje hecho de piel y cariño. Me sentí amada, deseada, cuidada. Y en medio de aquella calma, supe que aquello no era solo pasión; era confianza, promesa, futuro.

Esa noche, como tantas otras, me hizo el amor con tanta dulzura que no quise que terminara nunca. Esa noche, como tantas otras, comprobé de nuevo que lo mejor que pude hacer fue dejar al hombre que no me quería para reencontrarme con el que en realidad siempre debió formar parte de mi vida.

Cuando todo se volvió silencio de nuevo, Ernesto me abrazó por detrás, rodeando mi vientre con las manos.

—Te amo, Lucía —susurró contra mi oído.

—Y yo a ti.

Nos quedamos así, respirando al unísono, mientras fuera el mundo seguía girando, ajeno a nuestra pequeña felicidad.

Pensé en las niñas, dormidas en su cuarto. Pensé en el bebé, creciendo dentro de mí. Y pensé en él, en nosotros, en esa familia que estábamos construyendo. Era imperfecta, ruidosa, caótica. Pero era nuestra.

Y no necesitaba nada más.

Capítulo 31



El mes de junio había llegado con su calor suave y los días interminables. Las niñas ya habían terminado el colegio y corrían por casa con una energía que parecía inagotable. Mariana se sentaba en la mesa de la cocina con mapas, folletos y una libreta, haciendo listas de posibles destinos para nuestras vacaciones de verano, mientras Lola revoloteaba alrededor de mí con una pelota en las manos.

—Mamá, ¿podemos ir a la playa otra vez? —preguntó Lola, con los ojos brillantes de emoción.

—Claro que sí, cielo, pero también podemos visitar algún pueblo bonito —contesté, sonriendo—. Este año tenemos que decidirlo entre los cuatro.

Ernesto se sentó en la silla de siempre, con los brazos cruzados y la mirada divertida.

—Eso de "entre los cuatro" significa que vas a escuchar mis ideas también, ¿verdad? —dijo, arqueando una ceja.

—Por supuesto —contesté, aunque las niñas estallaron en risas—.

—¡Quiero montar a caballo! —gritó Mariana.

—Y yo quiero ir a un parque acuático gigante —añadió Lola, saltando sobre la silla.

Me llevé la mano al vientre y sonreí, acariciando el pequeño bulto que ya se notaba. Estaba casi de seis meses, y aunque todavía no sabíamos si sería niño o niña, sentía que cada patadita me llenaba de ilusión y ternura.

—Y el bebé… —dije con suavidad—. También tendrá que disfrutar del verano, aunque todavía no podemos preguntarle qué quiere.

Ernesto me abrazó por detrás, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Eso ya lo decidirá él o ella —murmuró—. Por ahora, lo importante es que nos divertiremos juntos.

Ese viernes decidimos ir a pasar el fin de semana al cortijo de los padres de Ernesto. El coche iba cargado de maletas pequeñas, bolsas de juguetes y ropa de verano, y las niñas no dejaban de cantar y reír en los asientos traseros.

Al llegar, fuimos recibidos con abrazos, besos y comentarios de todo tipo:

—¡Pero mirad quién viene! —exclamó Carmen—. ¡Y con barriga!

—Sí, ya se nota un poquito —dije, sonriendo mientras acariciaba mi vientre.

Andrés me abrazó con cuidado, como si tuviera miedo de aplastar mi barriga.

No tardaron en llegar Javier, el hermano de Ernesto, con Marina y su hijo Pedro. El pequeño corrió directo a abrazar a Mariana y Lola, quienes le devolvieron el abrazo con entusiasmo.

—¡Pedro! —gritó Mariana—. ¡Hoy no te comas mi helado!

—¡No, no! —respondió él entre risas.

Nos acomodamos todos en la terraza, bajo la sombra de los naranjos. Los aromas de la comida casera empezaban a invadir el aire: guisos, ensaladas y un pan recién hecho que parecía irresistible.

—Qué bien que habéis venido —dijo Carmen, mientras nos servía limonada—. Es raro no veros todos juntos por aquí.

—Ya sabes, mamá, el trabajo, el colegio… y el embarazo —dijo Ernesto, sonriendo—. Pero hoy lo compensamos.

Las niñas no paraban de corretear, Pedro las seguía con cara de pillo y cada dos por tres lanzaban bromas y comentarios que hacían que todos acabáramos riendo. Lejos quedaba ya aquella guerra de la última noche del año cuando los tres se pelearon.

—¡Oye, cuidado! —gritó Ernesto, esquivando un vaso que Lola había arrojado a modo de broma—. Esto no es un parque de agua.

—¡Era un experimento científico! —contestó Lola con total seriedad—. Tenía que probar si el agua llegaba hasta el techo.

Todos nos reímos mientras Carmen y Marina hacían comentarios desde la cocina sobre lo rápido que crecían los niños.

—Ya verás qué poco tarda ese bebé en empezar a caminar y luego a correr como loco —dijo Marina señalando mi vientre.

—Sí, Lucía, que vas a tener que correr detrás de tres criaturas —bromeó Javier.

—Eso ya lo hago ahora con dos, imagina con tres —contesté, riendo y frotándome el vientre.

—¿Y ya sabéis qué viene? —preguntó Andrés.

—Pues no, parece que ha salido tímido y no se deja ver.

—Eso es lo divertido —dijo Ernesto, sonriendo con complicidad—. Así podemos imaginar y planear sin que nos arruinen la sorpresa.

Las bromas siguieron, y las niñas empezaron a hacer apuestas sobre a quién se parecería el bebé. Mariana decía que a su papá; Lola estaba

convencida de que a ella, y Pedro opinaba que seguro saldría como su primo, travieso y risueño.

Nos acomodamos todos alrededor de la mesa, que estaba cubierta de platos coloridos y risas, y mientras comíamos, sentí una calidez infinita. La familia reunida, las niñas felices, el verano acercándose… y nuestro pequeño secreto creciendo dentro de mí, aún misterioso.

—¿Sabéis? —dijo Ernesto, mirando a todos—. Este verano va a ser especial. Lo presiento.

Todos asentimos, compartiendo sonrisas y miradas cómplices. No sabíamos exactamente qué nos esperaba, pero había algo en el aire que prometía momentos inolvidables.

La mesa estaba llena de platos, fuentes humeantes y vasos de colores. Desde el principio, la comida se convirtió en una mezcla de aromas, risas y pequeñas travesuras. Pedro no dejaba de tirar migas de pan a Mariana y Lola, que respondían lanzándole trozos de aceituna en un juego interminable.

—¡Pedro! —gritó Mariana entre carcajadas—. ¡Me has lanzado la aceituna a la cabeza!

—¡Defensa natural! —contestó él, inclinándose para esquivar otro ataque.

Ernesto me miraba con una sonrisa cómplice. Yo ya tenía el delantal lleno de harina y restos de ensalada, pero me sentía feliz.

—Esto parece una guerra —dijo Javier, riendo mientras trataba de atrapar a Pedro antes de que lanzara otra aceituna.

—Y tú estás perdiendo —contestó Marina, guiñándole un ojo.

Ernesto, como siempre, no podía contener la risa. Cada vez que una aceituna volaba hacia él, levantaba las manos y decía dramáticamente:

—¡Socorro! ¡Me están atacando!

—¡Papá! —gritaron las niñas—. ¡No exageres!

La comida avanzó entre risas, anécdotas y bromas sobre las vacaciones. Pero pronto, la conversación derivó hacia un tema que hizo que mi corazón se acelerara: la boda.

—Bueno, a ver —dijo Andrés, con una sonrisa traviesa—. ¿Y vosotros cuándo os vais a casar?

Todos miraron a Ernesto, que se quedó un poco sonrojado, y yo me reí, tratando de quitarle importancia.

—Bueno… primero tendrá que pedírmelo él —dije, encogiéndome de hombros—. Aún no lo ha hecho.

—¡Eso no puede ser! —exclamó Carmen—. Tiene que pedírtelo ya, antes de que aparezca otro y le robe la novia.

Todos estallamos en carcajadas. Yo hice un gesto dramático:

—No será el caso —dije—. Si me dejara, tendría que llevarme también a Lola. Y no muchos hombres querrían una madre de tres criaturas.

Las risas llenaron la mesa mientras los niños seguían jugando. Pedro le tiró una servilleta a Mariana, Mariana respondió con un trozo de pan a Lola, y Lola a su vez le lanzó una ramita de hierba a Pedro. Todo era un caos divertido, y yo no podía dejar de sonreír.

—Bueno… —dijo Ernesto, levantando la mano para captar nuestra atención—. Lucía, creo que ha llegado el momento de hacer caso a la familia.

Sacó una pequeña cajita de terciopelo azul de su bolsillo y se arrodilló frente a mí. En ese momento, mi corazón dio un vuelco.

—Lucía… —dijo con la voz temblorosa pero firme—. Desde que era un crío supe que quería pasar mi vida contigo. Quiero ser tu marido, el padre de nuestros hijos, el compañero de cada día, y no hay nada que desee más que formar esta familia contigo para siempre.

Abrió la cajita, mostrando un anillo precioso que brillaba con la luz del sol de la tarde.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó, mirándome a los ojos con una mezcla de nerviosismo y ternura que me hizo temblar.

No pude contener las lágrimas. Las primeras cayeron suavemente, luego un par más resbalaron por mis mejillas mientras las niñas gritaban emocionadas:

—¡Sí, sí, sí! ¡Se casa mamá! ¡Se casa mamá!

Lola me abrazó y Mariana me rodeó el cuello mientras yo extendía la mano hacia Ernesto, incapaz de articular palabra.

—Sí… sí, quiero —dije por fin, con la voz entrecortada, mientras él me colocaba el anillo en el dedo y nos abrazábamos.

Todos aplaudieron y reímos entre lágrimas y alegría. Carmen y Andrés nos rodearon con abrazos, Javier y Marina aplaudían emocionados, y Pedro saltaba de un lado a otro gritando:

—¡Qué guay! ¡Vamos a tener boda y fiesta!

Ernesto me sostuvo cerca y me susurró:

—Te amo, Lucía… y quiero que cada día de mi vida sea contigo.

—Y yo a ti —susurré, mientras sentía que el mundo se detenía solo para nosotros.

Las niñas seguían saltando y chillando de alegría, y yo las abrazaba a las dos mientras miraba a Ernesto con un amor que no sabía describir. Era intenso, cálido, completo.

—Papá, ¿cuándo será la boda? —preguntó Mariana con ojos brillantes.

—Pronto, princesa —dijo Ernesto—. Lo celebraremos juntos, y será inolvidable.

—Sí —añadí, todavía emocionada—. Y vosotras tendréis que ayudarme a elegir el vestido.

—¡Sí! —gritaron mis dos hijas al unísono.

Nos reímos todos otra vez, compartiendo la felicidad que llenaba la terraza del cortijo. Sentí que ese día, entre bromas, abrazos y miradas cómplices, se había quedado grabado para siempre en mi corazón.

Porque no era solo una pedida de mano. Era la confirmación de que nuestro amor, nuestra familia y nuestra vida juntos no habían hecho más que empezar.

Y mientras abrazaba a Ernesto y veía a las niñas tan felices, supe que habíamos dado el primer paso hacia un futuro lleno de amor, risas y aventuras.

Capítulo 32



Era finales de julio y el calor del verano se colaba por cada rincón del cortijo de los padres de Ernesto.

Habíamos decidido organizar la boda de manera rápida, sin esperar más, porque ya no podíamos aguantar las ganas de sellar nuestro amor.

Que yo estuviera embarazada no nos importaba; al contrario, nos parecía un motivo más para celebrar, para dar un paso juntos y comenzar nuestra vida de familia de la manera que siempre habíamos soñado.

El cortijo estaba espectacular. Los patios se habían llenado de flores blancas y rosas, con cintas y farolillos colgando de los árboles y guirnaldas de luces que iluminaban cada rincón. Las mesas estaban decoradas con caminos de encaje, centros de flores silvestres y velas. Todo tenía un aire sencillo, elegante y romántico a la vez, un espacio que respiraba intimidad y felicidad.

Mariana y Lola iban vestidas igual, con vestidos blancos de encaje y pequeños lazos rosa palo en la cintura, y sus cabellos adornados con coronas de flores. Estaban guapísimas, con sus caritas llenas de ilusión, y no dejaban de correr y mirar cada detalle de la decoración, preguntando si todo era para ellas también.

Yo llevaba un vestido sencillo pero precioso, de corte imperio que dejaba ver mi vientre redondeado y realzaba mi figura. Los bordados de encaje en el pecho y la caída ligera de la falda hacían que me sintiera cómoda y a la vez

especial. Mis manos temblaban un poco mientras me ajustaba el velo y respiraba hondo.

Ernesto, por su parte, estaba impecable con un traje azul marino, corbata a juego y un ramo pequeño de flores en la solapa. Tenía esa sonrisa que me derretía cada vez que me miraba.

Carmen y Andrés estaban radiantes, como siempre, emocionados por ver a su hijo casarse y a su nuera luciendo tan feliz. Javier, Marina y Pedro habían llegado un poco antes para ayudar con los preparativos, y Lorena y Jorge habían venido con Sandra, que se reía con mis niñas por algo que había hecho Pedro.

Antes de empezar la ceremonia, me acerqué a Lorena, abrazándola con fuerza.

—Gracias por estar aquí —le dije, emocionada—. Significa mucho para mí.

—Lucía… —me respondió con lágrimas en los ojos—. Tú eres como una hermana para mí. Estoy tan feliz de verte así, tan radiante.

Luego me acerqué a Carmen, que me abrazó con ternura.

—Mi niña… —susurró—. Te quiero como a una hija, y tu madre estaría encantada de verte ahora mismo. Estás preciosa, Lucía.

No pude contener las lágrimas y la abracé con fuerza. Todo aquel amor, todas esas miradas llenas de cariño, me hicieron sentir que estaba exactamente donde debía estar.

Cuando comenzó la ceremonia civil, el cortijo estaba en absoluto silencio, solo roto por los murmullos de alegría y los suspiros de emoción. Nos miramos frente a frente, cogidos de la mano, y Ernesto empezó a hablar:

—Lucía… desde que tengo uso de razón supe que quería compartir cada momento de mi vida contigo. Hoy, ante todos nuestros familiares y amigos, quiero prometerte que seré tu compañero en la risa y en la tristeza, en los días

buenos y en los que no lo sean tanto. Prometo amarte y protegerte, a ti y a nuestra familia, siempre.

Mi voz temblaba cuando respondí:

—Ernesto… tú eres mi refugio y mi alegría, la persona que hace que cada día merezca la pena. Hoy te elijo a ti, y a nuestro amor, como mi compañero para toda la vida. Te prometo cuidarte, reír contigo, llorar contigo y quererte sin medida.

Nos miramos a los ojos y por un momento todo desapareció a nuestro alrededor. Solo existíamos él y yo, con nuestras manos entrelazadas, sintiendo el latido del corazón del bebé entre nosotros.

—Lucía —dijo el oficiante—, ¿aceptas a Ernesto como esposo?

—Sí, quiero —contesté, con lágrimas en los ojos.

—Y tú, Ernesto. ¿Aceptas a Lucía como esposa?

—Sí, quiero —respondió con una sonrisa en los labios.

—Por el poder que me ha sido conferido, yo os declaro unidos en matrimonio. Podéis besaros.

En ese momento nuestras familias aplaudían y Mariana y Lola gritaban emocionadas:

—¡Vivan nuestros padres!

Nos besamos bajo el cielo azul de julio, con el cortijo lleno de flores y risas, con la música de fondo y la sensación de que todo había encajado perfectamente. Mi barriga se movía suavemente con cada respiración y sentí que nuestro bebé también compartía nuestra alegría.

La ceremonia continuó con sonrisas, abrazos y palabras de cariño de todos los presentes. Nos rodeaban nuestros seres queridos, y yo sentí que el amor que nos unía no podía ser más fuerte. Cada mirada, cada gesto, cada palabra decía lo mismo: estábamos empezando nuestra vida juntos de la mejor

manera posible, con alegría, pasión y una familia que nos apoyaba incondicionalmente.

Después de la ceremonia, la celebración comenzó con una energía desbordante. Las niñas no podían dejar de correr de un lado a otro, mientras Pedro las perseguía entre risas y pequeñas travesuras. Lanzaban confeti al aire, se escondían detrás de las sillas y se colaban entre las piernas de los adultos, provocando carcajadas a todos.

—¡Cuidado, mamá! —gritó Mariana mientras Pedro intentaba robarle un lazo del vestido.

—¡Eso no se hace! —le respondió Lola, persiguiéndolo con el confeti en la mano.

—¡Socorro! —exclamó Andrés entre risas, esquivando una nube de confeti que casi le cubre la cabeza.

Ernesto y yo nos mirábamos, sonriendo ante aquel caos lleno de alegría. Cada abrazo de Carmen y Andrés, cada risa de Lorena y Jorge, y cada comentario de Javier y Marina hacían que el día se sintiera más cálido, más nuestro.

Los brindis comenzaron pronto. Copas de vino y refrescos se levantaban mientras todos expresaban palabras de cariño y buenos deseos. Cada brindis era una explosión de risas, de comentarios graciosos sobre los niños, sobre los errores de nuestra organización rápida, sobre los momentos cómicos que habían ocurrido durante los preparativos.

—Que seáis muy felices —dijo Jorge— y que nuestras hijas no se coman todo el pastel antes de tiempo.

Todos estallamos en carcajadas. Las niñas, que habían escuchado esto, rieron y se abrazaron con Pedro, felices de ser parte de la diversión.

Luego llegó el momento del baile. La pista estaba iluminada por guirnaldas de luces que colgaban de los árboles, creando un ambiente mágico. Ernesto me cogió de la mano y me llevó al centro de la pista. Sonaba nuestra canción,

la misma que habíamos bailado la primera vez que nos vimos en Navidad, la de Martínez Ares.

"Por cada mirada te he cedío, he sentío el fuego quemarme dentro..."

Él me miraba con una intensidad que me hacía olvidar todo lo demás. Las niñas bailaban alrededor, girando, saltando y aplaudiendo mientras nos veían bailar. Pedro también se unió por un momento, intentando copiar nuestros pasos y provocando nuevas carcajadas.

—Te amo —me susurró Ernesto mientras me sostenía cerca.

—Yo también te amo —respondí, apoyando mi cabeza en su hombro.

Al cantar juntos un fragmento de la canción, sentí que cada palabra se convertía en un juramento silencioso, en una promesa de amor eterno. Nos abrazamos y nos besamos mientras las luces del atardecer caían sobre nosotros. En ese instante, no había dudas, no había miedos: él era mi amor verdadero, el hombre con el que quería compartir cada segundo de mi vida.

Después, la fiesta continuó con más bailes y risas. Todos participábamos: Carmen y Andrés se lanzaban a la pista, Javier y Marina se reían mientras sostenían a Pedro, y Lorena y Jorge bailaban con Sandra. Las niñas no paraban de girar, saltar y aplaudir, felices de ver a todos juntos en aquel día.

Los brindis se multiplicaban. Cada copa levantada traía consigo risas, recuerdos y palabras de cariño:

—¡Por los novios! —gritó mi suegro.

—¡Por los novios! —coreamos todos al unísono.

Ernesto me abrazaba mientras girábamos suavemente en la pista. Miré a nuestras hijas y al resto de familia y amigos, y me di cuenta de cuánto amor nos rodeaba, de cuánto habíamos construido y cuánto nos esperaba.

Este era el verdadero amor de mi vida, pensé mientras lo miraba a los ojos, sintiendo que cada latido de mi corazón se entrelazaba con el suyo.

Cuando la música se apagó por un momento, nos quedamos abrazados, contemplando la alegría de todos, respirando el calor del verano y la emoción de un día que nunca olvidaríamos.

Ese día no solo celebrábamos nuestra boda, sino nuestra familia, nuestra felicidad y la certeza de que, juntos, podíamos enfrentar cualquier cosa. Cada beso, cada risa, cada mirada fue un recordatorio de que aquel "sí, quiero" no era solo una palabra, sino el inicio de toda una vida compartida.

Epílogo



Dieciocho años después…

Habían pasado dieciocho años desde aquel verano en que nos casamos en el cortijo de los padres de Ernesto.

Mariana y Lola habían crecido más rápido de lo que podía haber imaginado, y ahora tenían veintiséis años. Las dos habían decidido estudiar empresariales y marketing, y con orgullo veía cómo trabajaban junto a Ernesto y su hermano Javier dirigiendo la fábrica de embutidos que habían levantado con tanto esfuerzo. Eran brillantes, responsables y a la vez rebosaban alegría; me recordaban tanto a su padre en algunas cosas y a mí en otras, y eso me llenaba de satisfacción.

Nuestro hijo, Miguel, tenía diecisiete años, y aún podía recordar el día que nació: nunca supimos el sexo hasta el último momento, y aquel pequeño rebelde con su mirada curiosa me había robado el corazón desde el primer segundo.

Tiempo después llegó Cintia, que a sus catorce años era un torbellino de energía y dulzura a partes iguales, inseparable de su prima Sofía, la hija pequeña de Lorena y Jorge, que tenía la misma edad. Las dos niñas eran prácticamente hermanas, inseparables y con un vínculo que siempre me hacía sonreír.

Sandra, la hija mayor de Lorena y Jorge, decidió ser policía como su padre; había crecido convirtiéndose en una mujer valiente y responsable, y seguía

siendo la mejor amiga de nuestras hijas.

Javier y Marina habían tenido otro hijo, Gabriel, de dieciséis años, un chico atento y cariñoso, que se llevaba de maravilla con Miguel, con quien incluso salía los fines de semana y compartía pasión por jugar al fútbol.

Pedro, el hijo mayor de Javier y Marina, había decidido seguir los pasos de su tío Ernesto y entrar en la Marina. Con veintisiete años, Pedro se había convertido en un hombre responsable y lleno de valores, y hacía ya unos años que era el novio de Sandra. Al final, aquella prima "prima rara" que Lola y Mariana habían tenido en la infancia se había convertido en prima de verdad, y nuestra familia se sentía más unida que nunca.

Carmen y Andrés estaban encantados con la gran familia que habíamos formado. Solíamos pasar muchos fines de semana en el cortijo, y verlos rodeados de risas, abrazos y ruido de niños me llenaba de alegría. Era como si aquel lugar, que había visto tantas historias y secretos de nuestra familia, se hubiera transformado en el corazón de nuestra felicidad.

Julia… bueno, Julia había pasado unos años en la cárcel, aunque Lola nunca llegó a saberlo. Solo le dijimos que su madre trabajaba en el extranjero, y hablaba con ella todas las semanas un ratito por las tardes. Nunca perdimos el contacto, y cuando Julia salió, decidió mudarse a Sevilla por trabajo, donde conoció a un médico con el que se casó hacía diez años. Tenían dos gemelos de ocho años encantadores, Ángel y Pablo, que llenaban su hogar de risas y travesuras, al igual que los nuestros.

En cuanto a Manuel, mi ex, no hablaba mucho con Mariana y cuando cumplió los dieciocho años dejó de pasarle la pensión. A mí no me importó lo más mínimo, porque con el alquiler del piso que aún conservaba de mi madre y lo que sacaba haciendo bizcochos, galletas y pasteles para cafeterías del pueblo, de Cádiz y de los alrededores, era más que suficiente. Y Ernesto nunca hizo diferencias entre una hija y otra; siempre las consintió por igual, al igual que a Miguel y Cintia, y eso me daba una tranquilidad inmensa.

La casa de Ernesto la habíamos alquilado años atrás, y vivíamos en nuestra propia casa, de tal manera que el dinero del alquiler se repartía en las cuentas de nuestros cuatro hijos para que tuvieran un colchoncito para el futuro. Me

parecía una manera sencilla, práctica y hermosa de cuidar de ellos, sin grandes complicaciones, pero con mucho amor.

Mientras miraba a mi alrededor en el jardín del cortijo, donde estábamos celebrando el cumpleaños de Carmen, no podía evitar sentirme profundamente feliz. Pensé en mi madre, en lo que habría sentido al ver cómo había cambiado mi vida, en lo mucho que le habría gustado verme rodeada de una familia unida y llena de amor. Una lágrima tímida se me escapó, pero fue de alegría.

Ernesto estaba a pocos metros, cortando un trozo de tarta mientras reía con los niños. Cuando me vio, me sonrió y me hizo uno de esos guiños que, incluso con el paso de los años, seguían poniéndome de los nervios. Sonreí, sintiendo cómo mi corazón seguía latiendo con la misma intensidad que aquel primer día que nos reencontramos, como si el tiempo no hubiera pasado y todo lo que habíamos vivido juntos fuera apenas el prólogo de nuestra historia.

Miré a Ernesto, a nuestros hijos y a toda la familia reunida, y supe que cada lágrima, cada esfuerzo y cada elección nos había llevado a aquel momento. Era la felicidad en estado puro, y no la cambiaría por nada del mundo.

—Te quiero —susurré, y él me devolvió el guiño, con esa complicidad que solo nosotros entendíamos.

Y supe, con absoluta certeza, que cada día, cada sonrisa y cada abrazo de esa familia maravillosa que habíamos construido era el verdadero regalo que la vida me tenía preparado para aquella Navidad.

RRSS:

Facebook: Marcos Álvarez Castro
IG: @marcosalvarezcastro
X: @ChicasTribu
